

REVISTA CONTEMPORÁNEA



# REVISTA

# CONTEMPORÁNEA

AÑO X — TOMO LIII.

SETIEMBRE — OCTUBRE 1884



DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN  
PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO  
*J. F. Parres y Comp.<sup>a</sup>*  
VENEZUELA  
*E. Fombona*

BUENOS AIRES  
*Manuel Reñe*  
BRASIL  
*Bellarmino Carneiro*  
Pernambuco

CUBA  
*D. Miguel Alorda*  
O'reilly, 96  
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

MADRID, 1884

TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

*Libertad, 16 duplicado, bajo*



## SANTA MARIA LA REAL DE HYRACHE

**D**E la antigüedad de este Monasterio de Santa María la Real de Hyrache no podré decir con evidencia todo lo que quisiera, porque en él se halla la falta que en otros de escrituras y memorias, que con el tiempo y guerras y poco cuydado en escribirlas y guardarlas se han consumido. Dícese agora Hyrache, y en las escrituras de casi ochocientos años se llamaba *Irax Sirax Siraxenxe*, que en la lengua cantábrica que en Nabarra se hablaba quiere decir Casa Real. Y parece en el nombre ser éste el monasterio que con otros nombra San Eulogio, que visitó en el obispado de Pamplona *Seraxiensse*, que así está en el original aunque se imprimió Serasiense, cuyo abad era Odoario y prior Joan, varones sanctísimos, con un convento tan grande que pasaba de cien monjes, de los quales todos dice y del consuelo que con ellos tubo y buen hospedaje que le hicieron de inde alia atque alia loca, etc.; Eulog., t. 96.

Y siendo tan ordinario el corromperse los nombres y alterarse, no es mucha la diferencia que ay ó desemejanza entre Seraxiense y Hiraxiense, que son de *Serax* y *Irax*. Y el estar Hyrache en el obispado de Pamplona y tan cerca que no ay más de ocho leguas pequeñas, parece que ayuda mucho á que este monasterio tan principal y de tanto número de monjes

y de tanta religion en tiempos tan trabajosos, sea el mismo de quien abla San Eulogio, y es cierto que el hauerse conservado tantos años como aquí dice con la grandeza y estimacion grande que tiene en aquel Reino, es argumento de que fué mucha su sustancia, pues ni bastaron guerras ni mudanza de Príncipes, ni otras calamidades para deshacerle, y aunque se le quitó mucho le ha quedado para ser hoy dia un monasterio de grandeza real y el perlado del de las primeras voces y asuntos del Reyno en las cortes y juntas que en él se hacen. Y los reyes pasados le ylustraron y engrandecieron con dones y merced, aunque hazienda y papeles lo más se ha perdido.

La escritura más antigua que en este monasterio se halla es de la era 966, que es año 928 en que doña Elio dió á este monasterio, y á su abad Teudenio, toda la hazienda, viñas y heredades que tenia, y dice que reynaban D. García y doña Toda, y que era obispo Valentino, con tanta sequedad como ésta, sin decir dónde reynaban los reyes ni el obispo de dónde era; mas es claro que de Pamplona ó de San Salvador de Leyre, que así se usaba nombrar al que era obispo en la tierra donde se otorgaba la escritura. Por manera que en este año de 926 el monasterio estaba muy fundado, y no comenzaria entonces y era su adbocacion la mesma que agora tiene, de la Madre de Dios. Y si el monasterio no estuviese fundado desde antes que la España se perdiese, no se fundara en los tiempos más peligrosos y que más ardan las guerras entre cristianos y moros, que fué desde el año 714 hasta éste de 926. En la tierra más abierta y descubierta de Nabarra, y en el camino Real, y á vista de castillos fuertes que tubieron los moros como aquí se dirá, que el conserbarse los monasterios fundados quando los moros ganaban la tierra era fácil pagándole los tributos que les hechaban; mas el fundarse de nuevo, no; ni los moros lo consentian, ni los cristianos harian tales obras en las tierras de enemigos, y en las que poseian fundaban en los montes y lugares secretos y retirados y seguros, de donde los moros no pudiesen ofenderlos.

## FUNDACION DE HYRACHE.

De la fundacion y principios de esta antigua y real casa de Nuestra Señora de Hyrache, no hay en ella más que nos lo diga que una antiquísima opinion y tradicion inmemorial que se tiene de que es obra del Rey D. Sancho Abarca, como de sus armas consta. Tambien quieren otros que lo sea, y lo tienen por cierto, del Rey D. Iñigo Arista, y sácanlo de las aristas encendidas que están en las armas. Pero lo cierto es que es mucho más antigua, como parece muy claramente en una escritura del tiempo del Rey D. Sancho el Mayor, del año 1033. Es de las más antiguas que tiene esta casa de letra gótica, y dize:

«Santius divina ordinante clementia rex, cum regni sui gubernacula de more disponeret et ecclesiarum dei jura generali incursione devastata in pristinum statum redintegrare vellet inter alia statuit dare ecclesiæ dei in honore beatæ dei Genitricis Virgini Mariæ dedicatæ, Castellum unum Sti. Staphani nomine signatum ut in eodem prædicto monasterio de *Irax* Dei omnipotentis servitium fieret secundum regulam sancti patris Benedicti pro anime suæ parentum que suorum remedio et pro eterni gaudio sine fine mansuro. Hoc itaque modo divæ memæ prædictus piissimus que rex Sanctius præscripto cenobio castrum illud contulit ne aliquod inde unquam fieret servitium aut de aliqua villarum ciuis quas omnes et in integrum donavit pro amore dei ejusq. virginis matris Mæ sperans. multo majorem esse diuinam retributionem quam temporalem receptionem. Sed tantum modo de illo castro et villis de pertinentibus eius Monachis et Abbatibus in præscripto monasterio secundum normam Patris Benedicti viventibus seruitium et redditus fieret, nulla persona publica vel pribata inquietante, perturbante, disordinante. Firmavit igitur et precepit ut nullus filiorum ejus nepotum pronepotum aut de propagine sua descedentium tollere audeat Castrum illud, aut aliquam villarum eius prænominato cenobio Sanctæ Mariæ de *Irax* manentibus ibis Monachis se-

cundum regulam beati Benedicti viuentibus. Siquis igitur filius eius aut pronepos vel abnepos aut quibus aliqua persona publica nel pribata contra hoc agere tentauerit, aut aut consilium aduersus hoc dederit, maledictione eius subiaceat et cum Juda traditore partem habeat, et cum Datam et Abiron in æterno incendio iaceat. Sitq anathema maranatha nisi Xp. nisi ad penam videat amen. Scriptum est hoc et corroboratum anno dni. de virgine nati mellesimo tricesimo tertio, presentibus et roborantibus Episcopis in Castella, in Burgo Santio Pontio Julieno eiusdem loci epus.»

E lequerido poner todo para que V. P. (letra diferente la V y la P) le viera y juzgue qué se puede colegir del. En cuanto aquellas primeras palabras bien se da á entender su antigüedad y como aya sido siempre de N. P. S. Benito hartas veces lo dice. Ofrece á mi parecer una duda de quién puede ser este Rey D. Sancho que aquí dice, porque segun se colige de aquellas palabras *divæ memoriæ* no deviera de ser el que entonces reinaba, sino alguno de los pasados, pues de que entonces reinaba el Rey D. Sancho el Mayor, claramente lo dice V. P. en la casa de San Millan, y que no murió hasta el año de 1035. Tambien me parece que aquel Juliano Obispo *eiusdem loci* me parece que debia ser á la sazón Abad desta casa y tenia aquel título por las razones que allí tambien trae V. P. Este castillo es agora del Duque de Alba, con el valle que del castillo se llama de S. Esteban, y el castillo se dice de Monjardin. Era de las honradas tenencias que habia en aquellos tiempos, como parece en muchos privilegios que firman entre los nobles los que lo tenian. Está media legua desta casa házia Castilla. Otra donacion ay que es la mas antigua que yo allo en esta casa de el Rey D. Sancho el Mayor, que empieza de esta manera:

In nomine sanctæ et indiuiduæ trinitatis Patris scilicet Filii et Spiritus Sancti. Hæc est pagina traditionis et confirmationis quam ego Santius gratia dei rex cum coniuge mea Numa domna regina fieri iusimus in honorem Sancti Salvatoris et Sancti Benedicti et Sancti Martini cæteriisque Sanctorum, tibi domino et magistro nostro patri spirali Leioario abbati ceterisque fratribus in Irax (aquí está un poco ratona-



do). Y dice adelante ac Sancte conscsiones suaviter forentibus etc. Dice que le da á *Iarte*. Dale tambien un monasterio que le llamo *Berroeta* en la ribera del rio Arga con todo su término, que alli tambien le señala. Dale dos molinos que están cerca de *Guarano*, et ipsum pelagum veratum qui est super ipssos molinos de *Guarano*. Y un monasterio que se llama *Amurco* y confírmale la donacion que hizo Sancho Garcia en *Amurco* y en *Hiarte* de tierras y viñas casaies y heredades y todo lo que se hallare que fuere suyo en *Lethe* y un monte que está cerca del *Vado* del rio en los términos de *Enor* y *Hidia*. Otro monte en un territorio de la villa de *Eguior*. Da tambien el monasterio de *Osquate* cum suo molino et sua piscatoria et illam Villubam quæ vocat *Osquiz*. Confírmale la hacienda y heredades que dió García Fortuniones, quando se entregó él y la iglesia de San Miguel á *Hiarte*. Tambien confirma lo que él habia dado ad ipsos cænobitas quæ vocitant de *Hiarte*. La parte que él tenia en el monte que llamaba *Rrizanri* y *Aanoz* y la parte que tenia en los pueblos *Ataundo* y *Olaluce*. Y acaba con las maldiciones ordinarias á quien intentare quitárselo. Facta carta traditionis et confirmationis. Era 1062, 6 Kal Junii. Ego namque Gratia Dei rex una cum consocia mea prædicta regina qui hanc cartam fieri iusimus relegendem audiuius manibus nostris signum fecimus | et testibus tradimus ad roborandum superni regis seruula et dei opere conuersa confirmans. Garcia Regulus confirmans. Renimirus frater eius conf. Gundesaluusq horum frater conf. Fredinandus Seruorun frater conf. Epis. Eximinus Pampilonensis cf. Y pone más obispos y caballeros que no se pueden leer por estar las letras muy gastadas y roidas. De este Rey no parece otro papel y se puede creer que no fuera la primera ni postrera merced que él hizo á esta casa ni su deuocion pára en esto, pues se mostró toda su vida tan aficionado á la sagrada orden de San Benito como lo confiesan las cassas que alcanzó en su tiempo y en esta hera ya tan antigua la mucha religion y observancia monástica que nos dice la escritura antecedente.

De este año allo sola otra de un caballero que se llamaba Señor Sancio Galindoiz dice que da él y su hermana domna

Andregoto Galindones por el bien de sus almas al monasterio de Santa Maria de Hirache los palacios, tierras, viñas y un huerto que tiene en *Licarrase*, todas las tierras y viñas que tienen en la villa de Ustaday. Y despues de los dias de su hermana, dexa todo lo que tiene desde la ribera de Arga hasta *Athequi*. Son testimonio de esto (que así dice) demno Gomez Abbas de *Egauerri* domno Ximeno de *Egauerri*, Semeno Genduliz, Belasco Lopiz, Garcia Lopiz, Eneco Lopiz, Fortun Sanz et Garcianus prebs in era 1062. Regnante rege Sencio Garcianes en Pampilonia et Episcopi Scemenoni et Regina domna Scemena que deuia de ser la madre del Rey, que aun entonces uiuia como parece en un priuilegio de S. Millan. Donacion de la propia Reyna en la Era de 1066 á 7 de diciembre. Casa de S. Millan, fol. 63, dorso.

Hasta la hera de 78 no ay otro papel y este es el del Rey D. Garcia y dice Sub noie Sanctæ et individue trinitatis, etc. Hæc est cartula donationis vel confirmationis quam ego Garsia gracia D rex fieri iussi. Igitur ego Garcia quambis indignus rex, tamen non indubius magna Xpi pietati confusus in eius gra. compuctione et propii sceleris stimulis perterritus Liberter veniens in Cenobio quod vocitat Sanctæ Mariæ Irase, ibique volutus genibus Abbatis domne Munionis et omnium fratrum cum omni deuotione rogauit ut hospicium peregrinorum edificaret pro remedio animæ meæ et illius patris cum omnibus suis opibus dificis implevit, quod ego videns perfectum dedi unum agrum qui antea fuit nemus in quo plurima erant robora qui erat circa villam quæ dicit *Mobez*. Y dice que hace esta donacion cum consilio Senioris Fortiniz Acenariz cui tunc illam prouintiam in potestatem dederat.

Pro hoc veneficio veniam merear (dice) peccatorum meorum et accipere salutem in conspectu dni et xps amen. Pone las maldiciones ordinarias á quien fuere contra esto y confirma et manu sua firman + et tradit testibus ad confirmandum et valorandum qui sunt Senior acenaris e fortunionis dominator Huarte. ts S Lope fortuniones Calagurritanus ts, S fortunio acenariz dntr Fures ts Factacartula nota die 7.<sup>a</sup> feria, y no dice de que mes. Era 1088. Regnante ypsa in Pamp.<sup>a</sup> et in Alaba et in Castella Vetulla, ejus

fratre Fredinando rege in Legione ranimirus rege in Aragone. Y Epo Joane ecclam regeante Pampilo. Gomesanus Calagurritanus Epus Y segun esto antes fué latorre de Calahorra que lo que se dice en la casa de San Millán. V. P. entenderá mejor esta dificultad. Bien muestra este devoto y cristianísimo rey la mucha caridad de su noble pecho y como ayudara y favorecía á los que dellos se preciaban, virtud que tan largamente viera el ejercitarse en esta santa casa y en su bendito Abad D. Nuño como en maestro y dechado de uno de los más raros y admirables ejemplos de esta virtud que ha avido su glorioso sobrino y padre nuestro S. Bermudo como se ve bien claro en aquel famoso e inaudito que acerca de esto se cuenta enseguida. Muy adelante llebo esta cassa y lleva en ejercitarse en obra tan heroica y honrarse con este divino blason heredado de tan soberanos progenitores, da buen testimonio de ello como testigo que dice ser de vista el Arzobispo de Tarragona D. R. en su privilegio que da a esta casa en el año 1211 en que la confirma como metropolitano que era entonces de este obispado la Iglesia parroquial de S. Juan de Estella, que años antes le habia dado el Rey Don Sancho el Fuerte como adelante veremos y pone perpetuo silencio y manda so pena de excomunion á ciertos clérigos no inquieten, perturben ni beden á los fieles cristianos se vengán á enterrar aquí ó hacer otras obras pias etc. Ceterumquia multa et maxima bona et pietatis opera tan en religionis et ordinis obervantia quam in hospitalitate pauperum et peregrinorum et quorumlibet aliorum ibi fieri et exerceri propii oculis inspeximus universis qui dicto monasterio digna beneficia et elemosinas contulerint quadraginta dies dein cunta sibi penitentia per gram Sancti Sp. ps relaxamus. d. Stella 11 Kal octob. anno de 1211. Y no lo confiesa menos este rey, no porque experimentaban cada día el gran tesoro que tienen aquí sus pobres como en estos años atrás lo han echado de ver tan generalmente, y no dicen menos tambien multitud de peregrinos que por aquí continuamente pasan, por ser este paso ordinario á los que bayan de Francia, Flandes, Alemania y otras partes á Santiago y de esto &.<sup>a</sup> A este Abad

Don Nuño allo que confirma una escritura de donacion como lo hacian los nobles y personas de cuenta que seguian al rey, en la cual da el rey a Eximinos Garcia, a quien llama fidelisimo, obtiui seruitium quod mihi fecisti: da una y cierta hacienda que estaba en *Opaco*, lugar de este reyno Era 1088, año 1050-6 Kal octobris. Confirman Sanctius epis pamp. Garsia Alabensis, Munio Ab. de Hyrax, Senior acenaris fortunionis dntr S. Stephani (que es el castillo de Monjardin de arriba) S. Garcia Eximinones. S. Arnaldo Garceis. S. Lope Bellazcoz. S. Galindo Galindiz. ex officilibus Regis y Fortunio Balazcoz Mayordomus, S. Lope Fortuniones. stabularuis. S. Acenarii Fortuniones Botelarius, García Lopez armiger Regis. Reynaba Pamplona, Castella betula Corobia usque in monasterium; Fredinandus in Legione et Castella Ranimirus.

En la Era de 1092, año 1054, hallo otra donacion, ó por mejor decir, confirmacion que hizo el Rey Don García a esta casa de el campo que la había antes junto a *Muez* y *Hirujo*, y dice que se lo dió ut serviret domui peregrinorum quam feci juxta portam Sant Mari pro remedio anium me et omnium filiorum meorum ut cumvenirent peregrini seu quilibet hospites inveniant elemosinas inelemosinaria. Facta carta Era 1092. Confirman los seniores Fortun acenariz dntr. in *Funes* et *arriezu*, acenar fortunionis in *huart*. S. Fortunionis in *escaurre*. Regnabat Pampl. et Castella, Vetula, Fredinandus in Burgos in Legione Ranimirus Aragone.

No era menor el patronazgo Real y señorío que los reyes han tenido en esta casa que el que en las otras reales por ser esta como ellos confiesan y abajo veremos obra de sus antepasados los Reyes de Navarra y haverla dotado y enriquecido con tantas y tan ricas donaciones, como consta por un trueque que este Abad Don Nuño hace con unos vecinos de *Lardero* junto á Logroño de unas viñas por otra hacienda y dice lo hace motu et voluntate Garcia regis el cual lo confirma con los demás de arriba Era 1092. Y en otras cosas tambien parece que sin licencia y consentimiento suyo no se podia enagenar nada.

De este año hay una donacion de una señora llamada Doña Fronilda, hija que dice ser de Don García el rey y de Doña Toda quien llama reyna. Da á Santa María de Hira-che (á quien ordinariamente se dan todas las donaciones por ser esta imagen y cassa debotísimo santuario de este reyno) y á su abad Don Nuño et Monachis ibi deo servientibus pro remedio animee meae et propter promium vitae aeternae illam heredatem quam habeo in *Torrilas* (Hoy Torrijos cerca de Logroño) cum omni suo terminatu cum omnibus suis pertinentibus cum palatio cum domibus, cum terris, vineis, pallude, aquis molendinis cum omne introitu et exitu cum illo rivo qui decurrit irrigando ab *irroga* usque ad Lucronium. Y va señalando los mojones y términos como estaban.

## (DOCUMENTO CURIOSO.)

Ego Fronilla viiente matre mea absenteque Sorore mea quae peccavit et fornicata est cum patre suo feci hanc cartam nullo cogente sed spontanea voluntate et obtuli ea in altari Sanctae Mariae et reliqui pie ibidem Loci quatenus in omnibus ser uorum xpi ibi habitatum partem habeam, et regni celestis gaudia cum illis simul obtinere valeam. Amen. Facta era Regnante Rege Sancio Garsiam in Pampilona. Rammi in Arago. Froi in Leg. Epus Joan in Camp. Gomesano in Calag. Fortunio en Alaba. Confirman S Exximiuno fortuniones dnter Ponte curbo S exximino manciones maior domus. S Garcia garces stabularius, S Fortum garces S Vlasco garces botellarius. Por aquí parece como ya reinaba el rey don Sancho en Pamplona, y en otra parte parece que no está el año siguiente. Tambien dice que era Obispo de Alaba Fortunio. V. P. lo entenderá mejor lo que hay en ello, que yo digo lo que aquí. Esta hacienda ha mas de 400 años que la tiene arrendado el cabildo de los clérigos de Santa María la Redonda de Logroño y paga ahora mucha renta por ella. Hasta era de 1094 no hay otro papel que nos diga cosa. En esta ay uno de un caballero que se llama D. Fortun de Arreniz, dice que teniendo deseo de ser religioso y vivir debaxo

la regla de or. P. S. Benito determinó tomar el hábito en esta casa sub regimine Beremundi Abatis y entregarse él á Dios y á Ntra. Sra. de Hyrache y á D. Bermudo su Abad. Y da un monasterio que tiene en Arroniz, el qual dice adquisiimus Dns a domino Eximinus anunculus meus. Et ego post ipsum adub Sancio Garceis et á obpo Joane. Pampilonensis ecclesiæ, y dale con toda su hacienda y la del monasterio y con consensu et voluntate et ex rogatu omnium vicinorum meorum de Arroniz. Era 1094. Rege Santio Garces in Pampilonia et Alaba. Rege Ildfonso in Legione et in Castella noba. Obispo Juan en Pampilonia Gomesano en Calagurra. S Eximino fortuniones doctnr in Cambero, S Sancio fortuniones in St. Stephanis. Por aquí parece como ya N. P. S. Bermudo era ya Abad y el rey D. Alonso reynaba y esto no se como puede ser. V. P. lo sabrá.

En la era de 1096 año 1058 allo otra donacion que es la primera que el rey D. Sancho el noble hizo á esta casa, al cual le debe ella todo lo que tiene como único bienhechor suyo. In xpi noie quem credimus natum temporaliter fuisse alvo incorrupti virginis Mariæ et ante tempora et Luciferum processisse e sinu ingeniti patris. Spiritum quoque sanctum ab utroque procedentem in uniatu trinitatis quen cuncta eccla católica difussa pertotum orbem mundi fatet adorat, venerat per infinita sæcula, amen. Nunc sgitur ego Sancius gra dei rex licet in dignus cum consilio Joanis epi et divino inspiramine compuctus atque illud veritatis evangelii proceptum sequutus in quo agit date et dabitur vouis placuit mihi deuotamente dare un monasterio que se llama San Clemente que está junto á la villa de Sorlada con toda su hacienda viñas y heredades y con toda su alaja. Y dice que la da rogante Ferriolo eiusdem Monasterii abbatis sit sit pro remedio animæ suæ á Santa Maria de Hyrax et Abbati dno Vellagtunc regenti *Irase* et cæteris fratribus bi seruientibus deo una cum dno Vermude sub regula Sti. Patris Benedicti ut sit eius de cania in perpetuo. Manu sua firmauit et roborauit ✠ et tradit testibus ad roborandum qui sunt Seior Fortum Lopez imperante in *moes* conf. S Sancius fortuniones Dntor *Sancti stephani* conf S Semeno Garceis dntor *Licarrasa*,

cf. S. Fortum acenaris dnto Funes. cf. S. Eneco Sanciones dnt. *arraesta* cf. et omnes milites pampilonenses testes et confirmantes. Era 1096. Sancio Rege in Pampilona, Rani in Arag. Fed. in Legionem. Epo. Joane in Irunia, Gomezano in Nágera. Aquí aparece como era Abb. deste bella que bien claro lo dice y en la pasada vimos á S. Bermudo, y luego el año adelante le boberemos á ber Abbad. V. P. lo entenderá y assi aquel tunc denota algo, aunque como dice adelante cum *vermude*, no se lo que se puede colegir. En la donacion de D.<sup>a</sup> Fronilla de la era 1092, dice que reinaba ya D. Sancho, y assi lo allo en una carta de uenta otorgada por unos uecinos de *Mariama*, en que una persona de esta casa que llama D. Lope de Santa Maria de Hyrache compra un campo llamado *legardia*, y dice reinaba D. Sancho en Pamplona y sus tios donde suelen. Y pone á Urgela obispo de Alaba, y entre algunos caballeros que son testigos esta infans dne. Sancius filius regis Garciae dnt. *essaue*, no se que pueblo sea este, etc.

Era 1097. El rey D. Sancho con su mujer doña Placencia rogatu et licencia dne. Blasii, dan á N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> de Hyrache y á su Mon.<sup>o</sup> y al Abad D. Bermudo aquel Mon.<sup>o</sup> de Santa Maria Liberum et ingenuum, quod dederunt vicini de Arroniz: (es el de arriba). Ego (dice) confirmo et concedo cum omnibus sibi pertinentibus ut nulla ecclesiastica S. seculari persona bi ex tunc aliquid requirat. Y concluye con las maldiciones ordinarias.

Era 1097. Ego Sancius gra. des rex manu mea hoc signum imprimo: et dominum meum Belasium Pampi.<sup>a</sup> Epum. hoc supradicta confirmando. ut similiter faciat rogo | Signum Blasii epi. conf. S. Sancio Fortuniones dnt. Sancti Stephani S. Lore (torés?) acenariz Dnt. *funes* et *arriezu*, S Exemino manciones maiordomus regis, Garcia Garces Stabularius, á estos tambien topamos arriba. Estando escribiendo esta los canteros que andan en la obra de la torre allaron el libro del becerro de esta casa algo maltratado á las primeras ojas. Es de pergamino, muy bien escrito, letra antigua, no gótica, y muy legible, tiene talle de haber muchos años que es escrito. La primer donacion que en él está es de

la era de 966 de una S.<sup>a</sup> que el llama doña Elio; da toda su hacienda, tierra y viñas, á N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> de Hyrache y á su Abad Theudano, y concluye con las maldiciones ordinarias á quien fuere contra esto. Facta carta era 966 regnante rege Garsiano et regna doña Tota Epo Valentino: no dice de donde. Pone alli unos testigos que no se pueden leer.

Son estos reyes los primeros bienhechores que se hallan de la casa de San Millan como se dice allí hijo de D. Sancho Abarca y su muger doña Toda. No hay otra escritura hasta la era 1062, que son las que ponemos arriba y de nuevo hay sola otra fuera de las que yo tengo apuntadas y por ser de consideracion la pondré toda. Es un trueque que hizo el Rey D. Garcia de Nagera con esta casa en que da por el castillo de San Esteban el monasterio de Hyart y mas hacienda en la era de 1082 en que parece como ya no era de esta cassa Hiart haciendo 20 años antes que el Rey su padre la habia dado al Abad de *Yoario* pero no hay que espantar que cualquiera cossa que se diga de aquellos tiempos se puede creer y dice:

Hæc est carta commutationis quam ego Garsias gra. dei Pampil. rex feci cum domns Abbate Munione Sanctæ Mariæ de Hirach et cæteris monachis ibi digentibus, scilicet de Castro Sancti Stephani et de Santa Maria de Hyart, quia sepe præcatus Abbatem nequisue habere illud neque per me neque que alios, sed ad ultimum per *nutritorem meum* Seniozem Santium Fortuniorem (ayo del Rey) Sancho Fortunez. Vix potui adipisci illud, non tamen perpetualiter pro solo Hyart si plenisimam autem etiam emendationem duplicem non fecero prædicto Çenobio pro honore Sancti Stephani, sin alias unisque redeat ad proprium honorem *quia quodam visæ que meus* Sancius Rex expulsa gente Sarracenorum a montanis peruenit usq ad prædictum Castrum, sed et rex consultus a diuino consilio venit in ecela Sanctæ Mariæ de Hyrach ibique præcatus auxilium omnipotentis dei et intercesione Sanctissime Virgins Mariæ cepit Castrum. Vt. q.<sup>o</sup> rex compuctus a Sancto spiramine tradidit illud almæ virginis Mariæ de Hirach cum honore suo quæm habet et habere debet et decimam de Castris



quæ ceperat et capturus erat et ob hanc causam nolo illud habere culpabiliter sed tradam ad prædictum cænobium magnos honores scilicet villas monasteria et cætera inmobilia ut pro misi plenissime si vita comes fuerit et si dies mei breviati fuerint interim filius meus et nepos impleat sucesionem meam ne per hoc incidat in horrendis madibusque omnipotentis dei et in ira genitricis filii ejus. Tamen ego ad præsens do Sanctam Mariam de Hyart cum omni pertinentencia sua cum ingresis et regresis suis *Latis, escuraga* et *Lecte* cum suis terminis et de illa archa deuenasoain usque ad pelagum rotundum de anoz sit defensum et vetatum tan aqua quam terra nec non ecclesiam Sancti Jacobi de *oscatea* cum piscatoria et omni pertinentencia sua et illam hereditatem de *hirujo* cum uno caseto noie doric et unan villam quæ vocitat oscoz et Velzaogui cum pertinentencia sua et in Iturgo y uno casato noie Sancio Scemenones magro et in Curbano uno cassato noie Mariel et osayn cum oi pertinentencia sua. Hanc quoque mutationem ego predictus rex feci cum magnis sacramentis et fide iu soribus in præsentia fratris mei Ranimiri regis et Sanctii Epi. Nagarengis Semorisque Fortunio Sances et Rauimiri Sancis adq. S. Acenari, fortunionis et Santii fortunionis et S. Semeno Garçeis et S. oriel Sancis et S. Santii Galindoiz et S. Sarcii fortuniones et Sarcii garceis de Lizzarrara et cæterorum principum et militum Pampilonensium atque Alauensium. Sed ex his omnibus dedi fide iusores nominatim S. Fortunio Sances nutritor meus. S. Ranimiri Sancis et Sancio fortuniones de ponte corbo. S. Sancio fortuniones de Huart et S. Semeno fortuniones de Cambero ut charitative et amore absque mo'estia concedam ea quæ dare debeo, quod si ego etiam interim obiero posteri mei amplissime faciant quod deui facere. Sin autem castrum cum oi. honore suo et ecclesiarum vilarum reuertant ad prælictum cenobium seruiturum in perpetum et si (quod absit) filii mei et nepotes negliserunt hoc agere ego sim solutus a sacramento, et ipsi luant penas in isto seculo et in futuro et deleam nomina eorum de libro vitæ sinque subpp-tuo anathemate et crucient aiæ et corpora eorum imperpetuis flammis inferni infelis perpetuis amen. Tracta carta Era 1082. Reg-

nante dno. nro. Jhs xpo. et sub eius imperio Garsia rege en Pampi.<sup>a</sup> in Alaba et in Castella Fredinando rege en Legione, Ranimiro rege en Aragone. Esto es lo que ha aparecido en el libro del Becerro, y dícenos claramente quién fué el Rey D. Sancho que dió aquel castillo que es lo que se dudaba en el instrumento de arriba que conforme lo que dice es D. Sancho hijo de D. Garcia el tembloso y nieto de D. Sancho Abarca, de donde claramente se puede entender quan antigua sea esta casa y como aun antes de la pérdida de España ella era pues dende entonces hasta los tiempos de este Rey nunca faltaron guerras en este reino y si esta cassa no estuviera ya hecha vien se puede creer que en tiempo tan turbulento y desasosegado no hubiera lugar ni espacio para hacer una obra tan costosa y hedificio tan sumptuoso como este. Y aunque es verdad que don Iñigo Arista D. Sancho Abarca y otros reyes limpiaron la tierra lo que pudieron, no deuián de ser tan grandes sus fuerzas que la pudiesen conservar mucho tiempo por estar tan poderosos los moros y no dexarle sosegar pues aun en el tiempo de aquel Rey D. Sancho estaban apoderados de este castillo y su tierra que está poco mas de media legua de Estella y aun dice que en la montaña que es tierra mas adentro. Pero volviendo al Rey D. Sancho el noble allaremos que no hubo año que no se hallase en esta cassa y la hiciesse alguna particular merced, tanta era la debocion que le tenia y á su Abad Bermudo.

En la Era de 1098—año 1060—ay una escritura en que el rey Don Sancho da licencia y permiso al Abad Don Anario, por habérselo pedido y suplicado muchas veces para que se ofrezca y entregue á él y á su mon.<sup>o</sup> que se llama Yquirre á que está en la villa de Heco y en junto á Riezu y a todos los hombres y mujeres que vivian sub eius regimine (como se usaba en aquellos llanos tiempos) in potestatem et ditionem Sanct M. de Irax atque Beremundi Abbatis ibidem almam fratrum sub Regula Sancti Benedicti conversantium congregationem regentis, dice que desde aquel dia iam dictum monasterium cum omnibus suis terminis suisque pertinentiis cum montibus, fontibus, paludibus, pratis exitis et introitis, terris,

vineis, hortis, molendinis, pomiferis et quidquid ad ipsum monasterium pertinent sint sanctæ Mariæ est ibi deo seruientium. Libere et absolute. Dale la jurisdicción civil y criminal sobre los vassallos del monasterio qualis cumque modo regia potestas se habet et penitus inde subtrao (dice) meam regiam et futurum os regum et geniorum potestatem ac dictionem, etc. Concluye con las maldiciones que suelen et hoc autem scriptum ratum permaneat et stabile ego quoque Sancius rex qui hoc testamentum traditionis et absolutiones fieri iussi, et relegendo cognui mano mea hoc signum inieci.

| et confirmaui et testibus tradidi ad confirmandum et roborandum. S. Lope Fortuniones dntr Calagurre et Nageram T.º et confirmat, S. Fortunio Lopez dntr punicastro et moez con S. Sancii fortuniones dntr Sancti stephani confr. S. Fortun acenariz dntr funes et arrieio confr. S. Acenaz garceis dntr Jobia et gradione cf. S. Eximeno fortuniones dntr Cambero et pont Corbo cf. S. Fortum garceis dnr. abtal (Autob cerca de Calahorra) et petra alta cf. S. Eximino manicinis maiordomus regis. conf S. Garcia Garceis stabularius cf S. Lope garceis Armiger Regis et Velasco garceis botecarius. cf. Ego denique acenari et si indignus gra. tamen dei abba qui hanc cartam a rege postulauí fieri. et me cum omnibus meis rebus deo et sanctæ Mariæ Tradidi manu mea roborauí et firmani | Facta Era 1098 regnante Sancio Pamplona Alaba et usque Pant corbo Castilla eius patries Fredenando rege. in Legione Ranim. in Arag (obispo) Joane Pamp. Gomesano Calagu, et Najaren. Supradict regis Sanctii iusione Sonna et si indignus Sacerdotis tamen ordine functus exaravit et confirmaui faciendó signum (hay una señal).

El año adelante hizo lo propio otro que se llamaba Don Garcia de Subica, para lo cual le dió licencia el rey y hace libre y franco su monº y da todo lo que arriba y casi con unas mesmas palabras, y forma y confirma el rey el Rey | y confirman S. Fortum Lopiz S. Semeno acenariz et suus frater Senior Garcia acenariz. S. Lope Fortunionis. S. Lope esuchones S. enecho Sancior. S. Fortun Sancis et omnes alii Seniores quorum noia (dice) sercibere longum est.

Era 1099 Regibus et Episcopis quibus supra es el Mon<sup>o</sup> junto á Suba en este año hizo lo propio otro que se llamaba Carrugio, se entrega el y su monasterio en manos del abad Bermudo y dale la propia licencia el rey libertades, y prehemencias y juridiccion que arriba y todo es por un tenor. Es la era de arriba. Los que firman con el Rey tambien nombres y obispos los propios. El mon<sup>o</sup> se llama Carala.

De este año ay una donacion del rey en que da Sanche Mariæ de Irax et Bermudo abbati et omni congregationi *unum excusatum* nomine Gomez Sandoz en Villa quæ dicitur Irujo cum vxore sua et filii suis et cum domo sua. et possessione et cum tota sua radize, Seniore Fortunio azenariz mediante (que era el Gobernador de Funes) ut intercedatis ad dominum pro peccatis meis et merear liberari a penis inferni. orationibus vestris... Tamen man ifesto accepisse me a vobis equum unum. optimum et quod rogastis me illum accipere quia non dedi cum tantum pro precio quantum pro anima mea parentum meorum dedi secut hactenus mihi seruiuit ita etiam post hoc serbiat Sanctæ M<sup>a</sup> ut vobis monachis dominis meis in perpetuum. Y concluye con las maldiciones. Hoc tamen scriptum permaneat ratum stauile et illesum &<sup>a</sup> y firma. Y confirman S. Fortun Lopez dntr puni castro. S. Lope Fortuniones dntr. Arroniz. S. Eneco Sancis dntr Sancti Stephani. S. Semeno garceis dntr Licarrasa. S. Fortunio acenaniz dntr Funes S. Scemeno acenaris dntr Tafalia, ex officialibus regis S. scemeno garceis armiger regis, S. Lope enecones ofertarius regis. (No han parecido hasta ahora otros officios como estos). S. Blasco Garceis Botecharius regis S. Garcia Sancis stabullarius. Era 1099 regibus et episcopis supra. Fortunius scriba extitt exadatr. Litteris et nomentia. Y parece que eran estos otros oficiales que los del otro año.

De la era de 1100 ay una donación que hace uno que se llamaba Zorrahinus Abad de San Deran de un Mon.<sup>o</sup> que tenia que se llamaba Santa Engracia en tierra de Alaba á Santa María de Hyrach ya Benemundo Abad pro remedio animæ suæ et parentum suorum y pone las maldiciones que sue-

len y firma et tradit testibus ad roborandum et confirmandum ex militibus alavensibus S. Garcia Garces de Gauna Ts. S. Lope gideriz de Ocharriz Ts. S. Gemeno de Gonzalviz de Alizeniz ts Fortun Sanzeyz de St. Romani Ts. Fortun Monioz de S. Romani Ts. Sanso Monioz de egino Ts. Facta era 1100 regnante Sancio Garcés rege in Pampl.<sup>a</sup> et in Najera comte dno Marcelo in Alaba epo. dño. Veila regente alabensem ecclesiam. Ego dominus eximius per iusionem domini Abbatis Beremundi has litteras scripsi. De este año hay otra donacion que hacen S. Fortum Garceis et usor mea domna Mancia dono deo et Sancta M.<sup>a</sup> de Irax, et tbi domino venerabili Abbati Beremundo patri spirituali omnibusque in cenobio Sanctæ Mariæ de Irax deo serbientibus. Da el Monasterio que llaman S. Esteban, que está en la villa de Ecoyen pro remissione parentum suorum atque pecaminum cum omni pertinentia quam habet, terras vineas, hortos et casales molendinis cum terminis cultis et incultis seu prope seu longe et villa quidquid sui juris est. y que desde entonces se desapoderan dello y lo dan á N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> y al Mon.<sup>o</sup> y á su Abad. Beremundo para siempre, sine voce mala y acaba con las maldiciones ordinarias. Facta carta donationis die 4 feria 9 kal. April Era 1100 Regnante Sancio Garceis in Pamplona et in Najera Gomesanus et Joanes episcopus ubi supra et tradunt testibus ad confirmandum et roborandum. Ex officialibus regis et principibus terræ (que assí dice) firman todos los de arriba de la penúltima carta á esta y fuera de ellos Senior Azenari Garceis dominator Tubia et S. dno. Marcelle dntr. Maranione. Sanctius excerauit.

En el año adelante era 1101 parecen dos donaciones del Rey D. Sancho. En la una dice que da Sanctæ Mariæ de Irax et Veremundo Abbati, atque omni congregationi la villa de Hyrujo cum omnibus pertinentibus suis aquis herbis heremcis, et populatis et mortibus introitibus et exitibus ut habeat et possideat monasterium de Hirax iure perpetuo absque aliqua voce mala. Hanc doctrinam feci pro animabus patris et matris meæ et omnibus parentibus meorum ut sint participes in orationibus vestris. Acaba con las maldiciones que suele, etc. Hoc autem scriptum permaneat ratum stauile et

Illesum ego namque prædictus rex qui hanc cartam scribere præcepi manu propria hoc signum iniei ✠ et pertuli nomina testium idoneorum. S. Fortunio Lopiz Dntr., Puni Castro, S. Fortuniones, Lopiz dntr. Arroniz: S. Eneco Sanci dntr. Sancti Stephani, S. Scemeno Garceis dntr. Licarrasa, S. Fortunio Azenariz dntr. Funes, S. Scemeno Azenaris dntr. tafalia. Ex officialibus regis S. Scemeno Garceis armijer regis, S. Garcia enocones mayordomus regis, S. Fortunio enecones pincerna regis, S. Blasco Garceis Botecarius regis (debe ser el pasado), S. Garcia Sancis stabularius, S. Lope enecones fertorarius regis. Facta carta donationis die dominico 6 idus Febru. Era 1101. Regibus Sancio in Pamp.<sup>a</sup> fredinando in Castella, Sancio Ranimirez in Aragon, que ya era muerto D. Ramiro.

La otra es hecha en el mismo dia, pero escrita de diferente mano, aunque todo gótico, como lo son casi todas las escrituras antiguas que hay aquí; da el Rey á esta casa un Monasterio que está junto á Arguiano con suis terris, vineis, pomiferis, hortis, molendinis, cum omnibus pertinentiis suis ingenium atque Liberum iure quieto usque in perpetuum firman todos los que en ese otro. Sanctius exaravit. Otra hay de este propio año y dia que sin duda debió ser célebre por tantas mercedes juntas hizo el Rey, da un prado junto á *legardeta* y todos cuantos campos y viñas él tiene por allí fuera de una viña quam (dice) retineo pro meis utilitatibus et pro confirmando hujus scripturæ testamento accepi ex vobis supranominatus Abbas veremundus una pellis alfunes valente cc. Solidos ut mihi placuit. Firman y confirman los de arriba y muchos más que sin duda se debieron de juntar aquí por alguna fiesta sin los que firman de nuevo. Senior dno Marcele dntr. maranione S. Sancio Fortuniones dntr. Patralta, S. Fortunio Sanciz dntr. Falces, S. García eximiniones dntr. ararlas, S. Eneco Sancis dntr. hussue, S. Garcia Azenariz dntr. helosces, Sancius scriba iusione dñi. mei regis exaravi.

Sigue otra del mismo año en que se da el Monasterio de *Iturisciria*.

En el año adelante se halló el rey en esta casa y dio un

monasterio de S. Miguel cerca de un castillo que solia ser priorato de esta casa; dice que hanc denationem fecit nullius cogentis imperio nec suadentis articulo sed spontanea voluntate pro remedio animæ meæ ut propitius sit mihi divæ placuit mihi ut concederem ab atrio Santæ Mariæ virginis de Irax illo Mon.<sup>o</sup> de S. Miguel cum omnia quæ ad eum pertinent, terris, vineis pratis, pascuis, molendinis, etc. Simul et ipse dno. Monio de *allo* qui erat ibi in supra scripto monasterio cuncta sua hereditate de suo patre ut serviant ad Sancta Maria et tibi patri spirituali. Abba Vermudo cum cæteris fratribus ibi commorantibus et deo servientibus ut memores sitis etc. Pone las maldiciones y firma como suele y confirman Senior Fortunio Lopiz in puni Castro, S. Fortunio Acenariz in funes, S. Lope Fortuniones in Arreniz, S. Eneco Sancii, Sti. Stephani, S. Eximino Garceis Alferiz, S. Lope enecones scanciano. Estos son los propios que arriba. Armijer Fertorarius, Pincerna, que bien dan a entender sus officios. S. Garcia enecones maiordomus, S. Lope moniez boteliero, S. Garcia Sancis, stabulario. Era 1102, Regnatibus Sancio in Nagera et in Pampl. Ferd. in Castel. San in Arag. Epis Comisano et Joanne, Garcia exaravit.

En la era 1101 (año 1063) die 4.<sup>a</sup> feria 9 Kal April hay otro y da el mon.<sup>o</sup> de San Justo de Mues. Firman los de arriba.

Hasta la era 1104 no hay más, y en esta se da un monasterio de S.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> de Horo.

En la era 1104 idus April Regibus Sancio in Nagera et in Pamplona, Sancio Ferdinandiz in Burgos, Sancio Ranimirez Aragone, Epis Joannes in Irunia Monius in Nagera, y firma y confirman S. Fortun Lopis dominator Punicastro, S. Fortun diacenariz dnt. Funes, Senior eneco Sanciz dnt. Sancti Stephani, S. Lope Fortuniones dnt. arroniz, S. eximino Garceis dnt. Licarrasa, Armijer regis S. Petro Garciae cf. stabularius regius, S. Fortunio Abbariz, el primero que hemos topado aqui con este nombre, ofetor regis, S. Lope enecones, eius frater Fortunio enecones pincernarius regis, Botecarius regis, Lope momes, maiordomus, S. Eneco Sancis, Garcia exaravit vivat in Xpo. Amen. Ya

aparece por aquí como era rey de Castilla D. Sancho y obispo de Nagera D. Nuño. A este D. Lope enecones topamos con tres nombres de oficios, fertorarius, tallator y agora offertor. Y á Fortunio Enecones su hermano con pincernarius, scanciano, y pincerna. Esto bien se deja entender que era de la copa y todos tres títulos son de un oficio; pero no diremos lo propio de los otros tres porque el ofertor dice V. P. que se parece á limosnero, los otros dos si son que sin duda debia de ser lo que hacen ahora los caballeros de la Cámara y por las diuersas acciones tienen nombres diuersos aunque todo sea un oficio, el de la Cámara que es semanero sabemos ba por la vianda de su magestad y la va acompañando delante y por esto parece se le puede llamar fertorario, el propio trincha en la mesa y entonces es tallator que es tambien lo que hacen los maestre salas. Y no se si digo algo. V. P. lo entenderá mejor.

BERNARDINO MARTÍN MÍNGUEZ.

(Se continuará.)

#### NOTA.

Los documentos que ahora empiezan á publicarse son los recogidos por el P. Fray Juan de Cisneros, monje benedictino en Carrión de los Condes; son utilísimos para la historia patria.

Ahora se dan á luz tal cual se encuentran, y luego, al fin, se hará el estudio correspondiente.

Una casualidad los ha puesto en mis manos. Si para algunos la simple publicación de las medallas que hay en nuestros museos les pudiera preparar el camino para la calle de León, no creemos valga tanto nuestro trabajo—aunque estaba perdido el libro—que nos sirva para *El Nuevo Rezado*. Ya se ha dado allí el informe correspondiente.

La firma que va al pie de los artículos, entienda el lector no es firma del autor, es firma del que publica dichos trabajos. ¡Cuántos cuervos hubieran deseado el libro para darse aires de pomposos y brillantes pavos





# DIARIO PRIVADO

POLÍTICO-MILITAR

DEL ALMIRANTE C. DE PERSANO

EN LA CAMPAÑA NAVAL DE LOS AÑOS DE 1860 Y 1861.

*Continuación (I).*

## CUARTA PARTE

RADA DE NÁPOLES, *octubre de 1860.*

10. Bajo á tierra y visito lo primero á nuestro Ministro el Marqués de Villamarina, que se manifiesta contento de volverme á ver. Ponémonos de acuerdo al punto, sobre la marcha que se ha de seguir con objeto de dar cumplimiento á los propósitos del Conde de Cavour.—Él piensa trasladarse al cuartel general del Rey, para recibir sus órdenes.—Me despido en perfecta armonía de ideas con él, en todo y por todo.

El dictador tiene su cuartel general en Caserta.—Iré cuanto antes á ofrecerle mis respetos y asegurarle que el Conde de Cavour desea firmemente marchar de acuerdo con él para la unificación de Italia bajo el cetro constitucional de Víctor Manuel, y que si contraría sus propósitos acerca de Roma, es

---

(1) Véase la pág. 425 del tomo anterior.

porque sabe que es empresa absolutamente intempestiva, dado que se opone á ella la política europea, á la cual es menester prestar atención, si no se quiere perder el fruto de la feliz conquista de nuestra unificación nacional, ya casi cumplida.—Iré á verle mañana temprano; que la jornada de hoy debo emplearla en formar juicio exacto acerca del curso de las cosas de aquí.

Encuentro al país entusiasmado con el General Garibaldi, pero de ningún modo deseoso de comprometer la causa de la unidad italiana, dando abrigo al deseo manifestado por él de no detenerse sino en Roma y proclamar allí, desde el Capitolio, á Víctor Manuel Rey de Italia, puesto que comprende bien lo intempestivo de la empresa; y sea prueba de ello la exposición elevada por estas poblaciones al Rey de Saboya, cuando á la cabeza de sus tropas ponía el pie en el territorio napolitano, después de haberles anunciado á éstas que había tomado su mando directo con estas breves y memorables palabras:

«*Soldados:*

Tomo el mando: me costaba demasiado el no hallarme el primero allí en donde puede haber peligro.»

Cuya exposición es del tenor siguiente:

«*Señor:*

Somos los más nuevos, pero queremos ser, y sentimos que somos ya desde ahora, los más constantes y fieles de vuestros súbditos: y es natural, dado que, entre las poblaciones italianas que se agrupan bajo vuestro cetro, ninguna, señor, recibe mayor fortuna y redención que la nuestra.

Por vos, señor, cambiamos una patria, ultrajada por los hombres, en patria gloriosa y potente.

Señor, vuestro nombre suena entre nosotros como palabra de orden y paz; y si el invicto dictador Garibaldi os ha proclamado á vos con vuestros descendientes Rey de Italia, tened, señor, por seguro, que en nuestros ánimos estabais proclamado ya desde el día en que habéis adquirido el nombre de primer soldado de la independencia italiana, y por esta Italia, á la que amáis con santísimo y eficaz amor, habéis arriesgado trono y vida en los campos de Palestro y San Martino.»

Y el Rey saboyano les hablaba en los términos siguientes, dignos de los sentimientos elevados de su noble corazón:

«En momento solemne de la historia nacional y de los destinos italianos os dirijo mi palabra, pueblos de la Italia meridional, que cambiando vuestro estado bajo mi nombre me habéis enviado comisionados de todo orden de ciudadanos, magistrados y diputados de los municipios, pidiendo ser restituidos al orden, confortados en la libertad y unidos á mi reino.

Quiero deciros qué pensamiento me guía y cuál es mi conciencia de los deberes, que debe llenar, quien fué puesto por la Providencia en un trono italiano.

Subí al trono después de gran desventura nacional. Dióme mi padre un alto ejemplo, renunciando la corona, por salvar su propia dignidad y la libertad de sus pueblos. Carlos Alberto cayó empuñando las armas y murió en el destierro; su muerte confundió ya para siempre los destinos de mi familia con los del pueblo italiano, que desde hace tantos siglos ha dado á las tierras extranjeras los huesos de sus desterrados, por querer reivindicar la herencia de todo un pueblo, á quien Dios ha puesto dentro de los mismos confines y ligado con el símbolo de una sola lengua.

Yo me eduqué en este ejemplo; y la memoria de mi padre fué mi estrella tutelar.

Confirmé la libertad en tiempos poco propicios á ella, y quise que desarrollándose echara raíces en las costumbres de los pueblos, no pudiendo yo mirar con sospecha lo que á mis pueblos les era caro.—En la libertad del Piamonte fué respetada religiosamente la herencia que el ánimo profético de mi agusto padre les había dejado á los italianos todos.

Con las franquicias representativas, con la instrucción popular, con las grandes obras públicas, con la libertad de la industria y del comercio, traté de acrecentar el bienestar de mi pueblo; y queriendo, sí, á la religión católica respetada, pero libre también á cada uno en el santuario de su conciencia, y firme la autoridad civil, resistí abiertamente á aquella obstinada y procaz facción, que se ostenta como la única amiga y protectora de los tronos, pero proponiéndose mandar en nombre de los Reyes é interponer entre el Príncipe y el pueblo la bandera de sus intolerantes pasiones.

Tales modos de gobierno no podían ser infecundos para el resto de la Italia. La concordia del Príncipe con el pueblo, en el común propósito de la independencia nacional y de la libertad civil y política; la tribuna y la prensa libres; el ejército que

había salvado la tradición militar italiana bajo la bandera tricolor; hicieron del Piamonte el porta estandarte y el brazo de la Italia. La fuerza de mi principado no se derivó de las artes de una oculta política, sino del abierto influjo de las ideas y de la pública opinión.

Pude así mantener, en la parte del pueblo italiano, unida bajo mi cetro, el concepto de una hegemonía nacional, de donde debía nacer la concorde armonía de las provincias separadas, para formar una sola nación.

La Italia hizose capaz de mi pensamiento, cuando vió que se enviaban mis soldados al campo de Crimea, al lado de los soldados de las dos grandes potencias occidentales. Yo quise hacer entrar el derecho de Italia en la realidad de los hechos y de los intereses europeos.

En el Congreso de París pudieron mis legados hablar por primera vez á la Europa de vuestros dolores; y á todos les fué manifiesto cuán funesta fuera para el equilibrio europeo la prepotencia de Austria en Italia, y cuántos peligros corría la libertad é independencia del Piamonte, si el resto de la península no quedaba libre de las influencias extranjeras.

Mi magnánimo aliado, el Emperador Napoleón III, sintió que la causa italiana era objeto digno de la gran nación en que impera; y los nuevos destinos de nuestra patria fueron inaugurados por justa guerra. Los soldados italianos combatieron dignamente al lado de las invictas legiones de Francia. Los voluntarios que acudieron de todas las provincias y de todas las familias italianas bajo la bandera de la cruz de Saboya, demostraron que toda la Italia me había investido del derecho de hablar y de combatir en nombre suyo.

La razón de Estado puso fin á la guerra, pero no á sus efectos, los cuales fuéronse desarrollando por la inflexible lógica de los acontecimientos de los pueblos.

Si hubiera yo tenido aquella ambición, que se le imputa á mi familia por los que no penetran en la razón de los triunfos, habría podido quedar satisfecho con la conquista de la Lombardía. Pero yo había derramado la sangre preciosa de mis soldados, no por mí, sino por la Italia.

Había yo llamado los italianos á las armas; algunas provincias italianas habían mudado su organización interior para concurrir á la guerra de independencia, que sus Príncipes aborrecían; y después de la paz de Villafranca, aquellas provincias pidieron mi protección contra la amenaza de restaurar sus antiguos gobiernos. Si los hechos de la Italia central eran consecuencia de la guerra á que habíamos invitado á los pueblos, si el sistema de las intervenciones extranjeras debía ser

desterrado para siempre de la Italia, yo debía, al par, reconocer y defender en aquellos pueblos el derecho de manifestar sus votos legal y libremente.

Retiré mi gobierno, y ellos formaron un gobierno ordenado; retiré mis tropas, y ordenaron ellos fuerzas regulares; y manteniendo á porfía la concordia y otras virtudes semejantes, vinieron á lograr tanta reputación y fuerza, que sólo por violencia de armas extranjeras habrían podido ser vencidos.

Gracias á la sensatez de los pueblos de la Italia central, la idea monárquica fué constantemente afirmada y la monarquía moderó moralmente aquel pacífico movimiento popular. Creció así la Italia en la estimación de las gentes cultas; y fué manifiesto á la Europa que los italianos son aptos para gobernarse á sí mismos.

Aceptando la anexión, yo sabía cuántas dificultades europeas tenía que afrontar; pero no me era dable faltar á mi palabra, empeñada á los italianos en las proclamas de la guerra. Los que en Europa me tachan de imprudencia, juzguen con ánimo sereno, qué cosa habría venido á ser, qué cosa vendría á ser aún la Italia el día en que la monarquía apareciese impotente para satisfacer la necesidad de la reconstitución nacional.

Por las anexiones, el movimiento nacional, si no cambió en la sustancia, tomó formas nuevas: aceptando del derecho popular aquellas hermosas y nobles provincias, debía yo reconocer lealmente la aplicación de aquel principio; y no me era lícito cambiarla bajo la norma de mis afectos é intereses particulares. En obsequio de aquel principio hice, para bien de Italia, el sacrificio más costoso á mi corazón, renunciando á dos nobilísimas provincias del reino de mis mayores.

A los Príncipes italianos que han querido ser mis enemigos les he dado siempre leales consejos, resuelto, si eran vanos, á arrostrar el peligro que su obcecación hacía correr á los tronos, y aceptar la voluntad de Italia.

Al gran Duque habíale ofrecido en vano mi alianza antes de la guerra.

Al Sumo Pontífice, en el cual venero al jefe de la religión de mis abuelos y de mis pueblos, hecha la paz, le escribí en vano ofreciéndole asumir el vicariato de la Umbría y de las Marcas.

Era manifiesto que aquellas provincias, contenidas tan sólo por las armas de mercenarios extranjeros, si no lograban las garantías de gobierno civil que proponía yo, vendrían tarde ó temprano á promover una revolución.

No recordaré los consejos dados durante muchos años por

las potencias al Rey Fernando de Nápoles. Los juicios, que en el Congreso de París se profirieron tocante á su gobierno, preparaban naturalmente á sus pueblos para cambiarle, si llegaban á ser vanas las quejas de la opinión pública y las gestiones de la diplomacia.

A su joven sucesor le ofrecí también alianza para la guerra de la independencia, y también allí encontré los ánimos cerrados á todo sentimiento italiano y las inteligencias ofuscadas por la pasión.

Era cosa natural que los hechos acaecidos en la Italia septentrional y central sublevasen más y más los ánimos en la meridional.

En Sicilia, esta inclinación de los ánimos estalló en abierta insurrección. Combatíase por la libertad en Sicilia, cuando un valiente guerrero, adicto á la Italia y á mí, el General Garibaldi, zarpaba en su ayuda. Eran italianos, y yo no podía, no debía detenerlos.

La caída del Gobierno de Nápoles vino á confirmar aquello que mi corazón sabía; es decir, cuán necesario les es á los Reyes el amor, á los Gobiernos la estimación, de sus pueblos.

El nuevo régimen se inauguró bajo mi nombre en las Dos Sicilias; pero algunos actos hicieron temer que no se interpretara bien en todos conceptos aquella política que mi nombre representa. Toda la Italia ha temido que á la sombra de una gloriosa popularidad y de una probidad antigua procurase reaparecer cierta facción pronta á sacrificar el próximo triunfo nacional ante las quimeras de su ambicioso fanatismo.

Todos los italianos han vuelto sus ojos á mí para que conjurase tal peligro, y era mi deber hacerlo, porque en el actual estado de las cosas no sería moderación, no sería sensatez, sino flaqueza é imprudencia el no tomar con mano firme la dirección del movimiento nacional, de que soy responsable ante la Europa.

He hecho entrar mis soldados en las Marcas y la Umbría, dispersando aquel montón de gente de todos los países y todas las lenguas que se había reunido, nueva y extraña forma de intervención extranjera, peor que ninguna.

He proclamado la Italia de los italianos, y no permitiré nunca que la Italia venga á ser el nido de sectas cosmopolitas, que se congreguen en ella para tramar los designios, ya de la reacción ó ya de la demagogia universal.

*Pueblos de la Italia meridional:*

Mis tropas avanzan en medio de vosotros, para afirmar el

orden: yo no vengo á imponeros mi voluntad, sino á hacer respetar la vuestra.

Vosotros podréis manifestarla libremente; y la Providencia, que protege las causas justas, inspirará el voto que depositaréis en las urnas.

Sea cual fuere la gravedad de los acontecimientos, espero tranquilo el juicio de la Europa culta y el de la historia; porque siento en mi conciencia que cumplo los deberes de Rey y de italiano.

En Europa no será tal vez inútil mi política para reconciliar el progreso de los pueblos con la estabilidad de las monarquías.

En Italia sé que cierro la era de las revoluciones.

Dado en Ancona á 9 de octubre de 1860.

VÍCTOR MANUEL.—FARINI.»

Mazzini está aquí, pero no encuentra terreno á propósito para su ampulosa frase *Dios y el pueblo*, y con esto ya está todo dicho. No puedo alegar prueba mayor de la sensatez de la población de que estoy hablando; y me complace mucho verla sostenida en su buen juicio por la parte más liberal del país, á la cual, importándole ante todo la unidad nacional, no le sonrío la idea de ponerla en peligro con desenfrenadas ligerezas.—Ya tuve ocasión de advertir cómo á ella contribuyó el Duque de San Donato, y tengo gran satisfacción en revelar que no pocos del partido más avanzado piensan como él en esta tierra bendita, y entre ellos, no es el último ciertamente el Conde Ricciardi, hombre de ideas tan liberales como el que más, pero patriota hasta el punto de que en estos escollos sabe sacrificar su propia opinión al bien de la patria.

Es prodictador el Marqués Jorge Pallavicino, el cual subrogó al General Sirtori, que quiso volver á la vida militar, y ahora se encuentra en el campo del General Garibaldi.

Pallavicino, ya lo he dicho en la primera parte de mi diario, y me place repetirlo, hízose digno de admiración, cuando teniendo medios para evadirse con el destierro de las garras de la policía austriaca, que afanosamente le buscaba, se presentó á ella voluntariamente con la esperanza de salvar á un amigo, Cayetano Castiglia, detenido en Milán, declarando que la culpa que se le achacaba á éste era suya, dado que él le

había arrastrado por sí, al paso de que se le acusaba: declaración que, como se comprende bien, no salvó al amigo y le valió á él la condena de veinte años de cárcel dura en Spilberg. El acto que indico es sobremanera recomendable, y el sentimiento que le dictó excusa al joven patriota del error de haberse fiado de un Gobierno, en el cuál los sentimientos magnánimos, si eran inspirados por el amor de patria, suscitaban tal despecho, que se veía incitado á castigarlos con tremendas condenas.

Bajo la impresión del más profundo respeto por tan noble proceder, me presenté á visitar al Marqués Pallavicino, como era deber mío, dado el alto cargo que desempeñaba.—Conversamos largo rato, y quedé completamente satisfecho de aquella visita, en la cual aprendí á estimar la generosa sinceridad de sus pensamientos, enderezados al bien de Italia, que es lo que le importa sobre todas las demás cosas de este mundo.

Me persuado de que es fortuna para el país que un hombre de la calidad de Pallavicino tenga parte tan conspicua en este Gobierno y en la administración de estas provincias, y goce de la confianza del dictador más ilimitada.—No dejaré de escribírselo al Conde de Cavour, que se alegrará mucho de ello.

Vuelvo á ver á muchos de los antiguos amigos políticos: todos opinan que se debe seguir el camino señalado por el Conde de Cavour, y que cada uno de nosotros debe trabajar en persuadir al dictador de que es el único que en las circunstancias presentes puede guiar á buen puerto.—Me pesa no encontrar entre ellos á Finzi, Córdova y Spaventa. El primero había sido llamado á Turín por S. E. el Ministro Farini desde los primeros días del pasado setiembre. Córdova y Spaventa habían sido expulsados de Nápoles por orden dictatorial hacia el fin de aquel mismo mes, porque empleaban su influencia en favorecer la anexión inmediata é incondicional de las provincias meridionales, á las ya constitucionalmente unidas bajo el cetro de Víctor Manuel, según los propósitos del Conde de Cavour, el cual deseaba esta forma de anexión, por conducirnos más pronto á la completa unificación nacional, y desembarazarnos más pronto también de las trabas



de la diplomacia, al tiempo mismo que nos libraba de las tendencias sectarias.—El dictador, por el contrario, inducido por Mazzini y sus adeptos, propendía á hacer que se deliberase sobre ello en una asamblea, la cual dictara las reglas del pacto de unión. La ausencia de tan egregios patriotas me desagrada mucho, porque me priva de consejeros de presto y sano criterio; y más me duele aún la de Finzi por la mayor intimidad que tengo con él y la grande estimación que le profeso.

Avanzada la noche, vuelvo á entrar á bordo, pareciéndome que había empleado bien la jornada.

11. Apenas es de día corro á Caserta para ofrecer mis respetos al dictador. Soy recibido como amigo, y con abrazos cordiales. Entrando á discurrir con él acerca de nuestras cosas, le hallo más fijo que nunca en la idea de no detenerse sino en Roma.

Escucha mis razones en contra de su propósito, no desconoce la importancia de ellas; pero sostiene que las oposiciones de los diplomáticos se vencen con hacer oídos de mercader y con dejar que chillen desde sus puestos; pero si es verdad que alguna vez sucede esto, también lo es que no se puede inducir de ello una regla general. Quien tiene mucho que ganar y nada que perder puede reirse de la diplomacia; no quien se encuentra en el caso nuestro, que es precisamente el contrario.—Esto es lo que me permito hacerle observar al General, que me interrumpe exclamando:

—En suma, sea como quiera, sin Roma la Italia no está hecha.

—Así piensa también—repliqué—el Conde de Cavour; mas para obtener á Roma no le parece éste el momento adecuado.

—Sí lo es—replica él.

—No—añado yo.

—Y después de otro *sí* suyo pronunciado con aquel tono de voz que quiere decir: ¡concluyamos! yo callo, no proponiéndome en modo alguno romper con él, y estando convencido de que la fuerza de los acontecimientos le tendrá á raya y le impedirá llevar á ejecución aquel su generoso pero no político ni racional propósito: de lo cual es ya prueba patente la oposición á su marcha que encuentra en el Volturno. Cambio, pues, de conversación y comienzo á hablarle

de la marina: y él, complaciente sobre manera, aprueba todo cuanto le propongo, con la idea de poder tener la flota napolitana equipada y pronta para entrar en campaña; y no habiendo inconveniente por su parte en hacerla partir con rumbo á Génova, para embarcar allí las tropas reales, que deben trasportarse aquí, á fin de reforzar para todo evento las que ya se encuentran en este punto, según lo convenido por mí con el Conde de Cavour antes de dejar á Turín, para regresar á la escuadra. Le participo, pues, que el Conde de Cavour tenía intención de enviar á Nápoles al capitán de navío Marqués Ricci para tomar la dirección del departamento marítimo de estas provincias, ora por ser hombre adornado de las cualidades más necesarias al desempeño de tal oficio, ora porque conoce á plena conciencia los reglamentos de la marina sarda y le considera apto para discernir lo mejor de aquélla y de la napolitana, á fin de dar norma útil y uniforme á la constitución de una marina italiana.—El General no se muestra contrario á la venida de Ricci; pero calculando yo la dificultad de que éste en el ejercicio de sus funciones pueda sustraerse á la autoridad y dependencia del dictador, y sabiendo que en el ánimo del Conde de Cavour está que permanezca bajo las órdenes del Ministerio de Turín, me propongo hacerle mención de esto al Conde para su gobierno.—Por último, le hago saber al General que el Ministro de la Marina del Gobierno dictatorial no puede tener intervención sino puramente administrativa en la flota napolitana por él mismo puesta bajo mi total dependencia, por cuanto ni yo podría recibir órdenes de él, ni la flota podría estar sujeta á dos mandos independientes el uno del otro.—El dictador se convence desde luego y me dice que exonerará á Anguissola del cargo de Ministro que desempeñaba; puesto que adoptándose mi temperamento venía este cargo á descender en consideración y podía confiarse á un oficial de menor categoría, añadiendo por exquisita cortesía que me dejaba á mí la elección del mismo sin reserva alguna.—Me detiene á cenar con él, y nos separamos en los términos más amistosos.

En esta visita al General Garibaldi, tengo el placer de encontrar á algunos antiguos conocidos míos, hoy de su sé-

quito, y entre ellos al Conde Trecchi, con quien tengo más intimidad y converso más extensamente. Preguntándole acerca de Bertani á quien desearía ver, me responde que había marchado á Turín, para tomar parte en los trabajos de la Cámara, y defender en ella el concepto de la unificación completa de Italia. Confieso que esta noticia me complace mucho, por más que me pese el no volver á ver al amigo, pues sé que profesa ideas enteramente contrarias á la política del Conde de Cavour, y que no deja de sostenerlas cerca del General dictador.

El Conde Trecchi me acompaña hasta la estación del camino de hierro en donde nos separamos, regresando él á Caserta, y saliendo yo para Nápoles, en donde al llegar promuevo en el Ministerio de Marina que se expida la orden del pronto alistamiento del navío de vapor *Rey Galantuomo*, y de todos los demás buques de *algún porte*, aptos para ser puestos en armamento.—Después me traslado á casa del Marqués de Pallavicino: le hablo de mi visita al General Garibaldi, y de haberle encontrado irrevocablemente firme en sus ideas contrarias á la política del Conde de Cavour.—Pallavicino no se muestra alarmado por ello; dice que el plebiscito consentido por el dictador lo allanará todo, y que el afecto y veneración que el General Garibaldi tiene hacia el Rey le dan seguridad de que todo ha de acabar en un buen acuerdo general, y en bien de Italia.

Hago visita al Almirante inglés Mundy, al que me complazco en verdad de estrecharle de nuevo la mano. Y viniendo á discurrir acerca de las cosas políticas del día, me cuenta que según sus noticias, Mazzini, aunque parezca tener mucho ascendiente sobre Garibaldi, no logrará tomar sobre él el barlovento; dado que muchos de los más ardientes patriotas de que está rodeado el General, no quieren oír hablar de la política aventurera del agitador genovés, y anteponen la salvación de Italia al triunfo de la idea republicana, comprendiendo bien que aquella política amenaza con arruinar el patrio edificio, que se trata de levantar á costa de tantos esfuerzos. Y entre éstos me nombra á Mordini, el cual sabía que había manifestado sin reserva semejantes sentimientos.

Vuelvo á entrar á bordo.

12. El General Garibaldi me pide que refuerce la posición de Sant Angelo, ocupada ya por un batallón nuestro de tiradores y por otro de la brigada del Rey. Satisfago al punto su demanda, enviando seis batallones de esta misma brigada y dos baterías de campaña, poniéndolo todo bajo el mando del egregio coronel Pernot, lo cual hago, tanto por complacer al dictador, cuanto porque reconozco la utilidad de ello.

Bajo á tierra temprano; y sé que el dictador había revocado ayer noche el decreto que admitía el plebiscito incondicional, y que habiendo manifestado el Marqués Pallavicino en un consejo íntimo reunido por el dictador en Caserta su juicio de que aquella revocación podía conducir á la guerra civil, el dictador había replicado, dejando bruscamente la estancia, *que no podía nunca haber guerra civil en donde Garibaldi gobernara*. Además se me añade que el Ministerio, cuya presidencia tenía Pallavicino había dimitido todo en masa. Quédome aterrado, pensando en el daño que puede resultar para la Italia; y me apresuro á ir á casa de Pallavicino y conjurarle por amor de la causa nacional, á no dejar el campo libre á la facción mazziniana. Él al responderme se manifiesta lleno de afecto y admiración hacia el General Garibaldi; mas dice que por más que le ame y estime inmensamente, no puede seguirle en un camino, que él considera contrario al cumplimiento de nuestra unidad nacional; y por tanto, que su deber es retirarse.

—No es, cediendo las cartas, como se gana la partida—respondí yo.—Es menester mantenerse firme é insistir cerca del General, hasta que se persuada de haber sido inducido á error.

—¿Creéis que debemos obrar así?—es la pregunta que me hace.

—Exactamente—respondo.

—Pues bien, sea—replica;—permaneceré en el cargo; y puedo hacerlo, puesto que el dictador no ha aceptado nuestras dimisiones, y es seguro que no ha de excitarnos á mantenerlas.

Obtenido esto, no demoro un momento el ir al dictador, que al momento me recibe. Encuéntrole dictando alguna cosa á un señor para mí desconocido, que estaba sentado á una mesa. Apesar de esto, movido de la urgencia de las circuns-

tancias, me permito interrumpirle, comenzando á rogarle lo mejor que sé y puedo que tenga á bien revocar el decreto que anulaba el del plebiscito incondicional, y que no permita la separación de Pallavicino, que tan adicto le era.

Él, sobreexcitado, replica:

—¿Qué queréis que os diga, si esos señores de mi Consejo procuran hacerme una oposición de propósito deliberado? Y por cierto no soy yo el que retrocederá, seguro de mi derecho y de mis intenciones, todas encaminadas al bien de la patria.

A esto, el señor que estaba sentado á la mesa dice con voz firme y dirigiendo su mirada al dictador:

—No, General, no se os hace oposición de propósito; pero no se puede consentir en lo que no favorece el interés de la cosa pública y ofende vuestra reputación.

—¿Mi reputación?

—Sí, General, vuestra reputación.

Yo miro atónito á aquel señor. Y el General á mí.

—Figuraos que se ponen á rechazar una orden mía para desembolsar del Tesoro una suma necesaria para la adquisición de fusiles, según un contrato ya concluído.

A tales palabras el incógnito señor replica con franqueza:

—Nadie ha rechazado una orden vuestra, General; si bien no se le ha dado cumplimiento en el acto, porque la persona que debía recibir la suma, bastante considerable, es decir, varios centenares de miles de francos, no presentaba garantía; sólo se pedía ésta, como era debido, para poder dar curso á vuestra orden.

—Había garantía—repuso el dictador.

—No, General, no había.

—Repito que sí, puesto que yo mismo la daba.

A este punto del coloquio comprendí que la divergencia se iba haciendo seria, máxime cuando el dictador había nombrado á la persona que había tomado la empresa de aquella provisión de armas (un pariente del mismo General, si no me equivoco) en prueba de que la negativa se le había hecho incondicionalmente por el Ministerio. Creí conveniente por lo mismo cambiar la conversación hacia otro objeto, y empecé á informar al General de las disposiciones que había dado sobre el pronto

alistamiento de la flota napolitana para su partida con rumbo á Génova, de la cual le había hablado ya. Después de esto me retiré, no olvidando al despedirme decirle al dictador: que por la deferencia que me tenía, esperaba que mi visita tocante al primer objeto de que me había permitido hablarle, no sería infructuosa.

Pasando á la sala de los oficiales de servicio cerca del dictador, casi todos conocidos míos, les pregunto al momento quién era el señor que estaba con el General, cuando yo entré á verle.

—Es el abogado Conforti, ilustre jurisconsulto y Ministro del Interior,—me respondieron.

No puedo menos de esperarle; y apenas le veo salir de la cámara del dictador, me voy sin más á su encuentro y con franqueza le digo que estaba poseído de alta admiración por su leal ingenuidad con el dictador, mantenida en los límites del respeto debido y acompañada de la adhesión que se descubría profesarle: pídele el honor de estrecharle la mano, y él cordialmente acepta.—Pregúntole después si podía darme buenas noticias; y me responde que lo que debía decirme, en verdad, era que él no tenía argumento alguno para suponer que el dictador consintiera en acceder á las instancias de los unionistas puros.—Oído esto, veo que ya no es tiempo de titubear, y volviendo á casa de Pallavicino, á fin de hacerle saber mi coloquio con el dictador, hállole á la altura de aquellos sentimientos que constituyen el patriotismo sincero y que han honrado tanto á sus compañeros de Spilberg.—De allí salgo á hablarle á cuanta más gente puedo, y todos nos damos la mano para hacer fracasar las intrigas mazzinianas, en tanto que el pueblo, firme en querer por su Rey á Víctor Manuel, sin ulteriores ambages, hace resonar las calles de Nápoles con gritos hostiles á José Mazzini.—Esto bastó para asegurarnos la victoria. Y yo tengo la gran satisfacción de decir que ha merecido honor la población napolitana, que en medio de tal concitación de ánimos y confusión de cosas, no produjo el menor daño á las personas ni á la propiedad.

Le envió unos renglones al Conde de Cavour, encaminados á narrarle lo acaecido en estos últimos momentos.

13. El General Garibaldi, que se había restituído á Caserta, avisado de que la tranquilidad de Nápoles estaba amenazada, volvió á la ciudad, y desde el palacio de la Foresteria arengó al pueblo, que le aplaudía, diciéndole:

«Hay disensiones y tumultos en esta capital. ¿Sabéis por quién son promovidos?

Por aquellos que me han impedido combatir á los austriacos con cuarenta mil voluntarios;

Por aquellos que el año pasado me impidieron venir á libertaros con veinticinco mil voluntarios;

Por aquellos que enviaron á Farina á Palermo y querían la pronta anexión; esto es, querían impedirle á Garibaldi pasar el estrecho y arrojar á Francisco II.

Se ha gritado muera éste, muera aquél, hasta muera á mis amigos. Los italianos no deben gritar ¡muera! sino contra el extranjero, y respetarse entre ellos y amarse todos, para que todos concurren á formar la unidad de Italia.

Cuando haya disensiones, venid á mí; venga una diputación, no de marqueses y príncipes, sino de simples paisanos, y yo quitaré los malos humores y calmaré los ánimos.

Ayer os dije que el Rey entraría; hoy tengo carta suya. El día 10 del corriente han pasado tropas piemontesas las fronteras de estas provincias, y dentro de dos días Víctor Manuel se pondrá á la cabeza de su valeroso ejército.

Veremos, pues, á nuestro Rey dentro de pocos días. Que este transitorio estado trascurra con calma, con prudencia, con moderación, para que el pueblo napolitano se muestre tan digno como es.

Hagamos la Italia una á despecho de quien no la quiere.»

El pueblo aplaudía; pero sin proferir una palabra que diera á entender la menor oposición á la anexión incondicional: antes en aquel momento mismo se hacían pasar al dictador numerosas peticiones anexionistas, sostenidas con calor por Pallavicino y Conforti.—Persuadióse el dictador de la imposibilidad de ulterior resistencia, y cansado de aquellas controversias, expidió el siguiente decreto, por el cual llamó sin más demora al pueblo de la Italia meridional al plebiscito de anexión:

#### «ITALIA Y VÍCTOR MANUEL.

El dictador de la Italia meridional á propuesta del Ministro del Interior, deliberada en Consejo de Ministros,

## DECRETA:

Artículo 1.º El pueblo de las provincias continentales de la Italia meridional será convocado en comicios para el día 21 del corriente mes de octubre, á fin de aceptar ó rechazar el siguiente plebiscito:

*El pueblo quiere la Italia una é indivisible con VÍCTOR MANUEL Rey constitucional y sus legítimos descendientes.*

El voto será expresado por un *sí* ó un *no* por medio de una papeleta impresa.»

Siguen otros siete artículos encaminados á establecer el derecho de votar y las reglas que han de seguirse en la votación.

Entretanto el Marqués de Villamarina, sin reparar en peligros, parte para unirse al cuartel general del Rey, y yo, para más seguros informes, envió allí al capitán de corbeta de la marina siciliana Sandri, en el cual tengo mucha confianza, haciéndole portador de un pliego mío para el Rey, por medio del cual creo que le pongo al cabo del giro de las cosas en Nápoles y le manifiesto que su presencia es necesaria para desvanecer las tendencias mazzinianas.

Sandri tiene orden de destruir á cualquier costa el pliego, antes que dejarle caer en manos del enemigo.

Escribo á S. E. el Conde de Cavour especificadamente todo lo que sucede aquí desde el día que yo llegué, excusándome de no haberlo hecho antes con extensión por haberme faltado tiempo, seguro de que se gozará en el decreto que establece el plebiscito, pero que será difícil que pueda imaginar nunca las fatigas que costó el obtenerlo.

Entretanto el dictador, siguiendo el impulso que le hizo expedir el decreto para el plebiscito y acaso más aún por el aviso que el Rey mismo le daba de haber atravesado el Tronto á la cabeza de sus tropas, anunciaba al pueblo napolitano su llegada con estas dignas palabras:

«Víctor Manuel, el Rey de Italia, el elegido de la nación, ha traspasado aquella frontera que nos dividió por tantos siglos del resto de nuestro país; y escuchando el voto unánime de estas poblaciones, comparecerá aquí entre nosotros.

Acojamos dignamente al enviado de la Providencia y esparzamos á su paso, como prenda de nuestro rescate y de nuestro afecto, las flores de la concordia, para Él tan gratas y para la Italia tan necesarias.



¡No más colores políticos! ¡no más partidos! ¡no más discordias! La Italia una, como la indican seriamente los paisanos de esta metrópoli, y el Rey honrado, sean los símbolos perennes de nuestra regeneración y de la grandeza y prosperidad la patria.—J. GARIBALDI.»

14. A las ocho y media de la mañana viene la *María Adelaida*. Saluda mi bandera de mando; se le contesta. Su comandante me refiere, que según orden recibida del jefe de la división, Conde Albini, había dejado á Ancona el día 8 del corriente, después de haber embarcado á su bordo mil cien hombres del cuarto regimiento de granaderos con sus oficiales y comandantes, que forma parte de la división militar al mando del General Conde Mauricio de Sonnaz, para trasportarlos con los buques reales al golfo de Manfredonia y ser allí desembarcados para proseguir operaciones de guerra; que el General Sonnaz y su estado mayor se habían también embarcado en la *María Adelaida* y que todos habían sido desembarcados para su destino el día 9 siguiente; después de lo cual, se había él dirigido á Nápoles, habiéndose visto obligado en el camino á tocar en Brindis por la fuerza del temporal.

A medio día desembarco de la *Garibaldi* y vuelvo á establecerme en la *María Adelaida*, enarbolando en ella mi bandera.

Por la tarde anclan en la rada dos vapores mercantes ingleses, que trasportan aquí la legión de voluntarios de su nación, fuerte de seiscientos hombres, y que llevan el uniforme garibaldino.

En la ciudad, grande alegría por el decreto que invita á la anexión por plebiscito.

15. A las ocho de la mañana llega el *Víctor Manuel* y echa el ancla, en conformidad de las señales que le hace la *María Adelaida*. Cámbianse con aquel buque las salvas de costumbre. El Conde Albini, su comandante, me hace saber la orden que había recibido del General Fanti para trasportar la división militar del General Conde de Sonnaz á Manfredonia, en donde debía desembarcar, orden que había cumplido y cuyos particulares me refiere. Entrégame en seguida el telegrama que había recibido de S. E. el Ministro de la Marina con fe-

cha 8 del corriente, para que tomara las órdenes del Rey, partiendo después para Nápoles lo más pronto posible. Apruebo su exacta solicitud en el cumplimiento de los encargos que había recibido, y me congratulo de su promoción á Contralmirante, que era tan merecida.

El dictador, por decreto de hoy desde *Sant Angelo*, establece que las Dos Sicilias, que libremente le han elegido dictador, formen parte integral de la Italia una é indivisible, con Víctor Manuel por Rey constitucional y con sus descendientes. Y anticipase á declarar que depondrá en las manos del Rey, á su llegada, la dictadura de que está investido.

Recibo visita del General de Artillería, caballero Valfre, llegado esta mañana: es oficial muy estimado, celoso de sus deberes hasta el escrúpulo y soldado perfecto.

Por la tarde recibo de Caserta una carta autógrafa del dictador, por la cual me invita á ir á verle al día siguiente, junto con el Conde Anguissola.

Hela aquí:

«Almirante:

¿No querríais dar un paseo hasta aquí mañana hacia las seis de la tarde? Creo que debe haber alguna cosa que arreglar entre nosotros tres, y la arreglaremos ciertamente.

Caserta 15 de octubre de 1860.—Vuestro afectísimo, J. GARIBALDI.»

S. E. el Conde de Cavour me telegrafía que le dé noticias de las cosas de Nápoles y le indique si ha llegado la *María Adelaida*. Respóndole al punto que le tenía escrito extensamente desde antes de ayer, y además un renglón el día antes; por tanto, que mis cartas estaban en camino y pronto las recibiría. Le digo que llegó la *María Adelaida* y también el *Víctor Manuel*.

Un poco antes de la media noche da fondo en la rada la fragata de carga el *Beroldo*, que llega remolcada por la fragata de vapor el *Hector Fieramosca*, y trasporta dos baterías de campaña con cañones rayados para la escuadra.

CARLOS M.<sup>a</sup> PERIER.

(*Se continuará.*)



## CURIOSIDADES NATURALES

# CARÁCTER SOCIAL

### DE LOS ESTADOS UNIDOS (I)

#### VIII.

#### EL PARQUE NACIONAL DEL YELLOWSTONE.

1. Condiciones del camino de Corinne al Yellowstone. El fuerte *Hall*. El río *Snake* y el lago *Market*. Ascensión por las faldas de las Montañas Pedregosas. Divisoria de aguas entre los dos Océanos. Un vuelco sin graves consecuencias. Conformidad *yankee* ante los contratiempos. Juramentos y blasfemias. Llegada al *Yellowstone*. Una noche de estío en las Montañas Pedregosas.—2. Ley creando el PARQUE NACIONAL DEL YELLOWSTONE.—3. Las fuentes termales de la cuenca del *Gardiner*. Los geiseres de la cuenca del *Yellowstone*. La *Caverna* y la *Caldera del Gigante*. Las *cataratas* y el *Locomotive Jet*.—4. El gran lago.—5. Cuenca del *Fire Hole*. Región de los grandes geiseres; el *Thud*, *Turban*, *Great Spring* y otros. El *Giantess*.—6. Vista panorámica del Parque desde la montaña de *Wahsburn*.—7. Regreso. Baile en el fuerte *Hall*. Llegada á Corinne.

1. Para dirigirnos al Yellowstone debíamos retroceder por la línea férrea del Pacífico hasta Corinne, que es una de las poblaciones más bonitas del territorio de Utah. Nada diré

---

(I) Véase la pág. 401 del tomo anterior.

de este *viaje de retorno*, porque ya he descrito las localidades y lugares más notables que se atraviesan, al ocuparme de la excursión á Sierra Nevada. Recorrimos sin tropiezo alguno los 1.242 kilómetros que hay de Lathrop á Corinne, cruzando sucesivamente las dos faldas opuestas de aquella empinada sierra, y ascendiendo después por la cuenca del Humboldt hasta penetrar en el desierto, que atravesamos rápidamente, llegando pronto á la parte Norte del Gran Lago Salado, donde desagua el río Bear por el seno ó bahía de este nombre. Corinne se halla muy próxima á dicha desembocadura.

Para llegar al Yellowstone teníamos que seguir forzosamente el camino ó paso natural que conduce por el Norte á la pequeña ciudad de Virginia, situada en la parte meridional y occidental del territorio de Montana, y distante de Corinne 426 kilómetros. Esta ruta, frecuentada solo por los mineros, es de muy difícil tránsito. El país está casi del todo despoblado y los alojamientos y vituallas escasean mucho. Se corre además el peligro de algún encuentro con los pieles-rojas, cuya actitud no es siempre pacífica. Nada bastó á desanimarnos, sin embargo, y aprovechando la salida de una pequeña fuerza militar que iba destacada al fuerte Hall, nos unimos á ella, después de haber alquilado un carruaje de cinco caballos que ajustamos para la ida y vuelta, con la condición de renovar los tiros en todos los puntos de parada, de antemano establecidos en aquella apartada línea de comunicación.

Al tomar asiento en el vehículo, provistos, entre otras cosas, de abundantes municiones de boca, no pudimos menos de lanzar un triste suspiro, al comparar lo incómodo de nuestra instalación, con los muelles y regalados departamentos de los vagones del ferrocarril que acabábamos de dejar. Nuestro coche no pasaba de ser un duro y no muy bien tratado *char-à-bancs*, cubierto por una toldilla de hule y cerrado lateralmente por unos cortinones de lona, mísero alojamiento, en verdad, para hacer en él un viaje de seis días seguidos como el que nos aguardaba.

Emprendimos la marcha, más animosos que contentos, y ajustando nuestras etapas á las del destacamento en cuya compañía viajábamos, fuimos poco á poco alejándonos de

Corinne é internándonos por aquellas soledades, cuya aridez y monotonía no eran las más á propósito para regocijar el ánimo. El calor en el centro del día era insoportable. Solíamos ponernos en movimiento al rayar el alba. Entre las diez y las once de la mañana hacíamos alto, buscando alguna pequeña sombra para comer y descansar, y á las tres de la tarde emprendíamos de nuevo la marcha, hasta llegar al paradero de relevo, que no era otra cosa, la mayor parte de las veces, que una mala casucha de madera, donde una sala común nos servía de dormitorio, haciendo las veces de colchones y almohadas las mantas de viaje. Al anochecer del tercer día, después de 167 kilómetros de marcha, llegamos al fuerte Hall, compuesto de tres ó cuatro pequeños edificios circunvalados de un foso y medianamente defendidos. En aquellas horribles soledades, donde se sufre en verano un calor igual al del Senegal y en invierno un frío polar, apenas si se ven más europeos que algunos dispersos mineros que recorren las montañas en busca de oro ó plata. Los indios discurren libremente por el territorio, y más de una vez su actitud hostil ha causado serias inquietudes á los sufridos é intrépidos soldados que en muy escaso número guarnecen aquel punto. Los norte-americanos lo llevan todo con paciencia, sin embargo, y aquellos valerosos hijos de Marte no se acuerdan de las fatigas y peligros á que se hallan sujetos, creyendo lo más natural del mundo la suerte que su carrera les depara. En los ratos de ocio se dedican á perseguir los bisontes y los alces, emulando en este ejercicio la destreza de los pieles-rojas. Esta es su diversión favorita.

Nos despedimos con sentimiento de los oficiales del fuerte Hall, que nos habían colmado de atenciones y cuidados. A última hora el jefe del destacamento, con una galantería extremada y tanto más apreciable cuanto que él mismo no dió importancia alguna al hecho, puso á nuestras órdenes cuatro soldados de á caballo al mando de un cabo para que nos sirviesen de escolta hasta nuestro regreso del Yellowstone, favor que agradecemos mucho, porque á la verdad no era muy tranquilizador el aspecto de la comarca, abandonada casi en absoluto á los indios.

Al amanecer del cuarto día se puso de nuevo en marcha nuestra expedición. Estrechamos cariñosamente la mano de los oficiales del fuerte, y en tanto alcanzó la vista á distinguir las personas, no cesamos unos y otros de repetir el obligado *good bye* (adiós), agitando las damas sin cesar sus blancos pañizuelos.

Poco á poco el aspecto extremadamente árido de la comarca fué cambiando, apareciendo ya de vez en cuando algunos pequeños árboles. Antes de mediodía, después de una marcha de 28 kilómetros, dimos vista al río Snake, afluente del Colombia, que vierte sus aguas en el Pacífico por la parte más septentrional del límite Oeste del territorio de los Estados Unidos. A entrambas orillas del río se veían algunos irregulares espejillos del álamo característico de la América del Norte (*Populus monilifera*. Ait.), que los norte-americanos designan con el nombre de *Cottonwood*. Esta especie, muy abundante en los Estados del Este, es característica también de las Montañas Pedregosas, que empezaban ya á dibujarse en el horizonte en la dirección del Norte. Íbamos á dejar por lo tanto á nuestra espalda la árida llanura de las praderas inhospitalarias, para penetrar en la región propiamente forestal, donde las aguas corrientes y el arbolado hacen más soportable la vida al indígena y menos penosa la marcha al viajero.

Siempre remontando la cuenca del Snake y después de pasar una mala noche en un triste paradero, tan desmantelado como los anteriores, dimos vista, hacia las once de la mañana del quinto día de marcha, al lago Market, que dejamos á nuestra izquierda, y que por la desigual distribución del arbolado que lo circunda, no deja de ofrecer puntos de vista pintorescos. La noche la pasamos en la base occidental de las Montañas Pedregosas, región geológica de profundos trastornos volcánicos.

Por fin amaneció el día para nosotros más anhelado, el sexto de nuestro viaje, y en el cual debíamos recorrer la última sección de la distancia que nos separaba del Yellowstone. La jornada fué penosa, porque escalamos de la base á la cumbre toda la falda de la cordillera, hasta llegar á los puertos de los picos de Wind-River, que están á más de 2.300 metros so-

bre el nivel del mar, y en donde puede decirse que se halla la divisoria de las aguas del río Colombia con las del Missouri, dirigidas aquéllas al Pacífico y éstas al Golfo de Méjico por la cuenca del Mississippí. El camino que conduce á la ciudad de Virginia pasa por este puerto.

Cuestas abruptas, recodos violentos, cárcavas profundas, gleras movedizas, todo lo salvamos animosos, recreando la vista y el ánimo con las pintorescas formas de la vegetación arbórea, tan variada como pujante, que cubría la falda de aquellas caprichosas montañas, agitadas en remotos tiempos por las fuerzas ígneas interiores del planeta, con un empuje titánico que la imaginación no es capaz de medir.

Despedía el sol sus últimos rayos por el horizonte, cuando al tomar la revuelta de un empinado escarpe, tropezó una de las ruedas de nuestro humilde vehículo con la punta saliente de una roca y dimos un fuerte vuelco. Al pronto creí que el coche rodaba hacia el profundo abismo que se abría á nuestra derecha; pero paró el golpe el tronco de un corpulento pino, y todo se redujo á rodar por el suelo unos y otros, no sin sacar, los más desgraciados, alguna que otra magulladura, que hizo sacar de nuestro botiquín el obligado frasco de árnica para aplicar algunas compresas sobre las partes lastimadas. Una de las ruedas del coche había sufrido bastante deterioro, y fué preciso continuar á pie nuestro camino. El susto, los porrazos y la poco agradable perspectiva de tener que andar todavía unos cinco kilómetros por aquellas cuestas enmarañadas y penosas, no fueron causa bastante á enfriar el entusiasmo de los expedicionarios ni á alterar el buen humor general. Es muy digno de notar el carácter norte-americano, cuando tienen lugar semejantes contratiempos ó accidentes. En España, aun los más flemáticos se salen de sus casillas, lamentando todos, más ó menos airados, la desgracia de su suerte y aun provocando á veces, los más iracundos, entre una sarta de tacos y votos capaces de hacer ruborizar á un guardacantón, querellas y peleas, que suelen tener casi siempre tristes consecuencias. Así nos ha hecho Dios, y apesar de la influencia de la educación, no podemos sustraernos á la fuerza del carácter, que nos lleva de continuo á rápidas mudanzas ó alter-

nativas de ánimo, por las que pasamos de la melancolía ó ira más reconcentrada á los extremos más exagerados del gozo ó alegría, haciendo muy difícil de conllevar nuestro trato y encontrando insoportable el de las personas cuya intercadencia de afectos no sigue puntualmente las variaciones del nuestro. Los norte-americanos no suelen caer en estas mudanzas, y es bien curioso, por cierto, verlos soportar los mayores contratiempos sin desplegar sus labios, y antes bien encontrando en estos accidentes motivo de infantil regocijo, como si se tratase de la cosa más natural del mundo. En honor suyo, hay que decir también que sólo las clases más abyectas son las que juran ó blasfeman, aborreciendo profundamente las personas cultas este estúpido modo de desahogar el mal humor ó de dar energía á la frase, tan común aquí entre las personas que se precian de bien educadas. Su mismo idioma se presta poco á esas groseras interjecciones, que no se caen de la boca de los hombres en nuestro país y que, por un descuido imperdonable en la instrucción, parece como que se propagan cada día más, entrando ya á ser del dominio de las mujeres del pueblo, como puede verse á cada paso en el mismo Madrid, recorriendo sus calles y plazuelas. Ninguna persona verdaderamente decente puede atravesar estos lugares sin taparse los oídos. Tales cosas se oyen en ellos, que cualquiera se creería trasladado á un lupanar, y no es nada edificante, por cierto, el espectáculo que dan esas soeces personas, lanzando á voz en grito sus interjecciones y juramentos, sin guardar consideración alguna al decoro público ni á la inocencia de los niños de ambos sexos, que semejantes blasfemias escuchan. Esta cuestión, tratada por algunas sociedades y periódicos, parece que no ha merecido hasta ahora una profunda atención por parte del Gobierno. Yo la considero de mucha importancia, bajo el punto de vista moral y de la cultura, y entiendo que lo menos que debería hacerse sería castigar severamente á los que blasfeman y á los que vierten expresiones contrarias á la moral, considerándoles como reos de escándalo público y aumentando la penalidad que para el caso establece nuestro Código penal. La libertad del individuo en la vía ó parajes públicos no puede llegar seguramente,



sean los que fueren los principios sociales y políticos que se profesen, hasta el punto de poder corromper á los demás con el ejemplo de un lenguaje profundamente inmoral. El que tal hace, ataca el derecho ajeno y debe por ello ser enérgicamente castigado.

Era ya de noche cuando llegamos á la hospedería donde residen los guardas y guías del Yellowstone y donde encontramos, por fin, después de seis días de fatigosa marcha, en la que habíamos andado, á partir de Corinne, 343 kilómetros, comida sana y abundante y lecho cómodo y limpio. La ventana de mi cuarto daba sobre la cuenca del río, y se veían desde allí, á la clara luz de la luna, las apiñadas copas de los pinos y abetos, que el viento movía pausadamente, produciendo un variado y armónico rumor, que convidaba á la meditación y al reposo. La atmósfera estaba impregnada de una dulce languidez; los *telephorus* revoloteaban por el ambiente, dejando tras de sí el fugaz rastro de sus destellos fosforescentes, cuya rápida aparición y desaparición se asemejaba á una lluvia de menudas estrellas, y en lontananza se oía el graznido de las aves nocturnas y el chirrido estridente de los grillos, que parecían gozar de la plenitud de su vida, armonizando así el conjunto de aquel espectáculo estival. El dulce susurro de los árboles trajo á mis ojos el sueño reparador, y á mi memoria aquellos versos de *Las Armonías* de Arolas, que repetí con singular placer antes de entregar mi cuerpo al descanso:

«Los pinos son las arpas del desierto  
que entregando á los euros su ramaje,  
dan á la soledad largo concierto  
con un eco monótono y salvaje.»

2. El natural aguijón de la impaciencia sirvió de despertador á los expedicionarios, hasta el punto de que, antes de salir el sol, estábamos ya todos á caballo, no sin haber antes tomado un sabroso desayuno, en el que la leche y la manteca no anduvieron escasas. Los dos guías que nos habían de acompañar restallaban sus látigos, y los soldados del fuerte Hall, aligerados de sus maletines y alforjillas, formaban á

nuestro lado, deseosos también de admirar las bellezas de aquel *oasis geológico* á la par que dispuestos á protegernos de todo ataque ó á auxiliarnos en cualquiera accidente desgraciado que pudiera ocurrir. El guía principal llevaba replegada sobre el asta una bandera norte-americana, además de su correspondiente rifle y cuchillo de monte. Puesto á la cabeza de la columna expedicionaria, volvió de repente el caballo, y abarcando con una mirada todo el grupo de los jinetes, preguntó lacónicamente, á la usanza de su país, pero con voz potente y sonora: *¿All right?* que equivalía á decir: *¿están todos dispuestos?* *All right*, contestamos á coro, y comenzó la marcha por entre los copudos árboles en dirección á las fuentes del Yellowstone.

¿Pero qué es hoy esa comarca tan celebrada? O por mejor decir, ¿cuál es el carácter en cierto modo jurisdiccional de dicho territorio? Voy á decirlo en muy pocas palabras.

El geólogo M. Hayden, que en 1856 formó parte de la expedición científica encargada de estudiar por el Gobierno de Wáshington bajo la dirección del General C. K. Warren el curso inferior del Yellowstone, y en 1859 y 60 fué uno de los que acompañaron al coronel William F. Reynolds para explorar el territorio de Montana, llevó á cabo después, como jefe de otra comisión científica, dos expediciones á las fuentes del Yellowstone que realizó en 1871 y 1872. Al regresar á Wáshington, terminada la primera exploración, el senador S. C. Pomeroy presentó á la Cámara una proposición que fué unánimemente aceptada, para que se sustrajese á la colonización aquel territorio en una extensión de 104 kilómetros de largo por 88 de ancho, bajo la denominación de *Parque nacional*. Los levantados fundamentos que para honra de la cultura y patriotismo del pueblo norte-americano sirvieron de base á la ley que se promulgó creando el *Parque* en cuestión, pueden verse en el texto de la misma, que es como sigue:

«Considerando, dice la ley, que la región regada por las aguas superiores del río Yellowstone (Piedra amarilla) encierra una acumulación de maravillas sin igual en el globo, en comparación de las cuales, los famosos *geiseres* de Islandia son casi insignificantes;

Considerando que importa apresurarse á sustraer este territorio á la avaricia de algunos industriales que no tardarían en apoderarse de él, rodearle de cercas y obligar á que se pagase por ver maravillas cuyo goce pertenece á la humanidad entera y que deben ser tan libres y asequibles á todos como el aire y el agua;

Considerando, además, que la región de los manantiales del Yellowstone es de una altura medio superior de 6.000 pies (1.829 metros) y que el lago Yellowstone, que ocupa una superficie de 330 millas cuadradas (845 kilómetros cuadrados) (1), está á una altura de 7.427 pies (2.264 metros), haciendo el rigor del frío impropio el terreno para el cultivo y la cría del ganado;

El Senado y la Cámara de representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso, decretan:

*La región de los volcanes del Yellowstone queda reservada y por lo tanto prohibida en ella la colonización.»*

A partir, pues, de 1872, la región de las fuentes del Yellowstone, situada en la punta Noroeste del territorio de Wyoming, ha quedado constituída como propiedad nacional, bajo el nombre de *Parque*, como ya he indicado antes. La superficie que abraza, dados los límites que se le han asignado, es de 9.152 kilómetros cuadrados que comprenden una extensión poco menor que nuestra provincia de Lugo.

3. Comenzamos nuestra exploración por la cuenca del río Gardiner, que vierte sus aguas en el Yellowstone. A poca distancia del lecho, sobre una colina de 60 metros de altura, cuya cima tiene cerca de 15 metros cuadrados de superficie, aparece un colosal hervidero de agua termal que sale con gran fuerza á unos 100° de temperatura. La acción erosiva de las aguas ha formado, al verterse, un gran número de cavidades ó charcas por la falda de la colina, donde el viajero puede tomar á voluntad un baño frío, templado ó caliente, según la situación del recipiente, con respecto al manadero termal. Depositán estas aguas, cargadas de ácido carbónico, alumina,

---

(1) Un tercio, poco más ó menos, de la superficie que ocupa la provincia de Guipúzcoa.

magnesia y otras sustancias, magníficas incrustaciones de diatomeas y otras plantas acuáticas, que, por la perfecta transparencia del líquido, se descubren perfectamente á gran profundidad. Poco más arriba se levanta un cono de 27 metros de altura por 6 de diámetro, resto de un antiguo *geiser* á juzgar por las incrustaciones silíceas de sus faldas y base. Llámamle los guías *Liberty Cap* ó sea Gorro frigio, por la semejanza que tiene con esta característica prenda.

Cruzando una fatigosa divisoria y encaminándonos á la cuenca del Yellowstone por la parte más septentrional, comenzamos á recorrer la madre de este río, remontando poco á poco su caprichoso y sorprendente curso. Hacia la orilla izquierda encontramos otra cuenca de manantiales calientes, cenagosos en su mayor parte, que se desparraman en todas direcciones. Destácase entre todos uno á modo de caldera circular, de unos tres metros de diámetro, cuyos bordes se elevan á más de un metro del suelo. El gas surge de allí continuamente, proyectando materias pastosas á más de seis metros de distancia. Junto á aquel sitio sale de una caverna (*The Grotto*) un copioso manantial, que produce en el interior de la gruta espantosos mugidos. La temperatura del líquido es muy alta.

Pasamos de allí á la colina de la *Caldera del Gigante*, que es un *geiser* cenagoso, cuyo cráter tiene doce metros de diámetro en la cúspide, y nueve en la base. La trepidación del suelo en sus inmediaciones es muy fuerte y el ruido se oye á un kilómetro de distancia. El fango que arroja, lanzado á la distancia de más de treinta metros en los períodos de actividad, ha formado en los pinos que se hallan comprendidos dentro de aquel radio, numerosas estalacticas de fango seco, de las cuales las hay que tienen una altura de 25 y 30 metros. El espectáculo es curioso y original. Por aquellos alrededores vimos también varias fuentes intermitentes y un *geiser* que arroja el agua á más de nueve metros de altura durante algunos minutos, siguiendo después períodos de descanso de tres y media á cuatro horas.

El afán propio de la curiosidad no nos dejaba pensar en la fatiga. Díjonos el guía que íbamos á ver muy pronto las cata-

ratas del río, que es uno de los espectáculos más bellos del Parque, y picamos todos espuela á nuestros caballos, para llegar cuanto antes al lugar apetecido. El cauce se estrechaba cada vez más, y atravesado el gollizo ú hoz de enormes muros basálticos que por aquel sitio lo encajonan, nos encontramos de repente al pie de los famosos saltos. La admiración fué general, y el espectáculo, por su grandiosidad, anonada al viajero. La blanca espuma que forma el líquido al caer; la sonriente vegetación que crece bajo las verdaderas nubes de bruma que allí se forman; el vapor de agua que, más sutil, se eleva formando *nimbus*, que parecen de blanco humo; las columnas de sílice, que, presentando largas agujas, están suspendidas de las paredes, mirando al abismo, y por fin, la banda ondulada, brillante y multicolora del arco iris, encorvándose á modo de aureola alrededor de aquel conjunto extraño, á la par que armónico é imponente, causan en el ánimo profunda emoción. Las cataratas del Niágara, dicen los aficionados á estos espectáculos, tienen más grandeza, pero las del Yellowstone son superiores, en cuanto á su belleza pintoresca. Constán éstas de dos saltos, separados por una distancia de cien metros. La superior cae de 42 metros de altura, y la inferior se despeña á 106 metros. El ruido que producen se oye á lo lejos, sonando como descargas de artillería.

Sustrayéndonos luego, no sin pena, á este gentil espectáculo, y dando un pequeño rodeo, retrocedimos un poco para admirar los asombrosos flancos de basalto, de 36 á 45 metros de altura, que, coronados de bosques de pinos; se hallan algo más abajo de las cataratas. El piso está cubierto allí de numerosos fragmentos de obsidiana disgregada.

Visitamos después, en una zona inmediata y paralela al río, un gran espacio, lleno todo él de manantiales, entre los que descuella el *Locomotive Jet*, así llamado porque la gran cantidad de vapor que desprende produce, al escaparse, el ruido estridente de una máquina de alta presión. La temperatura es tan alta, que no es posible acercarse á su base sin grandes precauciones. El piso, formado por una corteza de sílice mezclada con azufre, cruge bajo los pies.

4. Hicimos en aquel lugar un pequeño descanso, y acer-

cándonos de nuevo al cauce del río, continuamos remontándolo por sus orillas, llegando á poco al gran lago, en donde toma origen aquella corriente fluvial. La forma de aquel gran depósito de agua es la de una mano con los dedos extendidos. Está formada la cuenca por un antiguo cráter, rodeado de una serie de picos desiguales, entre los que descuellan los de *Doarce*, *Sanford* y *Stevenson*, que se elevan entre 3.000 y 3.600 metros sobre el nivel del mar, majestuosa grandeza que compite con la de la cima de la Maladetta, en nuestros Pirineos, y con la del pico Malahacen, en nuestra bien conocida Sierra Nevada. En estos lugares se experimentan con frecuencia temblores de tierra, al decir de los guías. Mide el lago, de Norte á Sur, 35 kilómetros, y 24 de Este á Oeste, y encierra cinco islas principales. Sus aguas, procedentes del derretimiento de las nieves de las montañas que lo circundan, son muy frías, alcanzando una profundidad de 90 metros. Por la mañana la superficie está tranquila, pero las brisas de la tarde levantan olas bastante grandes, que nosotros tuvimos ocasión de observar. En el fondo de este lago elevan sus cráteres algunos manantiales termales, en los que los pescadores cuecen las truchas objeto de su pesca, pudiéndose decir con toda propiedad que allí se coge el pescado en disposición de servirse á la mesa.

Los manantiales que rodean los bordes de aquel gran depósito son muchos, manifestándose en su seno verdaderas pulsaciones intermitentes.

Nos costó mucho trabajo sustraernos al encanto de aquellos sitios, donde la tranquilidad relativa del lugar, después de aquella serie de parajes ruidosos, movedizos ó amenazadores que acabábamos de visitar, convidaba á gozar dulce reposo. La extensión del lago, con sus rizadas olas y su trasparente linfa, los caprichosos grupos de verdes árboles de sus orillas y el cerco montañoso de las sierras que rodean su cuenca, ofrecía un conjunto natural tan bello como deleitoso, que embargaba el ánimo y adormecía el espíritu. Pero llevábamos ya dos días de expedición, y para ver lo más notable del Parque, después de lo visitado, necesitábamos otros dos, lo menos, y por lo tanto, sustrayéndonos á la especie de atracción

que aquel lugar ejercía sobre nosotros, nos recogimos en el albergue más próximo y esperamos el nuevo día para proseguir el curso de nuestros curiosos paseos.

5. Al amanecer, como de costumbre, estábamos todos en marcha. Nos dirigimos á la cuenca del río *Fire Hole*, que está al Poniente de la del Yellowstone, y como la de éste, se dirige de Sur á Norte, si bien lleva sus aguas al río Madison y éste al Colombia, que desagua en el Pacífico. Se encuentra por aquel lado el gran lago *Shoshone*, y más lejos el pequeño de *Madison*, donde nace el *Fire Hole*. Para llegar á este punto tuvimos que atravesar, con no pocas fatigas y dificultades, grandes extensiones de bosque, sembrados de numerosos grupos de árboles, derribados por los vientos y nieves, á semejanza de lo que pasa con los *windfalls* inmediatos al curso superior del Mississippi.

Cruzamos después, durante un gran rato, por una serie de montículos cónicos, de una altura que varía desde algunos decímetros hasta una treintena de metros, completamente cubiertos de cristalizaciones de azufre amarillo puro. Estos antiguos manantiales no desprenden hoy más que gases sulfurados.

Desde este punto pasamos ya á la región de los grandes geiseres, de entre los cuales el *Thud* produce un ruido espantoso cada vez que el agua sube ó baja en él. La temperatura descende en aquellos lugares, en el centro del verano, á 3 ó 4 grados, y esto no obstante, no es posible encontrar allí una sola gota de agua bastante fresca para calmar la sed.

Los indicados geiseres se presentan como agrupados en dos regiones, una inferior y otra superior. En la primera se desarrolla una magnífica vegetación, á causa de la humedad y de la temperatura benigna que allí reina. Descuella entre todos los geiseres el *Great Spring*, que tiene una abertura de 76 metros de diámetro, y una profundidad de 6 á 9, contada sobre sus paredes. En medio de un torrente de vapor, sale de él una enorme masa de agua hirviendo, que va á parar al río, después de bañar una larga extensión de terreno, al cual colorea de muy variados matices, á causa de los depósitos salinos que el líquido contiene.

Quedaba por visitar la región superior, que es la que sustenta los geiseres más grandes y la que contiene mayor número de ellos. Continuando, pues, nuestra marcha, y dejando atrás la zona de vegetación fresca y lozana, que iba poco á poco extinguiéndose, terminando con algunos árboles casi del todo silificados, llegamos junto al *Gran Geiser*, el cual, en sus frecuentes erupciones, lanza al aire una columna de agua de dos metros de diámetro, á la altura de más de 30 metros. Casi tocando con éste, se encuentra el *Turban*, de 3 metros de largo por 6 de ancho, en cuyo fondo y paredes se descubren gruesas masas globulares, algo parecidas á las calabazas por su forma y color amarillo. En la cuenca ó región de que estoy hablando existen unos 50 geiseres en actividad. Pasamos sucesivamente por el *Grotto*, *Pyramid*, *Punch*, *Black*, *Sand*, *Castle*, *Riverside*, *Giant*, *Saw Mill* y *Bee Hive*, y llegamos, por fin, al denominado *Giantess*, que es, tal vez, el más sorprendente. Mr. Hayden, al ocuparse de él, con referencia á su viaje de exploración, se expresaba en estos términos: «Al atravesar el río *Fire Hole*, subimos una pendiente suave, llegando de pronto á una ancha abertura oval con bordes festoneados, cuyos ejes eran, respectivamente, de 18 y 25 pies, y cuyas paredes están cubiertas de un depósito silíceo, blanco gris, visible á la profundidad de 100 pies. No vimos el agua, pero oímos cómo hervía á una gran distancia debajo de nuestros pies. De pronto empezó á subir en gruesos borbotones, despidiendo grandes masas de vapor, que nos obligaron á huír apresuradamente. Cuando el agua estuvo á seis pies de la superficie, se detuvo y volvimos á examinarla. Espumaba y hervía con violencia, y algunas veces enviaba chorros calientes hasta la misma boca del orificio. Pareció que de pronto la sobrecogió un horrible pasmo, ascendió con loca rapidez, salió del cráter y se elevó en columna, de la misma dimensión que el orificio, á una altura de 60 pies. De la cima de esta columna salían cinco ó seis chorros de agua, menos considerables, que variaban de seis á quince pulgadas de diámetro, proyectándose á la maravillosa altura de 250 pies. Esta erupción duró unos veinte minutos; nunca habíamos presenciado un espectáculo tan magnífico. El sol, que brillaba con todo su esplendor, al refle-



jar los rayos en aquella agua, formaba miles de arco-iris, cuya posición variaba constantemente, bajando ó subiendo y desapareciendo en seguida, para ser reemplazados por otros. Los glóbulos de agua que caían asemejaban una lluvia de diamantes, y en los puntos donde las nubes de vapor detenían los rayos solares, proyectando sombras en la columna de agua, veíamos un círculo luminoso, con todos los colores del espectro solar, asemejándose á esos nimbos de gloria con que los pintores rodean á veces á la divinidad. Durante las veinticuatro horas que permanecimos junto á aquel geiser, contemplamos dos erupciones, cada una de las cuales duró diez y ocho minutos.»

Nosotros no fuimos tan afortunados; pero aún pudimos contemplar el período descendente de una erupción que acababa de tener lugar y que nos dió cabal idea del fenómeno, á la vez que de la belleza del conjunto del mismo, al tenor de los rasgos más característicos, tan brillantemente descritos por aquel sabio naturalista.

6. Casi puede decirse que con esta última etapa habíamos pasado revista á las localidades más prominentes del Parque; pero los guías no quisieron que nos despidiéramos del Yellowstone sin ofrecernos, como último espectáculo, la vista panorámica general de aquella maravillosa región. Al efecto, repasamos la divisoria de las Montañas Pedregosas, y dirigiendo el rumbo por los estrechos senderos que cortan transversalmente la falda oriental de aquella cordillera, llegamos, después de tres horas de camino, al pie de la montaña *Washburn*, que mide una altura de 3.224 metros sobre el nivel del mar, y está constituida por el armazón pétreo de un enorme volcán, apagado desde el período plioceno, pero de cuya actividad, en aquella época, quedan aún evidentes vestigios. El suelo de la meseta está materialmente sembrado de calcedonias, ágatas y malaquitas.

Trepamos como pudimos á la cumbre de la montaña, y aunque muy cansados, dimos por bien empleadas las fatigas que la ascensión nos costó, en gracia del admirable espectáculo que se presentó á nuestra vista. En efecto, el panorama no podía ser más encantador. A nuestra izquierda aparecía el sinuoso lomo de las Montañas Pedregosas, cuyas faldas

estaban cubiertas de espesos y verdes bosques, por entre los que serpenteaban con argentino brillo caprichosos y saltadores arroyos, esmaltados en sus orillas por los alegres colores de florecillas tan bellas como raras. A nuestra derecha, y en dirección al N., corría majestuoso el Yellowstone, hasta precipitarse en las cascadas, cuyo ruido percibíamos claramente desde el *Wash burn*, marchando después con más tranquilidad por entre una faja de árboles corpulentos, los cuales cedían pronto el lugar á profundas hoces ó gargantas basálticas, que lo aprisionaban para hacer resaltar más á la salida la majestad de su curso. Por todo el ámbito de esta cuenca y de la inmediata del *Fire Hole*, aparecían las bocas achatadas de los innumerables geiseres que desnivelan el terreno, haciéndose notar los más grandes por las columnas de agua y vapor que de sus bocas se desprendían formando chorros y *nimbus* de las más caprichosas y sorprendentes figuras. A nuestra espalda reflejaba el sol sus dorados rayos sobre la tersa superficie de los lagos *Shoshone* y *Madison*, y un poco más al Levante aparecían los contornos flexuosos y asaz irregulares del lago *Yellowstone*, sobre cuyas aguas reverberaban también los rayos solares, marcando en su superficie fajas brillantes de movibles reflejos, que aumentaban la belleza de los variados y calientes tonos de la vegetación arbórea que á su alrededor crecía. Completaban tan admirable cuadro las cumbres nevadas de los altos cerros que circundan el lago, y después, volviendo la vista al Septentrión, los dilatados terrenos de la región baja del río, donde las praderas alternan con los bosques, y cuyos matices y sombras se alcanzan á ver hasta una distancia de 100 á 140 kilómetros en los días despejados. El cielo, de un hermoso azul, estaba cubierto en algunos puntos por apiñadas fajas de nubecillas de inimitables tonos rojizos; el sol brillaba en todo su esplendor; el ambiente, perfumado con los gratos aromas de las plantas silvestres, conducía veloz las vivificantes brisas que, refrescadas por las nieves de las cumbres de la cordillera, venían de la parte del Pacífico; las aves cantaban alegremente en las copas de los árboles, y todo, en fin, parecía respirar una animación, alegría, encanto y vida sobrenatural.

El silencio más profundo reinaba en el grupo de los expedicionarios, porque todos, ante aquel soberbio espectáculo, sentían la necesidad de reconcentrar el espíritu y entregarse á las dulzuras de sus propios sentimientos. De repente, nuestro guía despliega al aire la estrellada bandera norte-americana, agítala con fuerza, y prorrumpiendo, á coro con los demás, en la popular exclamación, *hip, hip, hip*, lanza con voz estentórea un prolongado *Hurra... a... a... a for Yellowstone*, que damas y caballeros repiten con un entusiasmo imposible de describir, y al que me asocio de todo corazón, no menos excitado y conmovido que mis compañeros de viaje, en tanto que por un fugaz destello de sutil congruencia viene á mi memoria el recuerdo de la llegada del intrépido norte-americano Stanley al centro del África, en el momento en que, dando al aire también los ondulantes pliegues de la bandera de los Estados Unidos, lanzaba á la cabeza de su escolta de indígenas aquel famoso *Hurra for Tangañica*, cuyos ecos repitieron los ámbitos de aquel grandioso lago y fueron alegres precursores del encuentro del desgraciado Livingstone.

Terminaron aquí nuestras correrías por el Parque nacional. Por fin pudimos dejar satisfecha nuestra curiosidad recorriendo aquella tierra, especie de laboratorio diabólico, donde el suelo tiembla, humea y brama, animado de una vida ígnea que aún no ha podido explicar satisfactoriamente la ciencia moderna, y que por esto mismo ejerce mayores atractivos é impresiona más al observador.

El Yellowstone es una región verdaderamente maravillosa, y sus geiseres son sin duda alguna superiores á los de Islandia, aventajando el *Great Spring* y el *Giantess* americanos al *Gran Geiser* y al *Strockur* islandeses.

7. Después de un día de descanso y entregada una buena gratificación que gustosísimos repartimos á nuestros intrépidos é inteligentes guías, emprendimos el viaje de vuelta á Corinne, en el que empleamos seis días, como á la ida, y durante el cual ningún accidente desgraciado vino á turbar la franca alegría de todos los viajeros. En el fuerte *Hall* se quedó nuestra pequeña escolta, que no quiso aceptar ningún género de recompensa por sus servicios. Aquellos valientes y sufri-

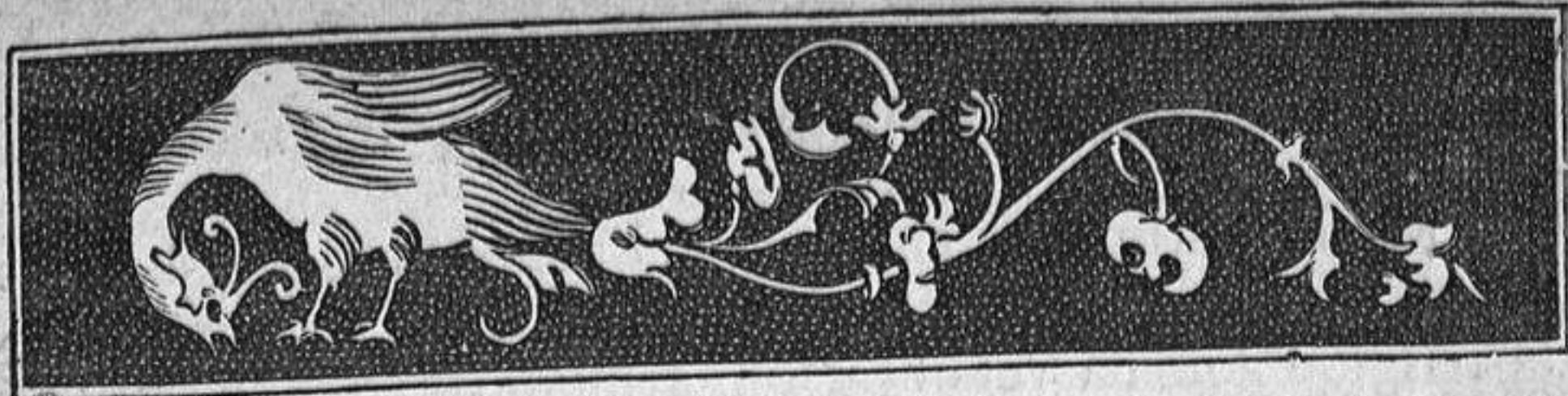
dos soldados estimaban en mucho el honor de poderse llamar nuestros *compañeros de viaje al Yellowstone*. Con esto se dieron por pagados. Los oficiales nos obsequiaron tanto ó más que la vez anterior, y por la noche organizaron un modesto baile, en el que mis infatigables compañeras de excursión, luciendo, sin necios remilgos ni molestos descocos, todo el tesoro de sus incomparables gracias, bailaron uno tras otro, sin darse punto de reposo, varios valeses *slide*, con aquella elegancia y soltura que sólo las norte-americanas, después de las austriacas, poseen para tan difícil cuanto elegante danza. Mister Steward, dando un momento de reposo á sus *combinaciones aritméticas*, tomó también parte en la fiesta, probando así que el *yankee* no desdeña nunca los placeres de Terpsícore.

Cuando ansioso ya de descansar mi asendereado cuerpo me acosté, terminado el viaje, en el mullido lecho del cuarto que me tocó ocupar en el hotel de Corinne, aún resonaban en mis oídos aquellos sordos, extraños y á veces amedrentadores ruidos subterráneos de Yellowstone y de sus hervideros termales. Tal era la impresión que había causado en mi ánimo aquella caótica localidad.

JOSÉ JORDANA Y MORERA.

(*Se continuará.*)





# LA ODA

## ESBOZO HISTÓRICO-CRÍTICO.

CONTINUACIÓN (1)

XXVIII.

### LÍRICA RELIGIOSA EN ESPAÑA.



A poesía de la religión en España, tierra del catolicismo beligerante contra moros y herejes, es un tesoro de inagotable riqueza.

Nuestra lengua, balbuciente todavía, ensaya sus gracias infantiles en leyendas religiosas, tan pías como la *Vida de madona Santa María Egipciagna* ó el *Libro de los tres Reys d'Orient*. Pero estas maravillosas relaciones son albores de la musa épica que, si bien no carecen enteramente de lirismo (como demostraríamos si hubiera espacio y oportunidad), están muy lejos de la oda religiosa y de sus varias especies.

A ésta se acerca y llega á tocarlas la cancioncilla de los trovadores, que ocupa en el presente estudio un rincón de las canciones medias. La verdadera oda, la canción grave, que se eleva sobre el nivel de estos juguetes rítmicos, apare-

(1) Véase la pág. 455 del tomo anterior.

ce con el endecasílabo, si no introducido, vulgarizado por la escuela de Boscán y de Mendoza.

Garcilaso, caudillo el más legítimo de esta escuela, ¿aplicó á la religión aquella versificación armoniosa que suena cadenciosamente en su erótica *Flor de Gnido*?

López de Ubeda, autor del *Cancionero, verjel de flores divinas*, menciona, en el prólogo de esta colección, juntamente con la *Conversión de Boscán*, una *Elegía al alma*, del célebre Garcilaso. Duda, y con razón, D. Justo de Sancha, que sea dicha composición la que dice así:

Al arma tocan, ya tocan al arma;  
al arma tocan, Alma mía, despierta,  
que con ceniza el capitán nos arma.

Ya tocan las trompetas, está alerta;  
que se pregonan luto y descontento,  
y mandan que al placer cierre la puerta.

Ni este comienzo en versos desaliñados, ni lo restante, lleno de antítesis y alegorías de mal gusto, ni condición alguna poética de esta elegía, la hacen digna del que cantaba suavemente

el dulce lamentar de dos pastores.

Ni Hurtado de Mendoza, inimitable en versos de arte menor, infeliz en las liras que á canciones de amor dedicó sin fortuna, escribió odas de asuntos piadosos; ni Gutierre de Cetina, que también á las canciones amorosas, á las anacreónticas y madrigales, consagró su numen; ni Francisco de Medrano, el traductor más poéticamente fiel del lírico de Venusa, y autor-imitador de odas morales muy dignas de loa; ni Juan de Arguijo, que tiene una canción á las fiestas que hizo Jerez á los mártires Eutiquio y Estéban, son aedos religiosos en el sentido excelso de la palabra.

Fuerza es llegar á la celda del agustino Luis de León y declararlo maestro de la lírica sagrada, sin que esto empece á sus méritos, no inferiores, en la cítara profano-heroica.

Hechos á la rimbombancia de Herrera y de Quintana, torrentes que se despeñan con estruendo, de los cuales puede decirse lo que el primero de estos vates escribía en su *Gigantomaquia* (poema extraviado, excepto estos únicos pareados):

Un profundo mormurio lejos suena  
que el hondo ponto en torno todo atruena...;

acostumbrados al elogio sempiterno de la entonación magnífica y vuelo arrebatado de los Píndaros; no fijando la atención en la fuerza irresistible de esos ríos que, bajo mansas apariencias, guardan la energía que derriba puentes y castillos seculares, porque (en frases de un poeta contemporáneo)

El río cuanto más lleno  
oculta mejor su fondo,  
y á medida que es más hondo  
aparece más sereno...;

desdeñamos la lírica de los poetas, que, como el maestro León, no se valen de hipérbolos gigantescas ni de versos estrepitosos, cerrando sus liras ó silvas como las óperas: con un do de pecho ó una explosión de los coros.

Hay necesidad de pedir á los señores críticos, que nos sirven de maestros en la escuela donde estudiamos, licencia para entusiasmarnos con el tono modesto de Fray Luis de León. Su bondad es tanta, que nos permitirán ese inocente alarde de entusiasmo; pero, ¿serán tan bondadosos que toleren la audacia de colocar sus odas entre las más heroicas y encumbradas del Parnaso?

Sin duda alguna, nos prohibirán semejante fechoría, tal vez fundados en la doctrina de la *entonación* que sirve de fundamento á nuestra clasificación de las odas.

Para evitar ambigüedades, importa aclarar algunos conceptos.

¿Qué es *tono*? ¿Qué *entonación*? ¿Qué *estilo*, *dicción*, *elocución* y *frase*? Se usan estos vocablos como sinonimias, y conviene fijar sus diferencias.

*Elocución* es aquella parte de la Retórica y Poética que trata de la manifestación oral de nuestras ideas y sentimientos. Comprende, en los tratados modernos de Retórica, las cualidades del pensamiento y de las voces, los tropos y figuras y los distintos géneros de estilo. Cicerón y los demás retóricos de la antigüedad, que ceñían el traje de la Retórica al cuerpo de la Oratoria ó Elocuencia, dividían aquélla en cuatro partes, Invención, Disposición, Elocución y Pronunciación, añadiendo algunos preceptistas la Memoria.

La Elocución, pues, es un conjunto de reglas que atañen á las cualidades permanentes del discurso escrito ú oral. Se confunde con el Estilo, pero sin razón, porque si éste se refiere á cualidades ó condiciones del discurso, como la Elocución, no se refiere á las generales y constantes, sino á las accidentales ó particulares de cada escritor.

El *Estilo*, reflejo del hombre, supone la existencia de la Elocución, de la Dicción y de la Frase. El Estilo no es todo el hombre, como algunos entienden la frase de Buffon. Razón tiene el Marqués de Molíns: las fábulas morales de Lafontaine no descubren al *fabulero* de la Duquesa de Bouillon y amigo de Ninon la cortesana; los artículos festivos y humorísticos de Larra no revelan al hombre atormentado de perpetua melancolía; ni las elegías de Gallego á la Duquesa de Frías y á la Reina Isabel de Braganza, dicen nada del carácter jovial del gran poeta. Verdad grande, que no destruye la máxima ya vulgar de que «el estilo es el hombre» en el mundo literario. Dicho se está: en el *mundo de las letras*, porque el mundo en que vivimos es otro muy diferente, que nos retrata de distintas maneras, según nos presentamos vestidos; ya de hombres públicos, ya de hombres privados; ora demócratas en las oraciones del Parlamento, y tiranuelos en el hogar doméstico; ora profesores de filosofía moral en la cátedra durante el día, y embriagados de noche en crapulosos festines. ¿Cómo el estilo va á reflejar en su cristalina superficie las formas y contradicciones del hombre? No es poco que reproduzca al hombre-escritor, con su particular fisonomía, resultante de su manera gramatical, retórica, ética, dialéctica religiosa y científica. El escritor verdadero lle-



ga á tener un modo de escribir singularísimo, con el que sella sus producciones, para distinguirlas de las demás *in eternum*. La manera es el estilo del vulgo, el estilo de los que no lo tienen. El periodismo tiene una manera: pocos, periodistas, que no son más que periodistas, alcanzan un estilo propio.

El estilo es idea más genérica que elocución, dicción, frase, etc.

*Dicción* hace referencia á la palabra. Porque viene de decir (dicere, dictio), algunos autores pretenden que se aplique sólo á la oratoria; pero el uso tolera la aplicación de la voz *dicción* á la conversación y á la escritura. *Dicción* es la buena elección de las palabras, su recta colocación ú ordenación gramatical: la elocución, como parte de la Retórica, abarca el estudio de las dicciones; el estilo, como reflejo literario del hombre, no depende de la dicción buena ó mala, porque la más pura y castiza se encuentra en un estilo perverso.

La *Frase* se toma, á veces, por elocución, dicción y estilo. Cuando leemos *la frase de Lope de Vega*, entendemos el *estilo* de Lope. Si leemos *la elocución incorrecta*, nos acordamos de la *dicción*. Frase, en rigor, significa el conjunto de determinadas voces construídas siempre de igual modo y expresivas de una idea que varía si varía la disposición de aquellas voces ó palabras. Rota esa habitual disposición, la frase desaparece. ¿La frase es modismo? En sentido gramatical, sí; en el retórico, no. Las frases hechas, esa unión íntima de ciertas palabras que llegan á significar por su enlace cosa muy distinta de lo que significa cada una de ellas y su suma total; las frases «hacer gran papel,» ó ser «un hombre de pelo en pecho,» ó «asar la manteca,» ú otras innumerables, son modismos ó giros de una lengua, que tarde ó nunca aprende el extranjero, por bien que sepa la gramática. En tales casos, las frases y los modismos se confunden é identifican; pero retóricamente, la frase vale tanto como especial construcción de algunas palabras. Cervantes hace cláusulas numerosas y resonantes, que demuestran un artificio retórico, difícil de conciliar á veces con las leyes gramaticales. Si decimos «la frase cervantesca» expresaremos la manera usual

de construir las expresiones que caracteriza al autor del *Quijote*. La dicción separa y elige; la frase ordena y dispone.

El *tono* no es la frase, ni la dicción, ni la elocución, ni el estilo. Es más: si el tono de la voz humana expresa las particulares inflexiones del sonido, reveladoras del estado psicológico, el tono de una composición literaria expresa las modificaciones que sufre el estilo á consecuencia de la situación anímica, ya intelectual, ya afectiva, del escritor. La dicción es pura y castiza, las palabras brotan del fondo del idioma como el arroyo de la fuente; la frase se construye con el rigor sintáxico, y el modo armónico que la Retórica añade á la Gramática; las cualidades de verdad, bondad y belleza, que la elocución exige, no están desconocidas; el rostro del poeta asoma á través del estilo; pero la entonación no ha puesto sus colores en ese rostro: la fotografía se completa y engrandece con la pintura. Ese es el tono: el cromo, no el dibujo. Cualidad complementaria del estilo, se aplica, como éste, tanto al poeta como á las varias composiciones poéticas.

Estilo muy diferente reclaman la lírica, la dramática y la épica; no es igual el himno religioso, el madrigal y el epitafio; ni hablan de la misma manera Edipo, Rey incestuoso y parricida; el cura que escribe una carta por la novia que no sabe escribir á su amado Ramón; Napoleón arengando á sus soldados delante de las Pirámides, y D. Juan Tenorio enamorando á la monja arrebatada del convento. Y dentro de la lírica misma, dentro de la misma oda, el estilo se modifica según canta el poeta

el *Eheu fugaces* que cual sueño vuela,  
el *Carpe diem* que al placer anima,  
el *Rectius vives* que enaltece el alma...

ó según desea

á Baco ver entre escarpados montes,  
á Fauno amante de ligeras ninfas,  
á Hérmes facundo y al intonso Cintio!

¿Y por qué no ha de modificarse el estilo lírico, según cante Píndaro, Horacio ó León, la grandeza del heroísmo ó la hermosura de la virtud? ¿No ha de modificarse al compás de la lengua, de las creencias religiosas, de las ideas estéticas y del gusto literario de cada vate, aunque los tres se propongan celebrar y celebren con igual entusiasmo la misma acción heroica, el mismo arranque de virtud? Indudablemente se modifican. Existe, pues, un estilo lírico elevado, superior, con diversos matices; estos matices ó modulaciones poéticas de ese estilo... llamémosles *tonos*.

Pindáricas, en la acepción de líricas sublimes, son algunas odas del gran *aedo* (ó *aeda*) de la escuela Salmantina; pindáricas, ó llenas de espléndido lirismo, reclaman nuestra cordial admiración... ¿y qué vale su tono apartado del quintanesco, ó del rutinario consagrado por la Poética vulgar, para que se les considere admirables y dignísimas de ocupar un puesto encumbrado entre las más altas del Parnaso de Castilla?

El divino Herrera traduce así á Horacio:

¿Por qué se muestra tímida,  
y no toca del Febro el vaso líquido?  
¿Por qué la lucha rígida  
huye más que la sangre de la víbora,  
y no descubre cárdenos  
los fuertes brazos con las armas hórridas?...

Este es Horacio con la entonación de Herrera, que si no habla en esdrújulos, habla á gritos. Esto equivale á tocar la lira de Venusa con mano tan fuerte que, próximas á saltar, vibren las cuerdas.

León no es así.

## XXIX

## EL MAESTRO LEÓN

El gran lírico, Luis de León, natural de Granada según Pedraza, Capmany y Mayans, natural de Belmonte (1528) según Nicolas Antonio, Jicknor y Gil de Zárate, se considera fundador de la escuela poética salmantina, una de las dos ramas de la clásica.

Hijo de familia noble, pagó con creces sus desvelos. Pasó á los catorce años á estudiar á Salamanca. El 29 de enero de 1544 tomó el hábito de agustino. Venciendo á siete opositores, ganó en 1561 la cátedra de Santo Tomás de Aquino. Fué más adelante catedrático de prima de Sagrada Escritura. Acusándole de judaizante y afecto á la llamada Reforma, con ocasión de la traducción que hizo, con breves comentarios, del *Cantar de los Cantares*, sus enemigos le llevaron al tribunal de la Inquisición. La fiera emulación entre latinistas y hebraistas, los celos de escuela tuvieron la parte principal en esta denuncia de heterodoxia. En las cárceles del Santo Oficio estuvo el ilustre agustino desde el 27 de marzo de 1572 hasta el 13 de agosto de 1577. Absuelto, ocupó su antigua cátedra de la Universidad en 28 de julio de 1578. Murió á los nueve días de ser nombrado Provincial en el Convento de Madrigal, en 23 de agosto de 1591. Conocía bien las lenguas castellana, latina, griega y hebrea; era excelente poeta en la de Virgilio; reveló grandes conocimientos teológicos y filosóficos en los *Nombres de Cristo*, *La Perfecta Casada* y *la Exposición del libro de Job*, obras en prosa correcta, fluída y elegante; y en sus poesías acreditó su fervor religioso, su digerida erudición, galana fantasía y versificación armoniosa.

Es un horaciano original. La imitación de los grandes poetas de la antigüedad estaba de moda y formaba parte del código literario vigente. Todos imitaban á Virgilio, á Hora-

cio, á Píndaro, á Homero, y el docto agustino era también imitador; pero en sus obras imprimía con tal fuerza el sello de su vigorosa personalidad, que lo extraño se convertía en suyo propio y la lira del Lacio en lira de Castilla.

Pero de todos los poetas antiguos, Horacio es su atracción más poderosa. El poeta cantor de Apolo se trasfigura en el cantor del Señor de los mundos. El trage antiguo no se rompe, la máquina de las divinidades paganas subsiste; pero el ropaje envuelve una naturaleza nueva, regenerada por un soplo del cielo, y aquella balumba de sátiros, ninfas y dioses no sofoca con su peso la llama pura de la santa inspiración.

Aquí surge una cuestión interesante. El Olimpo con sus mitos ¿debe prestar sus nombres poéticos á la musa de la sociedad moderna, que no cree en Júpiter ni en Venus, sino en Cristo y en María? El clasicismo, cuya restauración se está efectuando, ¿ha de venir con su cortejo de entidades mitológicas y...

en Olimpia, cien carros voladores,  
 en las ondas del Adria, la tormenta,  
 en el cielo, de Júpiter la mano,  
 la Náyade en las ondas de la fuente,  
 y allá en el bosque tiburtino oculta  
 la dulce granja del cantor de Ofanto...?

Hermosísimo es todo esto, pero su evocación cuadra perfectamente en una epístola á Horacio, no en una oda á Santiago ó á santo Tomás.

Y esa es nuestra sencilla contestación á los mitólogos à *fortiori*. La poesía moderna, que no ha nacido en la Piería ni en la Tracia, se cubre de espléndidas vestiduras, cuyos adornos lo mismo pueden ser las deidades del Olimpo que las emanaciones de Brahma: la tela es una materia nueva que no cabe en la pagoda, ni en la sinagoga, ni en el panteón, porque tiene los infinitos pliegues del cristiano pensamiento. Sin alambicadas metáforas, la Mitología greco-latina ni es el principal, ni el único accidente de nuestra poesía; ni Jesús es Júpiter, ni Venus María, ni los ríos alzan el pecho,

ni hay en el bosque sátiros, ni en el campo Batilos, ni Galateas entre los sauces, ni las Pepas son Lidias, ni los Catones se rozan con nuestros políticos, ni ha quedado Platón más que para autorizar con su apellido los amores tontos.

Hoy pedimos el odre viejo con nuevo mosto, cogido en viñas no filoxeradas: hoy suspiramos, con el discreto admirador de Horacio, por la forma pura de los paganos labrada con cristiano corazón y fe ardiente.

Así León sus rasgos peregrinos  
en el molde encerraba de Venusa.

La verdad es que León, como Garcilaso, abusaba de la maquinaria vetusta. Sólo en la Profecía del Tajo hay seis ó siete alusiones mitológicas: el río se personifica de tal modo, que la figura retórica pasa á ser deidad del paganismo; óyense las armas y el bramido de Marte; Eolo hinche soplando las velas de la armada árabe; el padre Neptuno con la acerada punta del tridente abre paso por el Estrecho de Hércules; el puerto sagrado de este dios se ocupa por los árabes; el Betis divino, amancillado de sangre, da al mar yelmos y cuerpos hechos pedazos; y el furibundo Marte desordena cinco veces las haces enemigas en la gran batalla, que fué tan ominosa al cetro de los godos. Fray Luis, en su oda al Licenciado Juan de Grial, hace á Febo inclinar el paso al resplandor egeo; á Eolo enviar con su soplo espesas nubes; á el ave vengadora de Ibico (la grulla) navegar entre los nublados; á Febo otra vez, ó mejor Apolo, dictar nuevo estilo; y al plecto romperse al furor de un torbellino...

Pero estas fórmulas poéticas, inevitables en la época del Renacimiento, no destruyen la intensidad lírica del poeta agustino. Cañete admira «el místico arrebató... del Maestro que, refugiado en el espiritualismo católico, entregado á los inefables placeres de la vida contemplativa, siente por sí, ve más á Dios en sus obras, las ama profundamente y goza infinito en contemplarlas, aunque sin tenerlas por parte del mismo Dios, como los modernos poetas panteístas, y muy principalmente los alemanes.»

Al tratar aquí de odas religiosas, el nombre del Maestro León viene á los labios involuntariamente, como el creador ó por lo menos el que fijó los caracteres de esta hermosa poesía. No tiene más elevación Píndaro ni Horacio más movimiento. De los dos tipos líricos elevados, que representan el vate griego y el latino, se decidió por el último el castellano. Sea por más claro é inteligible, sea por más *humano* y real, el poeta de Venusa es para nosotros preferible sobre el poeta de Beocia. Y si los que se dicen entusiastas, por tradiciones retóricas, del segundo, dejasen á un lado vanidades de crítico y hablasen con entera sinceridad, convendrían con nosotros en que el primero es primero siempre que se propone emular á Píndaro en sus raptos. Nos parece la oda *pindárica* de Horacio más lírica, más poética y más elevada. Más lírica por más subjetiva: los episodios y extravíos dan muchas veces carácter épico al príncipe de los líricos griegos; más poética, si la poesía es la selección de galas, incompatibles con la prosa, selección y depuración de que el sobrio venusino es modelo insuperado, ya que no insuperable; y más elevada, porque Horacio, poeta hasta en los juguetes poéticos, tiene la serenidad y excelsitud del águila en las odas que alzan todo su vuelo. Píndaro llega más arriba, pero si cae, cae y rueda más abajo que su rival. Es muy cierto (diría Calderon) que

..... el bajar  
nunca le podrá quitar  
la gloria de haber subido....

pero certísimo es igualmente (y Calderón lo contesta) que

.... el volar  
nunca le podrá quitar  
la mengua de haber caído.

Entre los dos tipos líricos supremos de la docta antigüedad, repetimos que el maestro León escogió el segundo, dechado de corrección y armonía. El estudio de las *Canciones* ofrecerá ocasión oportuna de comparar minuciosamente estas

dos maneras clásicas de lírica sublime. La horaciana, insinuante, rápidamente enunciativa, más lírica intensa que extensamente, es la del autor de la oda *A la Ascensión del Señor*.

El poeta, en este canto, aparece (según un crítico moderno) «original, magnífico, sublime, lleno de unción,» como lo prueba tan acabado modelo de *oda cristiana*:

¿Y dejas, Pastor santo,  
tu grey en este valle hondo, oscuro,  
con soledad y llanto,  
y tú, rompiendo el puro  
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,  
y los agora tristes y afligidos,  
á tus pechos criados,  
de ti desposeídos,  
¿á do convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos  
que vieron de tu rostro la hermosura,  
que no les sea enojos?  
Quien oyó tu dulzura,  
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado,  
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto  
al viento fiero airado?

Estando tú encubierto,  
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa,  
aun deste breve gozo, ¿qué te aquejas?

¿Dó vuelas presurosa?

¡Cuán rica tú te alejas!

¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

No cabe más sentimiento, más noble sencillez de expresiones, más suave y armoniosa versificación, más pura, ardiente, religiosa y elevada poesía. En las letras griegas y latinas, donde bebió nuestro clásico, no hay canto más bello. Verdad que el numen del gentilismo no inspiró ni pudo inspirar fe



tan calurosa, ni amor tan santo al Dios de los cielos y tierra. Hielo apretado en ritmos elegantes es al lado de esta poesía el Carmen Secular de Horacio. ¿No es esto pindárico en la más alta significación del término? Sin una divagación episódica, sin un extravío del asunto principal y único, sin saltos irregulares ni bruscas transiciones, esta oda es sublime con la magestuosa naturalidad que pinta en un verso el granadino autor de *La Poética*:

La noble sencillez sólo es sublime.

El discípulo de Cristo asiste con la imaginación al momento prodigioso en que el Salvador de los hombres, que pasó por la tierra haciendo bien, va á remontarse á los cielos. La ascensión del divino pastor, envuelto en nube luminosa, le llena de dolor porque falta á la tierra su luz, su consuelo y su alegría. Con los ojos dirige tierna plegaria al Maestro Santo para que no le abandone en este valle de lágrimas y sombras; pero la nube se remonta... y el poeta, en un abrupto lírico, exclama:

¿Y dejas, Pastor santo,  
tu grey en este valle, hondo, oscuro?...

Nada de fríos preliminares, como hacen los poetas que anuncian, en el prólogo de sus odas, el grande negocio en que van á ocupar su fantasía. Esa conjunción Y, esa interrogación, revelan la mano de un gran artista. Es decir: «¿Y no escuchas mi ruego? ¿Y no valen mis ansias? ¿El pastor abandona sus ovejas? ¿El padre se aparta de sus hijos?...» ¡Tanto encierra un oportuno monosílabo!

Lista sin duda imitó á León al empezar su oda *A la muerte de Jesús*.

¿Y eres tú el que, velando  
la excelsa majestad, en nube ardiente  
fulminaste en Siná?...

Mucho se ha celebrado la armonía imitativa de estos versos de Francisco de la Torre:

¿Viste volando hermosa  
garza señorearse deste cielo,  
y salir de la odiosa  
mano, torciendo el vuelo,  
sacre que la derribe por el suelo?

Se ha dicho, con razón, que se percibe en la cadencia de los dos primeros versos el vuelo sosegado y noble de la garza, mientras que el hábil corte del verso

mano, torciendo el vuelo,

representa el vuelo sesgo y traidor que sigue el ave de rapiña para coger su presa.

Belleza igual resplandece en los versos 4.º y 5.º de la oda *A la Ascensión*:

.....rompiendo el puro  
aire.....

Pocas veces es laudable, y muy pocas admirable, la división de una concordancia de sustantivo y adjetivo en dos versos. Aquí la imitación artística tiene la rara virtud de convertir palabras, bien dispuestas, en una imagen.

Suave y piadosa melancolía respiran todos los versos de este canto. ¡Qué bien expresan el dolor de la ausencia en que deja á su grey el Pastor, alzándose glorioso *al inmortal seguro!*

Esta frase—dicho sea entre paréntesis—este *seguro*, que modernamente se usa poco como sustantivo, este *seguro* donde se vive eternamente, ó mucho nos engañamos, ó empieza á circular de nuevo, como modo elegantísimo de expresar tan hermosa idea, gracias al orador parlamentario más florido y célebre de nuestro tiempo, que ha engarzado esa perla en sus discursos.

La oda de León, que celebramos, tiene entre otros cien el mérito de la unidad que penetra sus liras, una por una, verso por verso, palabra por palabra. Desde el principio al fin, sin detenerse ni torcerse un instante, corre y fluye el lirismo poético, igual y continuamente amoroso y tierno: el sentimiento personal, *sujetivo* del religioso poeta, que suspira porque su Dios le abandona, se sostiene enérgico y fiel desde la primera hasta la última estrofa. Ni la descripción más leve, ni el extravío más pequeño, interrumpen ó alteran la rápida, igual y férvida corriente.

Es, pues, un modelo lírico sublime.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(Se continuará.)





## COSAS DEL DÍA

---

### IMPRESIONES Y JUICIOS LITERARIOS



A moda es un poder de origen desconocido, pero avasallador é imperioso como pocos. Un filósofo intransigente, razonador y estoico podrá despreciar, en lo más íntimo de su alma, esa fuerza soberana que sin saber por qué ni para qué, cambia el interés de las cosas, haciendo hoy inoportuno y soporífero lo mismo que ayer excitaba el interés de todos y corría de boca en boca como asunto del que dependiera el porvenir de toda una generación; pero nosotros, que no somos filósofos, sino pura y simplemente modestos espectadores de este inmenso drama de la vida, tan monótono siempre y siempre tan nuevo, según como se le quiera juzgar, no podemos ni debemos desconocer los indiscutibles mandatos de la moda.

Esta ejerce su influjo en todo. Los vestidos, los carruajes, los peinados, los muebles, son sus esclavos; las artes, la política, la literatura, la ciencia, caen bajo su jurisdicción indistintamente, ejercitando en ellas su autoridad con mejores ó peores resultados, según las circunstancias. Un orador que hace algunos años electrizaba al público, es hoy oído con indiferencia, casi con desdén. A tal poeta cuyos versos se recitaban en todas partes con entusiasmo, le vemos más tarde polvo-

riente y abatido discurrir por las calles sin que se le dedique un saludo. La dama, ayer modelo de elegancia, es hoy jamona relamida, exenta de distinción. El galán, un tiempo codicia de las mujeres, desesperación de los maridos, envidia de los mozos, es ya un señor panzudo, fofo, casi inofensivo, que apenas fija la atención de los transeuntes más que por las enormes alas de su sombrero, recuerdo de su efímero reinado.

¿Qué quiere decir todo esto?

Los comentarios nos llevarían muy lejos, porque la materia es honda en medio de su aparente frivolidad; pero el hecho es tal como lo consignamos, y á él tenemos que atenernos forzosamente.

En materias literarias no hay para qué hacer lucubraciones sobre el influjo de la moda.

Hemos tenido poetas clásicos, melencólicos ó románticos, virgilianos, erótico-sentimentales, psicológico-omniscientes y germánico-lacrimosos. Todos ellos han tenido su cuarto de hora, su período de triunfo, su corona de laurel y mirto que ceñir á las sienes. Después... nada, otros gustos y otras cosas han ido sustituyendo á las anteriores, y el mónstruo (léase el mundo), después de devorar tanta y tan sustanciosa literatura, pide con feroces rugidos nuevos manjares que calmen su insaciable apetito.

Aún no han muerto algunos de los hombres que tantos días de gloria conquistaron para las letras, en el período romántico; aún escribe y recita versos uno de los más ilustres representantes de aquella noble raza: Zorrilla; todavía humean las cenizas de Hartzenbusch y de García Gutiérrez, y después de sucesivas y rápidas trasformaciones nos encontramos en plena revolución naturalista. Zola es el astro luminoso á donde se dirigen todas las miradas.

Pero, ¿qué significa esta escuela literaria, mirando con toda imparcialidad los hechos, pesando con detenimiento las razones que en su favor aduce? ¿Es algo fijo, estable, que ha de marcar de un modo definitivo los derroteros por donde ha de caminar el artista, ó significa pura y simplemente una fase de la evolución literaria, un nuevo matiz de la moda, pasajero y fugaz como todos los de su índole?

Meditemos un poco sobre el asunto, puesto que las exigencias de la *moda* nos autorizan, en parte, para ello.

\*  
\* \*

Es imposible ligar los intereses del arte á los de la ciencia hasta el punto de que ambos vengán á ser ramas de un mismo tronco, como pretende Zola. Ciencia y arte son cosas diferentes que ninguna relación guardan entre sí, puesto que son total y absolutamente distintos los fines que se proponen.

Pero Zola va todavía más lejos; no sólo pretende que el arte investigue las leyes que rigen al hombre, sino que estudie sus actos como organismo fisiológico. Esto es lo que él llama novela experimental. Por lo mismo se proclama discípulo de Claudio Bernard, y todos los argumentos que éste hace para construir sobre sólidas bases el cimiento de la fisiología, los recoge con cuidado el autor de *Pot-Buile*, para aplicarlos á la novela. Zola no ha hecho, pues, más que una nueva aplicación del pensamiento de Claudio Bernard. Este quiere ciencia experimental; aquél, novela experimental.

Es de advertir que el ilustre fisiólogo francés reconoce que en los cuerpos vivos los fenómenos son de una complejidad enorme, y que la movilidad de las propiedades vitales les hace mucho más difíciles de conocer y determinar, lo que hace decir á Zola:

«¿Qué decir entonces de las dificultades que debe encontrar la novela experimental que toma de la fisiología sus estudios sobre sus órganos, los más complejos y los más delicados; que trata de las manifestaciones más elevadas del hombre como individuo y como miembro social? Evidentemente el análisis se complica aquí más. Si la fisiología se constituye hoy, es natural que la novela experimental está dando sus primeros pasos.»

Claudio Bernard murió confesando que no sabía nada ó casi nada. Zola, con menos ciencia, reconoce que su especialidad es mucho más difícil que la de su maestro, y sin embargo, pretende «ir de lo conocido á lo desconocido para

hacerse dueño de la naturaleza.» ¿Qué es, pues, lo *conocido*, de donde parten todas sus afirmaciones?

Lo que no ofrece ningún género de duda para los que juzgan estas cuestiones con la debida independencia de espíritu, es que el arte no es ciencia, y por lo tanto, huelga la novela experimental; que caso de que fuese tal ciencia, no sería solamente la fisiología la base de su conocimiento, y que de ser ésta su principio fundamental, habría que tener paciencia para esperar á que se formase ó se constituyese, cosa que hoy no sucede con arreglo al testimonio de Claudio Bernard.

«Nuestra obra está ahí—dice Zola:—nosotros, los novelistas experimentadores, debemos ir de lo conocido á lo desconocido..... (ya lo hemos reproducido antes), mientras que los novelistas idealistas viven siempre en lo desconocido con toda suerte de prejuicios religiosos y filosóficos, bajo el pretexto sorprendente de que lo desconocido es más noble y más hermoso que lo conocido.»

En primer lugar, no es fácil saber á qué idealismo se refiere el autor de *Nana*, al hablar de esta suerte. Nosotros creemos que belleza y verdad son dos términos inseparables en la creación artística; pero esto no impide que nos produzca cierto asombro oír la calificación de novelistas *experimentadores*.

¿Cuáles son los *experimentos* de Mr. Zola? Lo que hay de cierto es, que todo lo que pretenden saber estos nuevos experimentadores, es hoy por hoy perfectamente desconocido, según el propio testimonio de Claudio Bernard; de suerte que en este concepto, idealistas y deterministas están á la misma altura, por más que á primera vista parezca otra cosa. Unos y otros se limitan, ó deben limitarse, mejor dicho, á la observación de los fenómenos de la vida moral y social de su tiempo, sin desfigurar al hombre haciéndole mejor ó peor de lo que en la realidad aparece continuamente á nuestros ojos. A esto, y sólo esto, se reduce la esfera de acción del novelista, porque suponer que una vez conocido fisiológicamente un individuo, no hay más que ponerle en contacto con los hechos, para saber por dónde ha de enderezar sus pasos, sin que el escritor ponga nada de su parte, es tanto como hacer

la apología de un nuevo y absurdo idealismo, sin punto de apoyo en la tierra, y sin alas que le permitan remontarse á los espacios celestes.

¡Vano empeño! Sacrificarlo todo al estudio de los fenómenos naturales, como si éstos nos diesen toda la verdad apetecida, todo el ideal que el hombre encuentra siempre en el fondo de su alma como una eterna aspiración á lo infinito.

¡Qué ciego empeño, por otra parte, al no ver en el hombre más que uno de sus varios aspectos! El hombre es un organismo fisiológico; ¿quién lo duda? ¿Pero no es más que esto?

¿Es que acaso se han resuelto ya por el experimentalismo todos los problemas pendientes, y se ha probado y comprobado, por medio de experiencias, que no hay dentro del sér humano más que una máquina que funciona con toda normalidad, sometida á leyes fatales, como son las que determinan el movimiento oscilatorio del péndulo ó el principio de la gravitación de los cuerpos?

Pero de todas suertes, y aun dando por cierto que fuese así, ¿bastaría esto para justificar la intrusión del arte en el terreno propio y exclusivo de la ciencia, con lo cual aquél lo perdería todo, pues dejaría de ser lo que es, y ésta recibiría escasos y muy dudosos servicios que se apresuraría á desdenar?

¿No ve Mr. Zola con qué tono habla Claudio Bernard de los filósofos afirmando que sus hipótesis son poesía y nada más que poesía? ¿Qué no dirá, pues, de los novelistas, hombres que al fin y al cabo escriben de lo temporal y de lo eterno, sin moverse de su bufete muchas veces, levantando verdaderas tempestades en un vaso de agua?

Es posible que ni se dignara hablar de ellos.

Y es que en realidad no hay nada más absurdo que colocarse voluntariamente bajo la dependencia de quien no tiene por qué ni para qué conocernos. El arte, bajo el patronato de los fisiólogos, hubiera sido siempre una cosa parecida á lo que es el ajedrez para los hombres de negocios, frívolo pasatiempo. Si este procedimiento se hubiera puesto en práctica, el último veterinario de París sería más considerado por los prohombres de la fisiología que el novelista más insigne.



Como dice el adagio vulgar, «cada uno en su casa y Dios en la de todos.» Estudien en buen hora los médicos los fenómenos de la vida animal, dentro del organismo humano, que lo que hasta la fecha no han podido averiguar (que no es poco), no es ciertamente porque los poetas y los novelistas no hayan tomado cartas en el asunto. Viva el arte dentro de su esfera, sin mendigar tutelas que no há menester, ni apoyos que no le han de sustentar, y con la verdad por norte, la belleza por fin y el decoro y la decencia como frenos, cumplirá sus destinos, que son muy altos, nobles y poderosos; que todo en la vida no es ciencia, ni mucho menos mesa de disección y trasiego y descuartizamiento de cadáveres.

Sin apartarse de la verdad, sin adulterar en nada la naturaleza, sin falsearla en lo más mínimo, puede el arte llenar vacíos del alma, satisfacer necesidades del sentimiento que la ciencia no puede penetrar ni conocer apesar de sus grandes y aparatosas digresiones.

¿A qué, pues, levantar el campo alistándonos cobardemente bajo las banderas de un enemigo que nunca pudo hacernos el menor destrozo?

\*  
\* \*

Como escritor, y prescindiendo de su criterio de escuela, nosotros somos los primeros en reconocer las excepcionales dotes de Emilio Zola; mas ya que de este asunto se trata, nos parece oportuno dar cuenta á los lectores de esta REVISTA de las opiniones sustentadas por uno de los escritores que mayor autoridad literaria han logrado en estos últimos tiempos.

Nos referimos al Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, catedrático de literatura en la Universidad Central, de las Reales Academias Española y de la Historia, autor de obras importantísimas, y literato, en fin, que aunque por sus pocos años se encuentra en los albores de la vida, puede decirse, ha dado ya elocuentes y repetidas pruebas de su inmensa erudición y de su profundo y perspicaz entendimiento.

No somos de los que todo lo fian á la autoridad de ciertos nombres, pero sí de los que creen que los que se consagran al

estudio, tienen el deber de indagar cómo piensan aquéllos que por su celebridad y su prestigio merecieron el respeto y la estimación de las gentes más doctas é ilustradas, razones todas por las cuales nos complace en extremo reproducir lo más esencial de cuanto dice el Sr. Menéndez Pelayo, á propósito de la novela naturalista en su último trabajo, ó sea en el prólogo de las *Obras Completas* del ilustre escritor santanderino, D. José María de Pereda.

El erudito académico, bien sea porque sus ideas son más claras y están mejor fundadas que las nuestras, bien porque su temperamento ó sus convicciones literarias lo exigen así, ataca enérgicamente á Zola, cosa que nosotros no hemos hecho, limitándonos á fijar la atención de los lectores sobre las cosas de más bulto que se desprenden de sus principios de escuela.

«Á decir verdad—escribe el Sr. Menéndez Pelayo,—el calificativo de *naturalistas* aplicado á la mayor parte de estos escritores, no tiene explicación plausible, sobre todo si se los estudia en el conjunto de sus obras. Por otra parte, muchos de ellos, aun aplicando los procedimientos naturalistas, eran casi idealistas en teoría, apareciendo sus principios y aficiones estéticas en abierta contradicción con sus obras.

»Puede llamarse novela naturalista á *Madame Bovary*, pero no cabe duda de que Flaubert vivió y murió romántico impenitente, y nadie negará, por decontado, que *La Tentación de San Antonio* es obra de un desenfrenado idealismo, y que *Salambó* pinta un mundo tan convencional y tan falso como el de cualquiera otra de las novelas con pretensión de históricas. De la misma manera, sin negar que *Germinia Sacerteux* caiga bajo la jurisdicción de la escuela realista, puede dudarse y aun negarse que la supersticiosa y enfermiza adoración que los Goncourt profesan al color (la cual idolatría, ya por sí sola, constituye un verdadero elemento idealista), encaja plenamente en la ortodoxia de los principios sostenidos con tanto aparato por Zola en sus libros de crítica. En cuanto á Daudet, los mismos naturalistas no le cuentan entre los suyos, sino con muchas atenuaciones y distingos, teniéndole más bien por un aliado útil que por un partidario fervoroso. Y real-

mente, en los libros de Daudet no faltan figuras de conven-  
ción, ni deja de respirarse cierta atmósfera poética, que los in-  
transigentes de la escuela condenan con los nombres de *ro-*  
*manticismo* y *lirismo*. De todo lo cual resulta, que el único  
naturalista acérrimo y consecuente es Emilio Zola, puesto que  
sus discípulos apenas merecen nombrarse. Á la doctrina pro-  
fesada y practicada en libros interminables por el prolífico  
autor de los *Rougon-Macquart*, es, pues, á lo que se llama hoy  
en Francia y en otras partes (donde los libros y las clasifica-  
ciones de los franceses influyen más de lo que fuera justo),  
*escuela naturalista*. Aceptemos el nombre y distingámosle del  
eterno y vastísimo realismo, del cual ese reducido grupo de  
novelas (no todas ellas obras maestras ni muchísimo menos)  
no es más que una de tantas manifestaciones históricas. Todo  
naturalista es *realista*, si se mantiene fiel á los preceptos de su  
escuela; pero no todo *realista* es naturalista. Y así, v. gr.,  
tratando de Pereda, todos dirán unánimes que es realista,  
pero muchos negarán, y yo con ellos, que deba contársele  
entre los naturalistas, por más que algunos de sus procedi-  
mientos de trabajo se asemejan á los que emplea y preconiza  
la novísima escuela.

»Los dogmas de esta escuela andan escritos en muchos  
libros, conforme á la costumbre moderna de escribir cada  
poeta y cada novelista su propia poética. Así, v. gr., Zola, en  
cinco ó seis libros sucesivos de crítica (entre los cuales los  
que importan más para el caso son *Le Roman experimental*  
y *Les romanciers naturalistes*), ha aplicado sus principios á la  
novela y al teatro. Y entre nosotros los ha expuesto reciente-  
mente, y aun defendido hasta cierto punto, una ingeniosísima  
escritora gallega, mujer de muy brioso entendimiento y de  
varia y sólida ciencia, bastante superior á la del maestro Zola,  
hombre inculto y de pocas letras, como sus libros precepti-  
vos lo declaran.

»Esta falta de cultura literaria y filosófica que en Zola se  
advierte, y de que tanto provecho han sacado sus adversa-  
rios, sin llegar por esto á oscurecer la genial perspicacia con  
que juzga de las obras en particular, explica la flaqueza de  
sus teorías, los pésimos argumentos con que los explana y

defiende, el aparato con que presenta como descubrimientos y novedades las máximas de crítica más triviales y manoseadas, y las fórmulas absurdas que da á algunos pensamientos, por otra parte muy razonables. ¿Quién no ha de sonreirse del candor mezclado de soberbia con que confunde á cada paso los términos de la ciencia y los del arte? ¿Quién podrá sufrir que, por todo sistema de estética, se nos dé un trozo de la *Introducción* de Claudio Bernard *al estudio de la Medicina experimental*? ¿Ni cómo llevar con paciencia el que unas veces se asimile el arte con una estadística y otras con una clínica, y se le dé, por única misión, el recoger y coordinar *documentos humanos*?

»Todo esto es, á la verdad, inaudito, y el aplauso y la boga que tales libros alcanzan en una nación tan civilizada como Francia, indican bien claro cuán aceleradamente van retrogradando los estudios estéticos que parecían llamados á tan gloriosos destinos, después del impulso que les imprimió la mano titánica de Hegel.

»El que recorra atentamente esos libros de Zola, advertirá, sin duda, cuán vagas y confusas nociones tiene el autor de lo que debe entenderse por *verdad humana*, y qué concepción tan torcida del arte es la que se ha formado. Entendidos ambos conceptos en el sentido groserísimo en que él los entiende, ni sus novelas, ni otras algunas, tendrían razón de existir. En la misma noción del arte va envuelta la del ideal, siendo la una inseparable de la otra. El mismo Zola viene á reconocerlo así, aunque con una frase de crudo materialismo, cuando declara que el arte no viene á ser otra cosa que la *naturaleza vista á través del temperamento del artista*, es decir, *modificada* por eso que Zola llama temperamento. Ahora bien; esa modificación que el artista más apegado á lo real hace sufrir á los objetos exteriores, por medio de los dos procedimientos que llamaré de *intensidad* y de *extensión*, arranca esos objetos de la realidad material, y les imprime el sello de otra realidad más alta, de una verdad más profunda; en una palabra, los vuelve á crear, los *idealiza*, de donde se deduce que el idealismo es tan racional, tan real, tan lógico y tan indestructible como el realismo, puesto que uno y otro van encerrados en

el concepto de la forma artística, la cual no es otra cosa que una *interpretación* (ideal como toda interpretación) *de la verdad oculta bajo las formas reales*. Merced á esta verdad interior, que el arte extrae y quintesencia, todos los elementos de la realidad se trasforman, como tocados por una vara mágica, y hasta los personajes que en la vida real parecerían más insignificantes, se engrandecen al pasar al arte, y por la concentración de sus rasgos esenciales, adquieren un valor de *tipos* (que es como adquirir carta de naturaleza en la república de las letras), y sin dejar de ser individuos, rara vez dejan de tener algo de simbólicos. Y es que los ojos del artista en algo han de distinguirse de los del hombre vulgar, y su distinción consiste en ver, como entre sombras y figuras, lo mismo que el filósofo alcanza por procedimientos discursivos, es decir, la médula de las cosas, y lo más esencial y recóndito de ellas. De donde procede que los grandes personajes creados por el arte (que á su manera es creación, y perdonen Zola y sus secuaces) tienen una vida mucho más palpitante y densa que la mayor parte de los seres pálidos y borrosos que vemos por el mundo.

»Pero todo esto lo consigue el arte por medio de sus procedimientos, radicalmente contrarios á los de la ciencia, con la cual nunca puede confundirse sino en un término supremo, que no ha de buscarse ciertamente en los métodos experimentales, sino en la cima de la especulación ontológica, en aquella cumbre sagrada, donde la verdad y la belleza son una misma cosa, aunque racionalmente todavía se distinguan.

»Pero acá en este bajo mundo, una cosa es el artista y otra cosa el filósofo, y con mucha más razón, una cosa es el artista y otra el autor de trabajos estadísticos, demográficos y sanitarios. En este punto, el fanatismo de escuela mal entendida y peor profesada, ha llevado á los naturalistas franceses á las más risibles exageraciones. Zola constituye el árbol genealógico de su familia favorita, y explica en una larga serie de tomos el desarrollo de una *neurosis* en los individuos de esa familia, y las formas que sucesivamente afecta el mal. Y así, por este orden y con gran lujo de exactitud y de pormenores.

»Todo este aparato, científico, ó más bien pedantesco, debe

ser sólo *ad terrorem* (puesto que no nos consta que de tales lucubraciones novelísticas haya sacado fruto alguno la ciencia, ni siquiera que los autores de ellas estén muy al tanto de los mismos datos y documentos que pretenden recoger); pero sea lo que fuere, envuelve una tendencia docente y utilitaria, que á todo trance importa combatir y desarraigar, como dañosa por igual modo á la ciencia y al arte, y engendradora de libros tan soporíferos como inútiles. Ya Flaubert (que no era naturalista, lo repito, más que á medias) dió el perniciosísimo ejemplo (en *Bouvard y Pecuchet*) de *hacer leer* á sus personajes buen número de libros, y copia largos trozos de ellos. Por fortuna dejó sin acabar su obra, pero no faltará algún *naturalista* fervoroso que copie al pie de la letra la Biblia ó la suma de Santo Tomás, ó el Código Penal, si á algún personaje de la novela se le ocurre leer cualquiera de estas cosas.

»Esta *verdad* grosera; esta acumulación de fárrago incongruente, unida á otro dogma de la escuela, es á saber, el desprecio profundo por todo lo que huelga á acción y á complicación de interés, va haciendo tan fatigosa la lectura de novelas, que dentro de poco, y como las cosas continúen así, no van á tener razón de ser los antiguos clamores de los moralistas contra este género literario, puesto que más difícil se va haciendo la lectura de una novela (aun para gente avezada á lecturas largas y áridas), que la de un censo de población ó la de unas tablas de logaritmos.

»Es verdad, que temerosos de este daño, han procurado con excesiva frecuencia, Zola y los suyos, cargar sus novelas de especias picantes, que estimulen los paladares estragados. Y es triste decirlo, pero necesario. Las únicas novelas de Zola que han alcanzado verdadero éxito de librería, así en Francia como en España, son las que más ó menos están cargadas de escenas libidinosas. Si exceptuamos *Nana*, *Pot-Buile* y el *Assommoir*, todas las demás novelas de la serie de los *Rougon*, duermen el sueño de los justos en los estantes de las librerías de acá y de allá.

»Todo esto prueba, sin duda, lo soez y bestial del gusto del público; pero prueba también otra cosa peor, es á saber, el poco ó ningún respeto que los artistas tienen á la dignidad

de su arte, y la facilidad con que se dejan corromper y prostituir por su público. Yo no entraré en la escabrosísima cuestión ética, de si puede ó no tenerse por cosa inmoral la representación artística de vicios y torpezas hediondas, cuando esto se hace, no con el fin de enaltecerlos, sino con el de clavarlos en la picota. La intención social del autor puede ser sanísima, y de esto no disputo.

»El efecto que hagan en el lector tales pinturas, será un efecto individual y distinto, según la variedad de condiciones, temperamentos y edades. Pero sea lo que quiera del resultado ético de tales novelas, y aunque se diga, quizá con razón, que más que á malos pensamientos provocan á asco, siempre será verdad que el género es detestable, no ya por inmoral, sino por feo, repugnante, tabernario y extraño á toda cultura, así mundana como estética.

»Cuando se hacen cargos á los naturalistas por tales obras, responden siempre que el naturalismo no es eso, y tienen razón sin duda, y es una verdadera necedad de críticos adocenados el estribillo opuesto. Pero no es menos necedad que si *la doctrina* naturalista nada tiene que ver con semejantes horrores, la *práctica* de los naturalistas, lejos de rehuirlos, los busca con fruición, habiéndose llegado á crear dentro de la escuela una especie de derecho consuetudinario, que les autoriza y recomienda, y que hace creer á los mentecatos que la novela naturalista ha de ser forzosamente un arte de mancebía, de letrina y de presidio, como si sólo de tales lugares se compusiera este inmenso jardín de la naturaleza y de la vida.

»En obsequio á la verdad debe decirse que algo más que esto hay en la obra del mismo Zola, aunque mucho menos rica, interesante y variada que la inmortal *Comedia Humana* de Balzac. Por otra parte, aun en sus obras más licenciosas de expresión, sería verdadero ultraje (en que yo como adversario leal no quiero incurrir) confundir al autor de *Nana* con otros inmundos escritorzueros franceses, fabricantes de novelas afrodisiacas, cuyos títulos no deben manchar el papel.

»Harto tiene Zola con otros pecados más graves aun, por referirse á tendencias sistemáticas y extrañas al arte, cuya integridad corrompen, falseando la representación de la vida

humana, que el autor dice proponerse como único objetivo. Salta á la vista de todo el que haya recorrido sus libros, que el patriarca de la nueva escuela, sectario fanático, no ya del positivismo científico, sino de cierto materialismo de brocha gorda, del cual se deduce, como forzoso corolario, el *determinismo*, ó sea la negación pura y simple de la libertad humana, restringe deliberadamente su observación (y aun de ello se jacta) al campo de los instintos y de los impulsos inferiores de nuestra naturaleza, aspirando en todas ocasiones á poner de resalto la parte irracional, ó como él dice, *la bestia humana*. De donde resulta el que haga moverse á sus personajes como máquinas ó como víctimas fatales de dolencias hereditarias, y de crisis nerviosas, con lo cual, además de decapitarse al sér humano, se aniquila todo el interés dramático de la novela, que sólo puede resultar del conflicto de dos voluntades libres, ó de la lucha entre la libertad y la pasión.»

La autoridad reconocida de que en materias literarias goza el Sr. Menéndez Pelayo, nos impide á nosotros, modestísimos narradores de estas luchas tan frecuentes entre los hombres de letras, ampliar ni rectificar ninguno de los principios, con tanto vigor sustentados en los párrafos anteriores, por el dignísimo catedrático de Literatura. Solamente añadiremos, para concluir, que una gran parte de los que defienden la escuela naturalista, no la conocen. Confúndense de ordinario las acepciones realismo y naturalismo, considerándose por esta causa adeptos de Zola muchos que, en buena ley, únicamente tienen preferencias por la literatura realista. Ésta, es indudable que adquiere cada vez mayor importancia, y por lo mismo que rehuye toda exageración y se separa en absoluto de todo principio demagógico, dentro del arte, no promueve tan grande entusiasmo en las masas inconscientes (muy numerosas, por desgracia, en el terreno de las letras), como otros géneros de literatura; pero en cambio, tenemos por seguro que ha de andar más camino en menos tiempo, y ha de influir de manera más eficaz y provechosa en la cultura general de nuestro siglo.

Estos desordenados procedimientos, estas tendencias exageradas que de tiempo en tiempo se desarrollan, con más ó



menos fortuna, no son hechos parciales, aislados y sin ninguna relación con la ley que determina y regula el movimiento, en el orden literario. Como en el social, en el económico y en el político, hilos son todos de una misma madeja que el tiempo y la experiencia de los hombres han de desenredar más adelante, viniendo las cosas á fijarse en el punto donde deban permanecer, en relativo estado de reposo, una vez encontrado el equilibrio de tan distintas y encontradas fuerzas.

La novela naturalista, tal como hoy aparece, no será nunca más que uno de tantos ensayos que determinan los períodos de transición por que pasan todas las cosas, antes de afectar carácter definitivo; y así hemos llegado por iguales procedimientos, y como movidos por una fuerza irresistible, desde el clasicismo rígido, modelo de pulcritud académica, al romanticismo soñador é idealista, y de éste, al camino que busca la identidad entre la verdad y la belleza, punto de vista más conforme á razón que ningún otro, y desde el cual los horizontes del arte aparecen más puros y dilatados.

AUGUSTO CHARRO-HIDALGO.





## VARIEDADES

**M**OVIMIENTOS DEL SUELO.—El análisis de los movimientos del suelo con instrumentos especiales es rama bastante nueva de la física. Por mucho tiempo se ha creído que aquel análisis era imposible cuando no ocioso; pero hoy día se conoce la íntima relación que existe entre los movimientos del suelo y los fenómenos volcánicos, y así como se busca la manera de prever las tempestades por la observación diaria de las corrientes atmosféricas, se trata, en los países de naturaleza volcánica, de prever las convulsiones que tan á menudo causan muertes y ruinas. Hanse obtenido ya resultados muy interesantes en el estudio de los movimientos del suelo, siendo la sismografía una verdadera ciencia con método é instrumentos propios. Sorprende, al examinar las observaciones, que movimientos ligerísimos ocasionen efectos de tanta magnitud. En 1880 un temblor de tierra hizo que se bambolearan gran número de edificios en la ciudad de Yokohama, y, esto no obstante, la máxima distancia de separación de los puntos superficiales no pasó de quince milímetros.

No depende exclusivamente de este elemento la importancia de un temblor de tierra, es decir, no depende del espacio que en sentido vertical recorren los puntos de la superficie

terrestre, de la extensión del desplazamiento; depende también de la velocidad de este desplazamiento. Fácilmente se comprende, pues, que la fuerza viva crece como el cuadrado de la velocidad, y así se explica que mientras temblores de tierra que duran 30 y 40 segundos apenas son percibidos por la lentitud del movimiento, otros, en que no llega á moverse el suelo medio centímetro, causen grandes destrozos por la rapidez con que se efectúan.

De esta clase fué el temblor que, no há mucho, se sintió con sorpresa general en el condado de Essex, Inglaterra. Dicho temblor fué objeto de numerosas observaciones; empezó por una serie de estremecimientos muy débiles, coincidiendo con un ruido semejante al que produce el viento; produjéronse por segundo de seis á ocho choques de esta clase, todos ligeros. Después ocurrió el choque principal, siendo aproximadamente iguales las amplitudes de dos movimientos hacia arriba y de tres hacia abajo. La última fase fué una serie de pequeños movimientos irregulares, cada vez menos frecuentes.

Se ha imaginado alguna vez medir la fuerza de los temblores de tierra por la distancia á que son arrojados algunos cuerpos, pero pronto se nota cuán difícil es aquella medida. En todo movimiento de cierta extensión de la masa terrestre hay una fuerza viva que se disipa en choques, roturas y proyecciones sumamente variables. A menudo ocurre que no se perciben en las profundidades de los pozos de mina los movimientos de la superficie; en este caso, se pierde la fuerza viva, como la electricidad, por las puntas, en los edificios más elevados y en las partes más altas de estos edificios. En el último temblor de tierra del condado de Sussex, apenas se notó nada en Londres, excepto en lo alto de la torre de Westminster.

Rara vez se oye hablar de temblores de tierra sin que se hable también de ondas terrestres; los observadores se afanan por conocer la dirección del movimiento ondulatorio; pero los movimientos de la superficie terrestre ofrecen, por lo común, gran complicación, no siendo comparables á una simple sucesión de ondas paralelas.

Si pudiera seguirse con toda exactitud el movimiento de un punto durante un temblor de tierra, se encontrarían curvas de grado muy elevado. Habiendo puesto sobre arena muchas varitas verticales, se ha visto que, al terminar un temblor de tierra, estaban caídas en todas direcciones, sin que pudiera adivinarse ni asomo de ley en la acción de la fuerza que las derribó.

El estudio de la sismografía está aún poco adelantado; para concluir reseñaremos el trabajo que hizo Mr. Bouquet de la Grye, cuando observó el paso de Venus por el disco solar. Instaló un sismógrafo multiplicador (que ha descrito en su Memoria dirigida á la Academia de ciencias de París), el cual, en resumen, es como sigue:

El instrumento se compone de dos partes: un péndulo y una balanza multiplicadora. El péndulo lo forma una esfera unida al extremo de un alambre de acero suspendido por el otro extremo de una escuadra, fija en una pared gruesa. Debajo de la esferita está atornillada una pieza de cobre por la que resbala, con frotación suave, una varilla de acero pulimentado, cuya longitud se determina mediante un tornillo de presión. El cuchillo de la balanza hállase sustituido por una punta de acero que descansa sobre una cornalina unida á otra escuadra fija en la pared. Cuatro pesos compensadores atornillados á las ramas superiores sirven para hacer coincidir el centro de gravedad de la balanza con la punta en que se apoya.

Para poner en contacto la varilla de la esferita con la balanza, se introduce aquélla en una abertura triangular formada de dos partes cortadas en bisel, una de ellas movable. Colocada la varilla en dicha abertura se mantiene fija, merced á la presión de un resorte. Cuando se mueve la esferita, resultan amplificados sus movimientos según la relación de las longitudes de los brazos de la palanca, en la extremidad de la varilla vertical de la balanza. Así se logra multiplicar las desviaciones considerablemente.

Este aparato permite comprobar los movimientos del péndulo debidos á la influencia solar, durante las veinticuatro horas, así como los movimientos debidos á la influencia de

la luna. Fijémonos tan sólo en los movimientos anormales del péndulo; en veintinueve días hicieron aparentes estos movimientos 22 oscilaciones del suelo, deduciendo de su análisis Bouquet de la Grye que la media de los movimientos se verificó de NE. á SE. en Puebla—punto en que dispuso el instrumento—cuya dirección coincide con la de la cadena de Popocatepelt. Durante las observaciones, los habitantes de Puebla únicamente advirtieron una sacudida, por lo cual se ve que la sensibilidad del instrumento construído por de la Grye le permite revelar los movimientos del suelo que escapan á nuestros sentidos. En ciertas regiones tales movimientos son casi continuos; la envoltente de la tierra no tiene estabilidad absoluta, poseyendo una especie de elasticidad que actúa á toda hora.

Péndulos semejantes al que se acaba de describir, observados atentamente, quizás proporcionasen útiles nociones sobre el movimiento de la corteza terrestre y el fenómeno de las marcas.

\*  
\* \*

EXPLORACIÓN DEL KRAKATOA.—El Ministro de Instrucción pública de Francia comisionó á los Sres. Cotteau y Korthals, individuos de la Sociedad geográfica, para que explorasen el volcán Krakatoa, cuya última terrible erupción ya hemos descrito. De la Memoria que han presentado dichos viajeros copiamos los párrafos siguientes:

«A medida que nos acercábamos al Krakatoa, nos parecía que el volcán estaba envuelto por una humareda blanquecina. Todos creíamos que se desprendían vapores de las hendiduras de la pared vertical que termina bruscamente la montaña por el lado Norte; se elevaban con lentitud coronando, á modo de ligera nube, la cúspide cuya altura es de 822 metros.

»Desde el puente del buque nos hallábamos convencidos de que teníamos ante nosotros fumarolas, prueba clara de que el volcán estaba aún en actividad. Pero después, habiénd-

donos acercado en una lancha, vimos que las pretensas hendiduras eran simples barrancos, y que lo que tomábamos por vapores no era otra cosa sino la polvareda producida por las piedras al rodar incesantemente por las pendientes rápidas. Al mismo tiempo oíase un ruido continuado, semejante al de lejanas descargas de fusilería, y distinguíamos piedras de regular tamaño, que giraban en el aire acabando por caer al mar. Notábase que al tocar aquellos proyectiles un terreno friable, se disgregaban; las porciones pesadas se derrumban en avalanchas, en cascadas de arena de color oscuro, y las porciones ligeras, compuestas de cenizas grises, se remontan formando nubes y son arrastradas por la brisa.

»Apesar del evidente peligro—un marinero acababa de sufrir una contusión en una pierna por el choque de una piedra del tamaño de una naranjita, al propio tiempo que un bloque del tamaño de un obús caía á pocos metros de la lancha,—conseguimos acercarnos á la misma base de la montaña y recoger en varios puntos ejemplares de rocas.

»Por la tarde visitamos la isla Verlaten, canastillo de verdura en otra época, cubierta ahora uniformemente por una capa de cenizas solidificadas, de unos treinta metros de espesor. Las profundas grietas, ensanchadas por la acción de las lluvias que surcan su superficie, le dan de lejos el aspecto de un glaciar. ¡Lástima que no hubiese tenido su bienhechora frescura! La superficie se ha duplicado á consecuencia de la última erupción.

»El 27 volvimos á Krakatoa; habíamos logrado descubrir un punto abordable, desde donde era posible estudiar sin peligro la naturaleza de las rocas y demás materias arrojadas por el volcán. En tierra no hemos encontrado ningún otro vestigio de vida vegetal ó animal, excepto una sola arañita. Nos ha parecido que la capa de cenizas solidificadas alcanza en ciertos sitios de 60 á 80 metros de espesor.

»A dos kilómetros de la orilla actual se levanta, algunos metros sobre el nivel del mar, una roca negra: es el último resto de la porción sumergida.

»En resumen, nuestro viaje ha permitido comprobar dos hechos: 1.º, la desaparición de las islas nuevas; 2.º, el fin

del período eruptivo del Krakatoa. Porque, respecto á este particular, creíase generalmente en Batavia que las nubes que flotan sobre el volcán eran resultado de emanaciones gaseosas, cuando en realidad no son sino polvaredas producidas por la caída de los materiales que tienden á disgregarse bajo la acción directa del sol. Este fenómeno alcanza su máximum de intensidad desde medio día hasta las tres de la tarde, y parece que cesa al oscurecer. Durante la noche no oímos ningún ruido.»

R. ALVAREZ SEREIX.





# SATANELLA

POR

G.-I. WHYTE MELVILLE

CONTINUACIÓN (I)



MIRAD cómo se empujan los muchachos alrededor de la gran banquetta; parece un hervidero—dijo Súllivan al mismo tiempo que examinaba el campo de la carrera, quitándose el sol con el ala de su ancho sombrero.—Allí es donde ha de negarse probablemente el inglés, y si llega á caer uno, cuarenta caerán unos sobre otros como los cerdos de Brían O'Rafferty. ¿Se mantendrá firme el capitán y sabrá dar rienda en el momento preciso en que su ojo descubra el pedazo de tierra sobre el cual ha de poner la yegua su pie?

—Os aseguro que sí—contestó Dionisio.—El capitán sabrá contenerla fácilmente hasta el momento oportuno, y cuando la suelte... ¡frrr! ¡*Begorra!* Ni toda la policía, ni todos los *constables* del condado serían capaces de detenerla. Os digo que esta yegua negra... Pero, silencio, callemos. Aquí viene gente de importancia y se dirige á la tribuna. Aquí sí que

(I) Véase la pág. 470 del tomo anterior.



hay raza, Sr. Súllivan, belleza, valor y, sobre todo, sangre vieja.

El irlandés no era mal juez en materia de aspecto, ya se tratase de un hombre, ya de un caballo. Cuando el tratante del Roscommon hacía esta advertencia, la Srta. Douglas bajaba del coche de Lady Mary Macormac para ir á ocupar un sitio en la tribuna. Su particular belleza, el cabal imperio que sobre sí misma tenía, la mezcla de gracia y orgullo que brillaba en su porte y todas las seducciones de su persona, en una palabra, se apreciaban y admiraban por los asistentes, como nunca había sucedido en la otra parte del canal, apesar de todos los triunfos allá alcanzados.

La muchedumbre parecía ya ronca de tanto gritar. El Lugar-Teniente había llegado media hora antes con la exactitud que es la cortesía de los grandes. Como era un Virrey muy laborioso, cuya única distracción consistía en cabalgar por las carreteras de su país adoptivo, se entretenía ahora en hacer saltar á su caballo, detrás de los corredores, por satisfacción suya personal y con inmensa alegría de los irlandeses que le miraban. Al verle saltar una pared de cinco pies de alto, encima de la cual su ayudante de campo se apeó por las orejas, todos saludaron aquella proeza con una aclamación que hubiera podido oirse en Naas. Los irlandeses sacan conclusiones á manera de las mujeres, y suelen también á veces, como éstas, tener razón. Que un hombre de Estado sea tenido por justo y bueno sólo por la circunstancia de ser un hábil jinete, es un aserto cuyo fundamento parece difícil de demostrar, y, sin embargo, aquellas almas agrestes é ignorantes creían instintivamente que un corazón inclinado á simpatizar con la alegría y la tristeza, un valor siempre dispuesto á desarrollarse en el juego y en el trabajo, en la pena y en el peligro, son las garantías más fuertes é inalterables que revelan un buen gobernante.

Así es que los gritos de ¡viva Su Excelencia el Lugar-Teniente! eran, no sólo ruidosos, sino cordiales. En cuanto á Su Excelencia la esposa del Lugar-Teniente, es inútil decir que su aparición puso á los irlandeses, esas naturalezas sensibles y caballerescas, absolutamente fuera de sí mismos, y

dieron verdaderos aullidos en sus trasportes de admiración y entusiasmo.

Pero sobraban todavía los deseos de aplaudir, y la señorita Douglas no pudo contener un estremecimiento de triunfo al tomar sitio en la tribuna de las señoras y al observar que un mocetón llamado Tipperary decía en alta voz:

—Dime, Larry, si tú la cortejases, ¿no echarías tu chaqueta en el suelo para que le sirviese de alfombra? Apostaría á que nacen flores en los sitios donde ha puesto el pie.

A lo cual contestó Larry:

—¡Lléveme el diablo si me atrevo á hacerle la corte! Más vale que me quede donde estoy.

La llegada de la sociedad de Cormac vino á añadir un importante refuerzo á la tribuna. Ni la Sra. Lushington, ni Norah Macormac tuvieron que quejarse de la indiferencia del público, y el General hasta llegó á experimentar cierto orgullo mezclado con una vaga inquietud al ver que las miradas de cien hombres se fijaban en Satanella, mientras que muchas voces femeninas murmuraban:

—¿Quién es esa joven alta, de cabellos negros, tan esbelta y cuya fisonomía tiene un sello tan particular?

Y se engrería él de ser su servicial caballero, llevando su abrigo, su sombrilla y sus gemelos. Buscó con afán para ella el mejor sitio desde donde pudiera ver las carreras, pidió la lista de los caballos que corrían y llegó á ponerse en actitud de estudiarla, aunque no tenía más que una idea muy vaga de las respectivas probabilidades.

Precisamente acababa entonces de empezar un *match* entre *Comether*, de Mr. Mac Dermott, y *Molly Maguire*, del capitán Conelly; carrera de poco interés para la generalidad del público, pero que producía viva emoción entre los amigos de ambos propietarios. *Molly Maguire* había sido criado en Naas..., á un tiro de pistola de Punchestown, y *Comether* era el orgullo de las famosas carreras del Oeste, tan célebres en otro tiempo bajo el nombre de Blazers. Cada uno iba montado por un buen sportsman, representante popular del distrito al que el animal pertenecía. El caballito de Galway fué el primero en toda la carrera; saltó como un gamo, acabó

como un gallo de riña; pero vencido en la última lucha, fué aventajado en una longitud, en medio de una tempestad de clamores.

La muchedumbre estaba maravillada, y la gente de pro aplaudía con mucho más entusiasmo que el que se acostumbra en Bedford ó en Lincoln. Una encantadora muchacha de Galway cuyos ojos eran de aquel admirable azul que solo puede dar el reflejo del Atlántico, expresó el deseo de dar un beso al valiente caballito que había sido vencido, y se sonrojó como una grana cuando un galante alférez de caballería le ofreció prestarse él á llevar aquella recompensa á la cuadra del vencido... Las barracas se vaciaron del todo, arrojando al campo de la carrera una multitud calenturienta. Las vociferaciones de las apuestas aturdían y todo el mundo se preparaba á la gran carrera del día:

El UNITED SERVICE HANDICAP; *para caballos de todas edades, garantiza la propiedad de oficiales que hayan obtenido una comisión de S. M. durante los diez últimos años. Gentlemen riders. Las mismas reglas que para las carreras de Kildare.*

El Betting florece, por desgracia, en cada reunión, y ni siquiera Punchestown se ve exento de las visitas de una cofradía que sostiene tal vez las carreras hasta cierto punto, pero de la cual, según la opinión de más de un gentlemán irlandés, es preferible oír hablar que rozarse con ella. En esta ocasión hacía más ruido que negocio; pero entre los verdaderos aficionados de sport, desde los de la clase elevada, desde las damas de arrogante porte que brillaban en la tribuna, hasta los mozos que guardaban los caballos de los labradores detrás de las barracas y hacían también entre ellos pequeñas apuestas, la especulación era general, lo mismo en guantes franceses que en muselinas de Irlanda, ó en piezas de seis pence y en vasos de ponche. Hombres y mujeres tenían todos su favorito particular á quien aclamaban, apostando por él poco ó mucho.

Esta carrera excitaba un vivo interés desde que se había organizado. La cifra de entrada era crecida, las condiciones excelentes, y una buena suma tenía que añadirse al premio: habíanse puesto pesos considerables en los corredores, y el

programa mencionaba muchos caballos que no habían tomado todavía parte en ninguna carrera. Bajo estos diferentes conceptos el *United Service Handicap* constituía el importante suceso de la reunión.

Los buenos amigos no se abandonan nunca. Dionisio, invenciblemente atraído hacia la gran banquetta, fué á instalarse en un sitio desde el que le fuese posible saltar con la imaginación el obstáculo con cada caballo que se presentase. En cuanto al Sr. Súllivan, mucho más práctico, ocupaba su puesto de costumbre desde donde podía abarcar el poste de llegada, lo que le permitía apreciar el valor del que ganaba ó del que perdía por medio de los esfuerzos del último momento.

Pero nadie estaba mejor colocado que Blanca Douglas y Norah Macormac. Norah conocía el punto exacto de la tribuna, desde el cual podía verse mejor todo. Norah, como amiga franca y sincera, insistió para que Blanca ocupase aquel sitio, y quiso ella sentarse á su lado. El General apoyó sus codos detrás de ellas, y un poco más arriba la Sra. Lushington se colocó sobre un montón de almohadones, porque tenía los pies muy lindos, y hubiera sido una lástima tenerlos escondidos debajo de los faldas.

Sonó una campanada y la pista se despejó; un palafranero montado en un caballo cubierto hasta las corbas, y encapuchado hasta la muserola, que tomaron sin razón por la favorita, se lanzó á lo largo de la pista con notable seguridad, mientras un perro extraviado recibía una grito, una vieja muy gorda era silbada y se fijaba la lista de los concurrentes.

—Uno, dos, cinco, siete, ocho, nueve, once, quince, y no hay otro ajuste hasta veintidos —¡Qué campo!—exclamó el General, añadiendo luego con galantería:—¿Por cuáles apuestan VV., señoras? Por los pares ó por los impares? Estoy pronto á haceros la contra por lo que gustéis, guantes ó sombreros.

Las dos jóvenes se miraron.

—Quiero apostar por *Satanella*—era la frase que estaba en los labios de ambas; pero ninguna de ellas se atrevía.

En aquel momento Macormac con calzones y botas de montar, lleno de barro hasta la cintura, y sin aliento, pero

risueño y hasta radiante de buen humor, subió rápidamente las gradas de la tribuna.

—Mira, Norah—dijo,—acabo de dejar á Sir Giles. Está poniendo él mismo la brida á *Leprauchan* y la gota que en las manos padece, le hace llevar á cabo con mucha torpeza este trabajo. Apostad por el bayo, Srta. Douglas. Hele aquí, que viene. Mirad qué pasos da. Ese buen mozo es el que ha de ganar.

Mientras que así hablaba, el gran caballo bayo oscuro *Leprauchan*, con tres piernas blancas, bajaba á la pista como una locomotora. Nunca la gamarra, aunque hubiesen puesto la hebilla las experimentadas manos que entonces le regían, había podido colocar su cabeza en el ángulo conveniente; pero aunque corría como si tratase de buscar una estrella en el cielo, no tropezaba, conservaba su admirable andar, notablemente en un terreno movedizo y podía no parar así en ocho días.

—¡Hié!... ¡hié!...—gritaba su *jockey* levantándose enteramente sobre sus estribos, para dirigirle con un pequeño galop preparatorio por enmedio de la muchedumbre.

—¡Hié!... ¡hié!...—repetieron media docena de voces detrás de él.

Carreristas y más carreristas pasaron á su lado unos á derecha y otros á izquierda, ataviados con todos los colores del arco iris.

—Aquí tenéis vuestra tarjeta dispuesta, Srta. Douglas,—dijo el General, después de una seria conversación de algunos minutos con un *jackeen* á quien se había visto en consulta con *Súllivan*.—Tengo los más exactos informes por medio de un amigo mío: el triunfante ha de ser uno de estos cuatro: *Leprauchan*, *Shaneen*, *Saint-George* ó *Satanella*. Si el inglés no cae, tiene asegurada la victoria.

—¡Tengo que apostar por *Satanella*!—no pudo menos de exclamar la Srta. Douglas.

Estas palabras hicieron que el General tomase una actitud grave, y que Norah diese á su amiga un golpecito de aprobación en la mano.

—Enviad alguien al *ring*, General, para que se informe de

la cotización, y poned diez libras á la par, si nada mejor puede hacerse.

—Quisiera ir á medias con vos—dijo Norah animándose.

—Está entendido, querida—replicó la Srta. Douglas.— Vos y yo deseamos que gane, y en todo caso los buenos deseos no pueden perjudicar al pobre muchacho.

—¡Miradle! ya está aquí—repuso Norah.

Y mientras que hablaba, vióse en efecto que *Satanella* avanzaba hacia el campo de la carrera, trotando en libertad, jugando con su freno é inclinando la cabeza á un lado, como para contestar á las caricias que Bellorita prodigaba con mano liberal á su hermoso cuello.

La yegua era hermosa como una estrella; estaba perfectamente preparada; su pelo tenía la brillantez de la seda, sus músculos eran salientes, sus costillas apenas visibles, y aunque trotaba con alguna rigidez en la rodilla, tenía el andar furtivo y ligero de una gata.

La primera cualidad de un jinete es prestarse á todos los movimientos de su cabalgadura; pero ésta perfección en montar se manifiesta de un modo mucho más aparente cuando ambos se han preparado juntos y el hombre ha llegado á tal resultado efectuando carreras y galopes con el animal durante muchos días consecutivos. Tal era el caso de Bellorita. *Satanella* unía á una boca muy sensible un temperamento particular é irritable. Hubiera bastado para destruir la obra de mucho tiempo, que su brida se hubiese encontrado durante una hora en manos extrañas. Por esta razón, nadie más que Bellorita la había montado desde hacía muchas semanas, y se hubiera dicho, al verlos correr juntos por el campo de la carrera, que todo era una ingeniosa máquina cuyas partes se movían á la vez por medio de un ingenioso resorte.

—Es un elegante jinete—murmuró Súllivan, que había apostado por *Leprauchan*;—un jinete capaz de dar y tomar, y de atraerse todas las simpatías cuando haya que dar saltos. Pero—añadió—no es probable que ambos resistan una algarabía como ésta. ¿Por qué no se habrá apeado el capitán como los otros?

La aparición de la yegua negra provocó tal admiración,

sobre todo cuando se lanzó al galope y Bellorita con una coquetería perdonable se volvió para saludar á las señoras que le sonreían desde la tribuna, que pocas personas, excepción hecha de algunas interesadas, se fijaron en un caballito seco y nervioso que seguía á la favorita con un andar suave y tranquilo.

Aquel modesto animalito no tenía por embocadura más que una sencilla brida, sin muserola. Tenía el aspecto tan pacífico como un cordero y tan dócil como un perro. Para la gente que no sabe apreciar un caballo de una ojeada, nada de particular ofrecía; pero un personaje del acompañamiento del Virrey, dejó, al verlo, la tribuna de Su Excelencia y bajó á la pista con una placentera sonrisa, pronunciándose todavía más su satisfacción cuando volvió á su sitio declarando que había puesto veinte y cinco libras por *Shaneen* y que éste era cotizado á cuatro por uno.

Habiendo observado Sullivan que el animalito alargaba su paso, mientras que sus sutiles orejas se estremecían al oír los pasos de otro caballo que detrás de él galopaba, torció su boca con algunas muecas cómicas y murmuró para sí:

—Si lo hubiese mirado bien el viejo Sir Giles, no se habría manifestado quizás tan generoso en sus ofrecimientos por ese mal borriquillo.

De todos los favoritos que se sucedían á galope tendido en un rápido desfile, el que más llamaba la atención de las tribunas era *Saint George*, caballo bayo de extraordinaria belleza. Tenía el rico color y la imponente talla de la raza de *King Tom*, con mancha blanca en los pies y estrella blanca en la frente. Así que se presentó con su jockey de casaca escarlata, todas las señoras eran partidarias suyas, como decía Macormac. Propiedad de un popular noble inglés, aquel elemento obligado en todas las grandes cacerías, de sangre selecta, poder y calidad, montado por un jockey gran maestro en el arte de la equitación, era con justicia el favorito de la gente de las tribunas y también del ring. No había probablemente más que dos personas que deseaban que se rompiese el cuello en el primer obstáculo, y esas dos personas estaban en la tribuna de las señoras.

—Ya están todos pesados y montados ahora, menos uno—observó el General repasando su programa.—¿Quién es? ¿*Fandango*? Sí, es *Fandango*; ya llega. ¡Qué horrible casa-ca! Pero, apesar de todo, os aconsejo que apostéis por él.

—Es en último resultado un buen caballo de una milla, General—observó el personaje de rostro risueño que había apostado por *Shaneen*;—pero no pretende ganar aquí, y aunque lo pretendiese, no podría: lo lanzan sencillamente para que fuerce la carrera de *Saint George*.

—¡Qué precioso golpe de vista!—exclamaron las señoras cuando unos veinte caballos montados por los mejores jinetes del mundo se hubieron alineado delante de la tribuna.

Los caballos en su mayor parte estaban más tranquilos de lo que era de esperar, y sólo tres ó cuatro se manifestaban muy nerviosos é impacientes. *Satanella* se distinguía entre estos últimos por su insubordinación, contrastando singularmente su actitud con la del pequeño *Shaneen*, que permanecía inmóvil como un poste, jugando con su freno durante dos ó tres falsas partidas, hasta que la bandera hubo bajado del todo. Entonces partió como una liebre. Ganase ó perdiese, el jockey de *Shaneen* tenía la seguridad de dar una buena carrera.

—¡Ya corren todos!—exclamó el General sacando los gemelos de su estuche.

Un joven oficial se precipitó entonces fuera del peso, anunciando con voz entrecortada:

—¡La yegua es primera favorita y se cotiza á tres contra uno!

—¿Quién anda á la cabeza? —preguntaban por todas partes.—¡Van como el viento! ¡Es *Fandango*!... ¿Puede concebirse que puedan saltar después de tan brioso arranque?

Sin embargo, no hubo ninguna falta en el primer obstáculo; á los espectadores de las tribunas les pareció que todos los caballos lo habían abordado de frente, habiendo levantado simultáneamente sus grupas y saltado, rechazando con sus pies traseros y con la rapidez del rayo el declive, para lanzarse allá más veloces todavía. Pero pronto, y aunque presentaba el terreno una inclinación favorable, cinco



ó seis iban desprendiéndose del pelotón y tomaban la delantera á los otros.

—Todavía *Fandango* lleva ventaja en la carrera—dijo el General, mirando con su antejo el teatro de la lucha y pensando en alta voz, como suele suceder en tales casos.—Los que de más cerca le siguen son *Saint George* y *Satanella*. Sí, sí... ¡No me engañaba! El caballito de color de barro, ese *Shaneen*, llega el cuarto. ¡Bueno! ¡Ya cayó uno!.. ¡Otro, otro ha caído también!... Temo que se haya hecho daño este pobre muchacho... ¡Ten libre ese caballo que sigue galopando con los demás!... ¡Muy bien! Ya han saltado todos el río... *Saint George* es el segundo... ¡Qué buen corredor!.. Ya llegan á la banqueta.

Como la banqueta está muy distante de las tribunas, coloquémonos ahora junto al buen labrador del Roscommon, en el césped de aquella altura que la domina y desde la cuál veremos el magnífico espectáculo que á la vista ofrece un grupo de caballos, abordando á toda velocidad y sin peligro semejante obstáculo.

—¡*Augh*, capitán! ¡Por amor de Dios y de la Virgen, firmes ahora!—aulló Dionisio, como si Bellorita, que pasaba á más de un cuarto de milla é iba como el viento, hubiese podido oírle.—¡Bien por el caballito que los lleva á todos en zaga! Pero no, el inglés le adelanta. ¡Eh! ¡agarraos á la cabeza, imbécil! No verá nunca que ha de cambiar de paso si le lleváis de esta manera... ¡Vamos, capitán, soltad la mano á la yegua, que va admirablemente!... Y el pequeño *Shaneen* está en la misma línea que ella... ¡Ah! Muy bien el escarlata, vive Dios; este es un salto que os honra... ¡Patatrás!.. ¡Hase visto nunca semejante caída?

Hubo, en efecto, una caída pesada y espantosa. *Saint George*, cuya educación se había verificado por el método de su país adoptivo, podía, con toda seguridad, cambiar de pies en la cresta del más estrecho declive. Ante los anteriores obstáculos había sorprendido á su jockey y á los demás corredores con la presteza y oportunidad de su brío; pero, después de saltar el río, su sangre se encendió. Podía andar rudamente en caso necesario. A diez longitudes de la gran

banqueta no obedecía ya á la mano de su jinete é iba con toda la velocidad de que era capaz. En aquel momento había gritado Dionisio al jockey que se agarrase á la cabeza de su cabalgadura; pero, apesar de toda su habilidad, porque era en extremo listo, sus esfuerzos fueron impotentes y su caballo se arrebató.

Al ver la enorme dimensión del salto que se le presentaba, *Saint George* tomó un andar aún más furioso, y con un salto sin ejemplo de unas once yardas, saltó del que ha quedado memoria en el país, pasó por encima de todo, declive de ancha cresta y doble foso, y sólo debió á la destreza excepcional de su jockey y al instinto de conservación el poder realizar tan extraordinaria proeza. Pero, por desgracia, el suelo en que tomó tierra estaba removido, hizo penacho y... ¡el noble y valiente corcel *Saint George* rodó por el suelo con una pierna rota para no volverse á levantar nunca!

La carrera cambió entonces de aspecto. *Fandango* se quedó con aquel golpe á última fila, no teniendo ya nada que hacer después de la ausencia de su compañero de cuadra; y en verdad, había ya dado de sí lo que podía antes de haber recorrido la mitad de la distancia. El accidente de *Saint-George* había disminuído un poco la velocidad de la carrera, y cuando los caballos saltaron casi á un mismo tiempo por encima del muro, nadie pudo dudar que la lucha quedaba circunscrita entre los tres que figuraban á la cabeza: *Leprauchan*, *Satanella* y *Shaneen*. Y la yegua negra era la que parecía menos cansada y más dispuesta á correr, á juicio de los espectadores de las tribunas. En el ring las apuestas en su favor aumentaban.

Bellorita había formado anticipadamente su plan, y todo había marchado hasta entonces según sus deseos. Tenía ciega confianza en las fuerzas que reservadas tenía *Satanella*, y se había propuesto ganar á una milla del poste, si conseguía dirigir la carrera de una manera conveniente. Por esto, después de haber saltado el muro, desplegó más velocidad que nunca. Los saltos eran fáciles, la inclinación del terreno favorecía la marcha, y la yegua impresionaba visiblemente á *Leprauchan*, que se mantenía, sin embargo, en la misma línea,

mientras que el pequeño *Shaneen*, algo más atrás, no aumentaba ni disminuía su distancia, pero seguía galopando obstinada y exactamente de la misma manera que al principio.

—¡Nunca se ha visto correr tan pronto un steeple-chase!— decían en la tribuna.—Parece que estamos en LÍverpool.

—No puede ya seguir—pensaba el jockey de *Leprauchan*, viendo que su bayo oscuro empezaba á rodar.—Gracias á que pueda yo permanecer al lado de éstos; pero se cansará al cabo, y me quedaré detrás.

Estaba levantado su látigo cuando dieron la vuelta para la llegada, y la lucha que tuvo que sostener con su caballo para hacerle saltar el último obstáculo, le hizo perder una longitud por lo menos.

—¡*Leprauchan* está vencido!—gritó la muchedumbre.—¡Gana *Satanella*! Acabóse todo... ¡Viva la yegua! ¡la yegua!... ¡la yegua!...

Blanca Douglas tenía la palidez de un cadáver, y á Norah se le saltaron las lágrimas.

*Satanella* se acercaba al término con *Shaneen*, que ya había dejado atrás á *Leprauchan*.

Entonces hubo uno de los sucesos fortuitos que, á despecho de todos los cuidados y previsiones imaginables, no pueden remediarse ni presentirse.

La impaciente multitud había invadido la pista, y una anciana resbaló, viniendo á caer justamente delante de la yegua con un niño que llevaba en brazos.

Bellorita, para no atropellarlos, imprimió á la rienda una sacudida brusca que salvó la vida á la vieja y le hizo perder á él unos veinte pies de terreno. Del primer salto, *Shaneen* llegó entonces con su cabeza á las piernas de *Satanella*, y en el tercero, su morena nariz estaba ya al nivel del pecho de su rival.

Bellorita que, desde el principio de la carrera no se había servido de las espuelas ni del látigo, los empleó en aquel momento, y la yegua respondió á su llamamiento; pero el mal caballito la acompañaba siempre á menor distancia de una pulgada.

—¡Esa sí que es carrera!—gritaban los espectadores.—

El caballito llega antes y la gana!... No, no; la yegua no se dejará adelantar... ¡Animo, Bellowita, firme!... ¡Vamos, Satanella! ¡Vamos, Shaneen!... ¿Hase visto nunca una lucha como ésta? Parece que el cuello y la cabeza de este último están pegados al cuello y á la cabeza de la otra... ¡Vive Dios! Esta carrera es nula... ¡esto es un *dead heat*!

Sin embargo, los jueces opinaron que *Shaneen* había ganado; y solamente después de haberse proclamado el resultado de la carrera, Bellowita y los que por él habían apostado supieron que *Satanella* no había obtenido más que el puesto segundo.

Respecto de *Leprauchan* y de los demás, habían llegado por grupos de dos y tres, arrastrando la pierna. Nadie se cuidaba de ellos. No había allí ojos más que para mirar al caballito moreno que había vencido á la favorita.

(Continuará.)





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR.



RISTE política la de última hora en España! Llámase la política del cólera.

No puede menos de ser paradógica, para todos los que desconozcan las intemperancias de nuestros partidos, la afirmación de que la crónica de estos últimos quince días puede resumirse en el nombre de la implacable enfermedad que tiene su emponzoñado origen en la India. Y, sin embargo, nada es más cierto. Las oposiciones han dado el espectáculo más lastimoso que pudiera desearse, eligiendo para campo de enconada é irracional contienda la pavorosa epidemia que amenaza la salud pública en España.

Cuando un contagio que causa estragos en Europa, segando vidas y quebrantando fortunas, hace su primera aparición en la Península; cuando el Gobierno, en previsión de inmensos males, necesita de toda su solicitud y energía y busca apoyo en la abnegación de los ciudadanos, entidades malévolas se

burlan de las zozobras de las familias y esgrimen con furor belicoso y exageración inaudita armas de mala ley contra medidas preventivas que la inmensa mayoría del pueblo español bendice.

Las disquisiciones bizantinas, los epigramas y malignidades de opuestos bandos en tiempos normales, nada significan comparado con esa campaña ridícula, si no fuera inicua, en medio de hospitales y lazaretos.

Cuando es un hecho que los estragos de la enfermedad levantina invadieron la ciudad de Tolón, importados por un buque de guerra procedente del Tong-King, y los prófugos de Tolón infestaron Marsella y varias importantes ciudades francesas; cuando todo el mundo sabe que á la imprevisión de las autoridades marítimas de Francia y á la emigración consiguiente de las aterradas familias debe Italia las horribles mortandades de Nápoles y de Spezia; cuando resulta averiguado que en Novelda, en Monforte, en Balaguer y en Alicante han burlado las prescripciones sanitarias procedencias de puntos infestados, y los facultativos más eminentes del mundo proclaman que el cólera asiático sólo puede trasmitirse por contagio inmediato ó mediato, vienen algunos hombres de la política *malgré tout* á decirnos, haciendo coro con mercaderes del otro lado del Pirineo, que los acordonamientos y cuarentenas de nada sirven y que nuestros vecinos tienen razón para afirmar que el África empieza del lado acá de la frontera francesa.

Los sentimientos de filantropía y los de patriotismo deben al parecer sacrificarse á algunas transacciones mercantiles, ante algunas monedas de lucro ó á la voz del santo y seña dado en los conciliábulos del egoísmo. Imposible parece que las pasiones lleven á tal extremo; pero esto es lo que se llama aquí oposición y política.

Si los centros ministeriales, reflejando una triste realidad, indican algo de lo que pasa en un punto contaminado, lo niegan en seguida y rotundamente determinados periódicos, sin más razón que la de haberlo consignado la prensa conservadora. Si eminencias científicas declaran que es cólera la epidemia reinante en Novelda, nada cuesta desautorizar á médicos ilustres y barajar la gravísima cuestión de salud pública con la de elecciones y otros intereses secundarios de los partidos. En cambio, si el Gobierno, en lugar de las celosas medidas que se le censuran, se hubiese cruzado de brazos y tuviésemos, como muy probablemente tendríamos, la epidemia asolando ya muchas ciudades y muchas campiñas como en épocas pasadas, ¿qué no se diría, y con razón, entonces de la imprevisión gubernamental que no cuidaba de contener la enfermedad en sus principales focos, y todo lo desamparaba dejando libres las costas y fronteras?

De parte de las medidas preventivas está la opinión general, y mal andan los que por otro camino pretenden agradecimiento y proselitismo. Así lo han comprendido algunos opositores más prudentes.

«Hemos censurado—dicen—el que se haga arma política de una tan grande aflicción del país para combatir al Gobierno, y no hemos de incurrir en el error que hemos reprobado.

Más aún, hablando con toda sinceridad, reconocemos que la inmensa mayoría de la opinión ajena á las contiendas del partido, aplaude hoy la rigurosa severidad y la infatigable diligencia del Sr. Ministro de la Gobernación. Por más que sean patentes algunas faltas en los lazaretos y el desorden natural en la improvisada defensa contra la invasión, es imposible haber hecho más en menos tiempo para tranquilizar los ánimos perturbados por un pánico indescriptible y para contener la importación del contagio, cuyos fugitivos, en sus pri-

meras dispersiones, habían llegado ya á los últimos límites de la Península, no deteniendo alguno su vertiginosa fuga hasta las costas de Finisterre.

El desorden experimentado y las quejas, muchas de ellas fundadísimas, apenas son eco siquiera del desorden y las lamentaciones que registra estos días la prensa de Italia; y en realidad bastaría para aplazar las censuras y recriminaciones hasta que renazca la calma, el imaginarse los peligros y males que tal vez sufriríamos ahora de no haberse adoptado las duras medidas de precaución puestas en práctica por el Gobierno.»

Así aplauden las gentes la energía desplegada para contener la epidemia por el Ministro de la Gobernación y por las autoridades y empleados llamados á secundarle y á emplear todos los recursos que recomiendan la ciencia y el buen sentido para evitar en lo posible que se extienda por nuestra patria esa terrible calamidad que tantos desastres causa en Nápoles, y que, por imprudencias incalificables, ha asomado en algunas poblaciones españolas.

¿Qué importa la vocería de un mal contenido despacho ante el aplauso de un pueblo noble, sensato é incapaz de reproducir, en medio de sus mayores desgracias, las lamentables escenas de desenfreno que han presenciado Tolón y otras ciudades que se nos citan como modelo?

\*  
\* \*

Las tristes novedades de que ya cansa hablar, han precipitado el regreso de la corte, suspendiendo impensadamente el regocijo de las costas de Galicia, Asturias y Guipúzcoa.

Pero no las de la Rioja, en cuya pequeña capital ha debido



hacer su triunfante entrada el leader del fusionismo, después de su célebre campaña de Zarauz.

El Sr. Sagasta habrá sido recibido en Logroño por el comité de su partido, haciéndose disparos de cañón con unas piezas que el Príncipe de Vergara regaló al Ayuntamiento de la localidad... Además se iban á disparar bombas de pirotecnia y 60 docenas de cohetes... Se habían levantado arcos; varias músicas tocarían por las calles y acompañarían á su casa desde la estación al Sr. Sagasta. Los comercios estarían cerrados y colgados los balcones. Por la noche habría serenatas de músicas militares y bandurrias. Se le habrá regalado un precioso album con incrustaciones de oro y plata, valor de 4.000 rs., dándose medio cuartillo de vino por plaza á los soldados de la guarnición; se correrán vacas...; habrá cuba de vino en el centro de la plaza con espita abierta...; cucañas; varios lotes de 500 rs. para huérfanas y ancianos pobres, y por último, un gran banquete de 200 cubiertos...

Así lo dice entusiasmado un periódico de la comunión, y no hay duda que el programa de las pirotecnias, músicas, vacas y espitas, tiene el mérito de la oportunidad en estas circunstancias.

Son naturales estas expansiones en el inspirador de las cartas y de las intrigas que pretendieron hacer fortuna. En el ocaso de su vida política, no consiguiendo en Zarauz los lauros de propagandista travieso, obliga á preparar el carro triunfal á sus inocentes paisanos.

Razón tiene. ¡Qué derroche de imaginación durante este verano! Pretendió crear otra derecha que hostilizase á la verdadera derecha conservadora, y, ¿quién ha respondido al llamamiento?

Lamentable, muy lamentable es la conducta que han seguido los amigos del Sr. Sagasta. En vez de echar las bases de

un gran partido liberal, han dirigido su intento á producir divisiones en el partido conservador. La empresa era absurda; había que recabar adhesiones en pro del renacimiento de una derecha perturbadora, y sin poner la consideración en las dificultades, verdaderamente insuperables, lánzase los constitucionales á anunciar excisiones que no existieron, y sufren, como es consiguiente, el mayor de los desencantos.

Era obra del despecho, y el despecho es una pasión que muy mal aconseja. El partido conservador, acogiendo con evidentes muestras de simpatía el movimiento de la izquierda, que representaba, sobre todo, la adhesión al Trono de algunos demócratas calificados de irreconciliables, dió una gran muestra de patriotismo y de amor á las instituciones. Ninguna ruina perseguía el partido conservador: apetecía la reorganización de la familia liberal, deseando que la formaran elementos relativamente conservadores, como los adictos al Sr. Alonso Martínez, y sinceramente democráticos, como los que constituyen el grupo del Sr. Martos.

Pero el Sr. Sagasta, que no ve nunca más que su jefatura amenazada, no reconoce la bondad de ajenas intenciones, y buscando armas parecidas á las que supone contra él empleadas, busca y no perdona medios para producir quebrantos en la colectividad conservadora. ¿Qué ha conseguido?... Algunos artículos de *El Globo*, que nos presentan al Sr. Castelar del brazo del Sr. Sagasta, brindándose con desenfado mutua protección en el poder, para sacar de las circunstancias todo el posible provecho.

¿Qué significan las instituciones y los grandes intereses de la monarquía!



El Sr. Castelar llama hoy perturbador al ilustre jefe del Gabinete. Pronto se le olvidaron aquellas frases pronunciadas en 1879, cuando, haciendo una de las más brillantes apologías del Sr. Cánovas del Castillo, decía con su fogosa palabra y aquel ademán que quiere ser hijo del convencimiento:

«Es el Sr. Cánovas el único español dentro de la monarquía que puede gobernar y dar solución á las cuestiones más difíciles y candentes; tiene el privilegio del mando; es la piedra angular de la institución que ha restaurado, y por los servicios prestados á la patria durante las tres guerras civiles que la devoraban, pudiera llevar en las bocamangas de su uniforme un cuarto entorchado.»

Para el mismo Sr. Castelar es hoy el Sr. Cánovas una causa de perturbaciones. No nos extraña leer en un periódico: «¡Hablar de perturbaciones el jefe del Estado de 1873, con su Cartagena, los piratas sorprendiendo y echando á pique nuestros acorazados, la propiedad sucumbiendo ó emigrando, los cantones dividiéndose y subdividiéndose, España en deshonra y convertida en ludibrio de las naciones, sin más esperanza de salvación que la fuerza y la decisión del General Pavía, que al fin echó con sus cañones del templo de las leyes á los que estaban allí desacreditándolas y matándolas! ¡Ah, señor Castelar!... ¿Ya se ha olvidado todo eso y se ha olvidado también cómo el cuerpo diplomático extranjero aplaudía estrepitosamente en las tribunas del Congreso la expulsión del Gobierno el día 3 de enero y la presencia de las bayonetas en aquel recinto?»

¿Cómo se atreve, por tanto, á llamar perturbador al señor Cánovas del Castillo, que después de restaurar la monarquía de D. Alfonso XII hizo que irradiase la nueva era de orden, de paz y de progreso en todos los confines de España, proporcionando al mismo Sr. Castelar, al descarriado Sr. Sagas-

ta, que declaraba facciosa la bandera de la monarquía, y á todos los rebeldes contra D. Alfonso XII los medios de tranquilidad y reposo para llevar á cabo su conversión?»

Gran desdicha es para el país que sean tan olvidadizos sus profesores de historia; pero no es nada extraño que se confabulen y hablen de revancha los Sres. Castelar y Sagasta

\*  
\* \*

Dícese que el partido dominante ha venido al poder sin condiciones de vida. «Nació su Gobierno fuera de sazón, y, como todo ser que viene al mundo prematuramente, no es viable. Trajo en sus entrañas, además, gérmenes de muerte: principios antitéticos, que, ó se exterminan si luchan, ó han de condenarse á corruptora inacción si no batallan.»

En cambio, las oposiciones que aspiran á formar un partido gubernamental nos dan el ejemplo de la más deliciosa armonía de dogmas, criterios y procedimientos.

Dejando á un lado las reconciliaciones entre centralistas y constitucionales, cuyas tendencias serán necesariamente inarmónicas, y cuya unión será siempre infecunda, tenemos hoy á todos los hombres de la izquierda navegando con ignorado rumbo por distintos mares.

Apareció al fin la anunciada circular izquierdista; pero sin la firma del Sr. Moret, por supuesto. Los amigos de este último no ocultaron el disgusto de que se hallaban poseídos ante la conducta que con aquél han seguido las personalidades de la izquierda que más han intervenido en las últimas evoluciones de la agrupación.

La ruptura ha sido luego completa, y se ha hecho pública en el círculo de la izquierda, después de la votación provocada

por el Sr. D. Alberto Aguilera. Aquel círculo se ha dividido en dos.

Por otra parte, el Sr. Martos, apesar de lo que con él han querido congraciarse los autores de la circular, no se halla muy dispuesto á revocar el acuerdo que tomó á raíz de las discusiones que se promovieron en las Cámaras cuando él no se hallaba presente. Por tanto, piensa seguir colocado en la actitud en que hoy se encuentra, y si, como es lo más probable, vuelve á tomar una parte activa en la política, lo hará prescindiendo de todos los compromisos que anteriormente haya podido contraer con algunos hombres del izquierdismo.

Se añade que el exministro de Gracia y Justicia, Sr. Linares Rivas, no ha ocultado al General Domínguez que está en perfecto desacuerdo con las conclusiones de la última circular, y que sin hacer alarde de disidencias, no seguirá á la izquierda del Duque por los rumbos trazados en el susodicho documento.

Es un cuadro de composición efectivamente uniforme é iluminado por admirables efluvios de armonía aquel en que aparecen tantas individualidades y tantas jefaturas pretendiendo constituir un Gobierno sin desidencias, sólido, duradero y fecundo, en sustitución del que por no viable se tiene.

No es extraño que las oposiciones sueñen todavía para entretener sus ocios con carlistas, republicanos, conjuraciones, discordias, dificultades y... novelas.

A.





## REVISTA EXTRANJERA

**D**RÓDIGA en aplausos se manifestaba hace algunos días la prensa más radical y republicana de Europa, con motivo de una gran manifestación liberal en Bruselas, presentándola como un triunfo del espíritu público y un modelo de costumbres políticas. Pero esa misma prensa se revuelve hoy airada contra otra manifestación, opuesta á la primera por los católicos y los conservadores. ¿Será el *meeting* un derecho de casta que sólo pueden ejercitar los revolucionarios de Inglaterra y Bélgica, únicas naciones donde queda todavía afición á tales algaradas?

Lo sucedido en Bruselas es otra lección elocuente acerca del espíritu de intolerancia que informa siempre la conducta de los hombres y de los partidos que más exageran las reclamaciones de sus derechos.

La manifestación católica de Bruselas tenía un carácter grandioso. Cien mil hombres, con banderas y divisas, aclama-

ban durante horas consecutivas al Gobierno reparador. La impresión causada fué inmensa cuando esos hombres de la ciudad y del campo se agruparon en masa. Pero algún tiempo después, los liberales, respetados pocos días antes, atacaron á los pacíficos manifestantes de ahora en varios puntos y promovieron una confusión espantosa.

Hubo luchas y heridos, prisiones y banderas rotas, terminando la manifestación en medio de silbidos, gritos, golpes y un desorden nunca visto en la pacífica Bruselas.

\*  
\* \*

Esas algaradas radicales han causado penosísima impresión en Europa, donde aquel país era considerado como la escuela de la libertad.

El lenguaje de los pretendidos liberales belgas, á los que hacen coro los sagastinos de España, es deplorable. Lejos de sentir lo sucedido, se felicitan por ello, vertiendo sarcasmos é injurias sobre sus adversarios. Acusan á los católicos de haber provocado la colisión; á lo que opone un periódico republicano francés, que suele inspirarse en los sentimientos de justicia, una objeción que no tiene réplica. Es evidente que si no hubiese habido víctimas, no habría tampoco habido verdugos; pero en buena lógica, no hay víctimas, cuando no existen verdugos.

La primera autoridad municipal de Bruselas, Sr. Bulls, cuya connivencia con los alborotadores está demostrada y que negó el concurso de la fuerza armada, ha sido llamado para responder á los serios cargos que contra él resultan ante el Consejo

de Ministros. La indignación es seria en los distritos rurales, y se habla de modificar la ley municipal para dar á la autoridad gubernativa el derecho de intervenir de oficio y sin requisición previa en casos análogos.

El Presidente del Gabinete, Sr. Malou, es un verdadero hombre de Estado, y es de esperar que sabrá mantenerse en un justo medio, tan lejos de las ilegalidades de los unos como de las exageraciones y medidas reaccionarias que reclaman los otros.



Estos disturbios persistentes y premeditados, que no han dejado de sucederse en Bélgica desde el advenimiento al poder de los conservadores, no pueden menos de tener un desenlace inmediato é imprevisto.

Si no se pone coto á esa agitación, que se vale de la legalidad como de pretexto, y de los procedimientos revolucionarios como de un medio lícito, no sólo seguirá comprometida la tranquilidad pública, sino que llegarán á verse en inminente peligro las instituciones y hasta tal vez la monarquía. No faltan publicistas republicanos que para librar á los liberales belgas de la derrota política, les aconsejan echarse desde luego en brazos de Francia, que al menos tiene la ventaja de ser regida por un Gobierno á su gusto.

Pero no piensan los tales que anexionar podría ser cosa agradable á ciertos oídos franceses, aunque siempre peligrosa por incluir en sí este acto la violación de todos los tratados que consagran la neutralidad de un país en el que tienen fija



la vista Alemania é Inglaterra. Esas generalidades de algunos periódicos radicales no deben tomarse en serio.

Lo que sí es cierto que el partido liberal belga se permite inocentes procesiones, reclamando en tal ejercicio, no sólo el silencio, sino el recogimiento por parte de sus adversarios. Pero cuando los católicos tratan de entregarse á la misma diversión, cuando quieren imitarle, el partido liberal hace sus preparativos de armas para castigar á los culpables que quieren también su parte de libertad, por desgracia monopolizada.

Existe la teoría de que el Jefe de un Estado debe ser neutral en las cuestiones políticas, no teniendo ideas ni preferencias propias cuando se trata de elegir á los Ministros y de darles los medios de gobernar.

Es lo que no quieren entender en esta ocasión las oposiciones belgas. El objeto declarado de todas las violencias escandalosas á que se entregan, tiende á obligar al Rey á que no sancione una ley votada en el Parlamento por una enorme mayoría, realizando así un verdadero golpe de Estado.

No creemos que Leopoldo II se deje intimidar, olvidadizo de su nobleza soberana, por la presión de esos amotinados que exigen lo que realmente puede llamarse golpe de Estado; porque hasta aquí Bélgica ha sabido conservar su carácter de país neutral, defendiéndose lo mismo de la disgregación que de la conquista por el valor personal de sus Soberanos.

Hay que tener además en cuenta, que es poderoso el movimiento de concentración de las fuerzas y de los intereses católicos, concentración que constituye uno de los fenómenos más característicos de nuestro tiempo. Debe seguirse con atención ese punto importante de la historia contemporánea.

Acaban de cerrarse las deliberaciones de un Congreso de católicos alemanes, Congreso realmente importante, no sólo por las cualidades y el talento de los personajes que en él han

tomado parte, sino también por las tendencias y la disciplina que revelan.

En Italia, en Alemania, en los Estados Unidos, en Inglaterra, en España y en la misma Bélgica han formado siempre los católicos partidos poderosos contra cuyas firmes creencias no puede impunemente atentarse.

\*  
\* \*  
\*

El conflicto de Francia con el Celeste Imperio constituye un verdadero enigma, cada día más indescifrable. Hay ciertamente en ello algo de las máximas de Confucio trazadas con un pincel en un tapiz de seda por algún mandarín letrado. Hay algo en todo lo que pasa de los jeroglíficos monumentales de Egipto, y mucho dudamos que hayan llegado á comprenderlos los mismos diplomáticos y militares puestos á las órdenes del Ministro Ferry.

Se hace la guerra á los chinos sin estar en guerra con China. Hay cañonazos de una y otra parte, y es, sin embargo, cosa convenida que las balas sean amistosos agasajos. Nuevos doctores en derecho público han demostrado que, aunque los franceses bombardeen á Kelung, no hacen la guerra á China; aunque destruyan el arsenal de Fu-Tchu y hundan la flota china en el río Min, no están tampoco en guerra con China, hallándose simplemente en estado de represalias, definición nueva en materia de derecho internacional.

El Celeste Imperio obra también y calla. Bloquea el puerto de Cantón, neutraliza Shanghai, expulsa á los residentes franceses establecidos en los puertos abiertos, da patentes de

curso contra la marina mercante republicana y se defiende como puede. Fué el *Bayard*, almirante acorazado, y no una cañonera, el que recibió una descarga de los obuses chinos que puso á tres hombres fuera de combate, la cubierta del *Volta* quedó barrida, y tuvo graves averías *La Galissonnière*, todo lo que demuestra que los chinos hacen á veces puntería y no son siempre cantidades tan despreciables como suponía el Ministro francés al dar cuenta á las Cámaras.

\*  
\*\*

Se cree que la estancia del Czar en Varsovia decidirá á los Emperadores de Austria y Alemania á visitarle, celebrando con él una conferencia. Este viaje sería realmente significativo para el desarrollo de la política interior del Imperio Moscovita si asistieran los respectivos Cancilleres, Sres. Giers, Conde de Hatzfeldt y Conde de Kalnoky.

Por conjeturas han deducido algunos que la entrevista se celebrará en Skierniewice ó en Granica el 15 del actual, y para afirmar eso, hacen notar que los Monarcas de Alemania y Austria no desperdiciarán la ocasión de saludar á su hermano de Rusia cuando tan cerca se halla de las fronteras de los dos Imperios y habrán de avistarse con él antes de la fecha fijada para que el Emperador Guillermo recorra las provincias del Rhin, ó sea antes del 16 del actual, y para que el Emperador Francisco José autorice con su presencia la inauguración del ferrocarril del Vorarlberg, señalada para el día 21. No falta tampoco quien pretenda que al trasladarse á Berlín desde sus posesiones de Varzin, el Canciller Bismarck, para dar

cuenta á su Soberano de la situación actual de Europa, según se desprende de las conferencias celebradas con el Ministro austro-húngaro Conde de Kalnoky, y con el Embajador de Francia, Barón de Courcel, lo que se propone ante todo, es indicar al Emperador Guillermo la línea de conducta que habrá de seguir en la tan comentada entrevista.

De cualquier manera que sea, lo positivo es que estas entrevistas tendrán grande importancia, sobre todo la del Emperador de Austria con el Czar Alejandro, toda vez que servirá para estrechar los lazos de unión existentes entre dos potencias poderosas que tienen intereses rivales en la península de los Balkanes.

No es de presumir que en esa entrevista de los Emperadores se trate únicamente de la inacabable cuestión oriental, eventual bajo el punto de vista indicado; no es de presumir que dejen los Soberanos de echar una ojeada sobre la cuestión colonial, la de Egipto y la franco-china; pero aún ciñéndose al limitado programa que se indica vagamente, es indudable que la entrevista, en caso de realizarse, ejercerá gran influencia en la paz de Europa y en el giro de las relaciones internacionales.

\* \* \*

Al propio tiempo, sigue discutiéndose en Francia la conveniencia de una alianza franco-alemana ó anglo-francesa, lo que viene á probar que no faltan tampoco republicanos que ansíen andar bajo el amparo de cierta tutela, viendo que á la de Alemania muy pocas potencias han de poderse sustraer en absoluto, si se exceptúa Inglaterra, que domina en los mares como Bismarck en Europa.

Nuestro Castelar, estudiando estas cuestiones europeas, aboga en *Le Matin* por una confederación de toda la raza latina, Francia, España, Portugal, Italia y Rumanía, contra los poderes del Norte.

Todo es singular en nuestro famoso orador. Así como en política defiende la República constituída á la francesa, con su ley fundamental casi monárquica, sus dos Cámaras, su Ministerio responsable, su Presidente casi Rey, su patronato eclesiástico y su numeroso ejército, opina en política general europea por la conveniencia de la confederación latina, confederación imposible de realizar, como se ha demostrado mil veces, y verdadera antigualla digna de figurar en el museo arqueológico de la política.



S.



## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

**Rafael Alvarez Sereix**, ingeniero de montes.—*Estudios botánico-frutales*.—Madrid, 1884.—Tipografía de M. G. Hernández.—Folleto en 4.º de 103 páginas.

Los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA están ya familiarizados con el nombre del Sr. Alvarez Sereix, constante redactor de las curiosas *Varietades* de la indicada publicación, y autor de otros varios trabajos, que en la misma han visto la luz, con general aceptación.

Reuniendo en un volumen los más notables, ha formado el joven ingeniero el opúsculo de que hoy damos cuenta, digno de ser leído y estudiado por todos los que se interesan en el adelanto de las ciencias naturales y en el de sus aplicaciones á la climatología y botánica forestal principalmente.

*Influencia de los montes en el cli-*

*ma; causas de la ascensión de la savia; incursión en la botánica; la corteza terrestre y su relieve; y trabajos de Ebermayer*; con estos títulos expone el Sr. Alvarez Sereix, con claridad, método y buen decir, lo más interesante que sobre las indicadas materias han escrito Becquerel, y muy recientemente el botánico Boehm, el geólogo Lapparent, y el físico Ebermayer, cuyas investigaciones sobre la influencia de los montes en la meteorología, le han valido fama universal.

El asunto, como se ve, reviste gran interés, y en él podrán hallar los aficionados á este género de estudios la última expresión del alcance á que llegan las investigaciones más recientes y sensatas, en cada uno de los puntos á que el opúsculo se contrae.

El Sr. Alvarez Sereix, conocido ya por otros trabajos científicos importantes, es un escritor fácil y correcto,

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

tan inteligente como laborioso. Justo es, por lo tanto, que la crítica le aliente y le anime, en la provechosa, si bien casi siempre ingrata tarea, de difundir y propagar las luces de la ciencia, algo decaída en nuestro país por falta de estímulo oficial y por la general indiferencia con que la mayoría del país suele recibir los trabajos del escritor público.

X.

\*  
\* \*

**Seres humanos** (estudios de mujer), por GARCÍA-RAMÓN.—Un tomo en 8.º impreso en París.

El prólogo, escrito por la Sra. doña Emilia Pardo Bazán, nos informa que es la primer obra de un novelista que no puede resistir á su vocación, así como de su preferencia hacia la escuela de la verdad en el arte. Esta escuela, si mal no hemos comprendido después de leer el libro, no es otra que la que ha dado en llamarse *realista ó naturalista*, enemiga del arte en absoluto, llevada al último término, pues el arte á cubrir la desnudez de la verdad se consagra, como la naturaleza oculta su fango y miserias bajo las cristalinas aguas de un trasparente lago, ó cubre con pintadas flores el nido de venenoso reptil. Loco sería quien revolviese las primeras ó profundizase en las segundas. El Sr. García-Ramón así lo ha juzgado, apesar de su afición á la verdad desnuda; pero es lo cierto que rechazando su buen criterio mayor desnudez de la necesaria, carece su obra de color para naturalista, y le sobra tono si en el espiritualismo quisiera tomar plaza. No hay medio en la elección. O Fedra ó Julieta; de lo contrario, resultarán heroínas á semejanza de las inventadas por Mad. Scudery.

No son tales, por cierto, Soledad,

Rosario y Dolores en *Seres humanos*; en ellas, la pasión no procede del alma, es un impulso material é irresistible que las reduce á un estado patológico que tiene su nombre en Medicina.

Y con esto, y lamentar que el autor no se haya detenido á corregir ciertos anacronismos de tiempo y lugar, al paso que ocultaba su mucho conocimiento del idioma francés, nada habrá que reprochar en una obra donde las bellezas exceden con mucho á los lunares.

*Isabel* es un precioso idilio; la *Tía Martina*, un ángel de candor, y en *Clementa*, si no puede aprobarse la conducta, es de alabar su resistencia al naturalismo del hombre.

Satisfecho debe hallarse el señor García-Ramón de su ensayo. Pruebas da en él de imaginación brillante, facilidad de narrador, y cordura en desenvolver la trama y conducirla á su desenlace. Siga, pues, su carrera, que bien pocos la comenzaron con tan buenos auspicios, indicio de mayores lauros, tanto más abundantes, cuanto más se aparte de escuelas determinadas, teniendo sólo por norma lo bueno y lo malo, reconocido por tal, en todas épocas por los primeros ingenios.

\*  
\* \*

**Siglas y abreviaturas latinas**, con su significado por orden alfabético, seguidas del calendario romano, y de un catálogo de las abreviaturas que se usan en los documentos pontificios, por D. RAMÓN ALVAREZ DE LA BRAÑA, archivero, bibliotecario y anticuario.—Un cuaderno en 4.º Se vende á cuatro pesetas, en Madrid, en las librerías de los Sres. Murillo y San Martín, y en provincias, en las principales.

Una de las dificultades en los estudios arqueológicos, era descifrar las abreviaturas latinas que á cada paso se hallan. ¡Cuántas controversias no ha suscitado á veces la interpretación de un epígrafe, aun entre personas muy eruditas! Para conseguirlo era necesario consultar abultados volúmenes, y gracias que se lograra. El misterio ha desaparecido con la obra del señor Braña, útil á cuantos se dedican á los estudios arqueológicos, é indispensable á los secretarios de los señores Obispos, y á sus provisores.

\* \* \*

**Biblioteca provincial legionense. Su origen y vicisitudes, ilustrado con datos bibliográficos y es-**

*tadísticos, las Memorias anuales de 1881 y 1882, y los índices de manuscritos incunables, libros raros y curiosos, por D. RAMÓN A. DE LA BRAÑA, jefe de dicha dependencia.*

La obra que anunciamos es un documento histórico digno de aprecio; especialmente en el índice encontrará el bibliófilo entendido noticia de impresos y manuscritos, cuya existencia se ignoraba, ó su paradero fué dudoso hasta que los puso en evidencia el Sr. Braña, para honra suya y de la literatura patria.

\* \* \*

### Instituto provincial de Jerez.

—*Memoria del curso de 1881 á 1882.*

—*Id. de 1883 á 1884.*

CH.

